

LA ESPAÑA MODERNA

Ministerio de Cultura  
Biblioteca Nacional  
Calle 100 No. 100  
Calle 100 No. 100

228-11-V

AÑO 20.

NUM. 233.

LA

PERTENECER A LA BIBLIOTECA  
DEL ATENEO BARCELONES

# ESPAÑA MODERNA



**Director: JOSÉ DE LÁZARO**

MAYO 1908

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO  
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# LA CRUZ DE MADRID



**Apuntes para escribir la historia del ataque y toma de esta villa por las tropas francesas en Diciembre de 1808.**

Los asiduos contertulios á la librería de Hurtado, establecida en la calle de Carretas, á mano derecha, poco más arriba de la Casa de Correos, hoy Ministerio de la Gobernación, reuníanse á la caída de la tarde, durante los meses de la canícula, para entretener el tiempo, charlando de lo humano y lo divino, según se terciaba, discutiendo los actos del Gobierno, siempre censurables, y comentando las noticias de los pocos periódicos que entonces se publicaban, razón por la cual el insulso *Diario*, á falta de cosa mejor, conseguía servir de tema á polémicas de historia, de literatura, de política, de religión y de sociología.

El día 6 de Julio de 1817, uno de los concurrentes que primero topó con el *Diario*, y después de hiperbólicas exclamaciones suplicando atención y silencio, leyó con clara é inteligible voz la siguiente real orden, comunicada al Corregidor de Madrid, con fecha 10 de Junio anterior, por el Excmo. Sr. Don Juan Lozano de Torres, secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia, é inserta en el número del citado periódico correspondiente al día de que hemos hecho mención:

«He dado cuenta al Rey nuestro Señor de la exposición del Ayuntamiento de su muy heroica villa de Madrid, dirigida á que S. M. se dignase perpetuar su soberana aceptación y la

memoria del denodado é inaudito ardimiento con que todo su vecindario había señalado la inalterable fidelidad que le caracteriza, resistiendo á las tropas francesas mandadas por el mismo Napoleón en los tres primeros días de Diciembre de 1808, y que para ello se sirviese conceder una cruz de distinción á los cabezas de familia que hubiesen asistido á tan gloriosa defensa, y á las demás personas que en ella hubiesen sobresalido por alguna acción brillante y no se hubiesen hecho indignas de esta condecoración por su posterior conducta, como así bien la misma cruz, aunque con la diferencia de que pendiese de cinta más ancha y colgase del cuello, á los individuos del Ayuntamiento que ahora son y que lo fueron en lo venidero (1).

»No puedo explicar bien la emoción de gozo y de placer que sintió mi corazón al ver la benignidad y gusto con que S. M. se dignó condescender con las súplicas del Ayuntamiento, defiriendo en todo á su propuesta. Es, pues, su real voluntad que todos los miembros de tan noble é ilustre corporación, y los que para siempre lo fueren, puedan traer colgada del cuello y pendiente de una cinta de color rojo y filetes blancos cruz de oro de ocho brazos cortados en sus puntas ó extremos, y esmaltados de verde en el anverso, y en el reverso de blanco; que tenga en el centro ó contorno del anverso un brazo armado con espada en campo de plata, y en su orla la inscripción siguiente: «Al valor y fidelidad de Madrid»; y en el centro del reverso las armas de Madrid, y en su orla estas palabras: «En los primeros días de Diciembre de 1808»; colocándose rayos de oro entre los brazos de la cruz, que ha de cubrir una corona real en demostración de ser Madrid la corte de los reyes de España, todo en conformidad del diseño presentado por el Ayuntamiento.

---

(1) El uso de esta insignia fué abolido durante el período de la Revolución de 1868, pero se restableció á la venida de Alfonso XII y aun subsiste.

»Cada cabeza de familia y demás personas que se hubiesen distinguido en días tan memorables, exceptuando los comprendidos en cualquiera de los artículos que se expresan en la adjunta nota, podrán usar la misma cruz, pendiente de cinta de los mismos colores, aunque más estrecha. Y S. M. espera que el Ayuntamiento, á cuya discreción confía la calificación de los méritos de los que aspiren á esta distinción, se conducirá con aquella rectitud, imparcialidad y justificación que le es propia y hacen más apreciables este género de gracias.

»Lo comunico á V. S. de Real orden para inteligencia y cumplimiento del Ayuntamiento, con tanta satisfacción mía cuanta es la parte que me cabe en la de un Cuerpo de que me glorío ser individuo.»

—En la nota—añadió el lector haciendo un extracto de ella—se excluyen los compradores de bienes nacionales, los que obtuvieron destinos del gobierno intruso, los que estuvieron empleados en el Juego de la Ruleta y en la oficina general del Timbre, y los que hubieran sido procesados *por cualquier delito* desde la vuelta de Fernando VII. Esta real orden—exclamó dirigiéndose á los oyentes—se halla pensada y escrita con soberana impremeditación, y contribuirá á hondar más y más las excisiones que separan á nuestros partidos políticos. La redacción es de lo más servil que ha salido de pluma absolutista; la insignia es de tal naturaleza, que podría figurar en un cuartel del escudo de la Inquisición, y el hecho que se pretende conmemorar fué una algarada grotesca que no merece estos inusitados honores.

—Poco á poco—replicó Hurtado;—la defensa de Madrid durante los tres primeros días de Diciembre de 1808 compite con el alzamiento del 2 de Mayo, y usted, que es un jacobino exaltado, no demuestra imparcialidad al juzgar con tan despectiva frase aquel hecho glorioso.

El librero tenía razón. Fué atrevida, fué heroica la resistencia que hizo la villa contra un ejército de 60.000 hombres y 150 piezas de artillería mandado por Napoleón en persona.

Dos batallones de infantería y un escuadrón de nueva leva componían en junto la guarnición de Madrid; repartiéronse fusiles entre los vecinos, con tal escasez, que algunos tuvieron que utilizar escopetas viejas sacadas de la Real Armería, y á muchos se les armó con un chuzo, una pica ó una bayoneta ajustada al extremo de un palo, de cuyo armamento quedan aún ejemplares auténticos en el Museo Arqueológico y en el Archivo del Ayuntamiento. La provisión de municiones se hacía con excesiva tasa, por el temor fundado de que, siendo reducido el número que de ellas había, se agotasen en breve tiempo. Añádase á esto la divergencia de opiniones entre los individuos que componían la Junta de defensa instalada en la Casa de Correos, y, por último, la falta de dirección, de capacidad, de carácter, de prestigio en los hombres que tenían á su cargo la grave responsabilidad de organizar la resistencia de un asedio preparado por el vencedor de Jena y de Austerlitz.

La incapacidad era la nota característica de aquel Gobierno. Desconociendo las proporciones del ejército enemigo, y sin tener en cuenta los medios de defensa de la población, había excitado el patriotismo de los españoles en general, y el de los madrileños en particular, promulgando desde Aranjuez, con fecha 21 de Noviembre, la siguiente alocución:

«Españoles:

»La Junta Central gubernativa del Reino, después de haber tomado y estar tomando todas las medidas que están en su arbitrio para rechazar y derrotar los enemigos que, continuando sus arrojos, se han avanzado hasta las inmediaciones de Somosierra, se dirige á vosotros para preveniros de las sorpresas é intrigas con que los agentes pérfidos de Napoleón tratarán de alarmaros aumentando *el número de enemigos, que escasamente llegan á 8.000 hombres*, según los partes de los generales que la misma Junta ha nombrado anticipadamente y encargado la defensa de aquel importante punto y los demás de Guadarrama.



»Madrileños:

»La Patria necesita de vosotros; vuestra circunspección y patriotismo bien acreditados son un antemural con que cuenta para defenderla, y confía que sabréis auxiliar las disposiciones de vuestro Capitán general y del Tribunal de Vigilancia para descubrir y entregar al inexorable brazo de la ley los traidores, que ahora más que nunca pondrán en práctica todos los medios de introducir el desorden y entorpecer la actividad con que debéis acudir á los puntos que se os señalen, acordándoos del día 2 de Mayo, en que, privados de todo auxilio, y aun de la libertad de defenderos, admirasteis con vuestro valor y lealtad á toda la Nación.

»La Junta Central no puede explicaros toda la confianza que le inspira el entusiasmo con que los soldados de la Nación se preparan á batir á los enemigos de nuestro amado soberano Fernando VII, de la Patria y de la Religión. Nuestros aliados los ingleses, bien penetrados de la justa causa que defendemos, y poseídos del mismo entusiasmo que nosotros, están convidados y dispuestos á marchar también desde El Escorial, donde se hallan, á reforzar las posiciones que sus sabios generales elijan, y proteger las operaciones de nuestra vanguardia, que ya habrá empezado á escarmentar á los esclavos del tirano opresor de todas las naciones.

»Españoles: sólo la cobardía inspirada por la traición intentará por todos los medios aumentar los peligros que exagera el cobarde y mal intencionado para desalentaros, y que únicamente serían capaces de frustrar las medidas de la Junta, que por otra parte descansa en vuestra obediencia acreditada y fidelidad sin ejemplo.»

No podía pedirse mayor desacierto: excitar al pueblo á la defensa sin proporcionarle medios adecuados, y ocultar el número de los enemigos con quienes tenía que combatir, fué un acto que la historia juzga con severidad, pero con justicia.

Y por si esto no era bastante, el Consejo Supremo dirigió al pueblo de Madrid otra alocución cuatro días después, ma-

nifestando que había acordado fortificar la población, *no en toda su forma, pero sí bastantemente, para no temer del enemigo insulto alguno, aun cuando se atreviera á acercarse á sus muros con un ejército respetable*, calificando á renglón seguido de despreciables las fuerzas francesas que se aproximaban á esta capital, y añadiendo que el enemigo pretendía aparentar que el número de sus tropas era infinitamente mayor del que realmente alcanzaba.

Promovióse espontáneamente una suscripción popular, á la que se adhirieron individuos de todas las clases sociales, desde el acaudalado propietario al modesto menestral, como puede apreciarse por las numerosas listas que publicaba el *Diario*, y en las que figuraban los primates de la aristocracia madrileña, los empleados, los gremios, los comerciantes y los conventos. Allí aparecen D. Patricio Martínez de Bustos, comisario general de Cruzada, precursor de aquel Fernández Varela, cuya fastuosidad tanto dió que hablar en Madrid; D. Matías Mesonero y Herrera, padre del eximio cronista de la villa; D. Manuel Trasviña, el droguero de la calle de Postas, cuyo establecimiento aun subsiste; D.<sup>a</sup> Margarita García de Gil, conserja (así figura en la lista) y tesorera del Retiro; D. Francisco Martínez Marina, canónigo de San Isidro, escritor notabilísimo; D. Antonio Capmany, quien quizá sea el autor de la *Filosofía de la elocuencia*; D. Juan Hartzbusch, tío, sin duda alguna, de nuestro antiguo maestro y amigo, regocijo de las musas castellanas. Los donativos consistían en ropas y dinero metálico, haciéndose cargo de todo, por la confianza que inspiraba, la Diputación de los cinco gremios mayores de Madrid, establecida, si no recordamos mal, en su casa propia de la calle de Atocha, edificio que hoy ocupa la Caja general de Depósitos. El almacén de efectos entregados se estableció en los sótanos del Banco nacional de San Carlos, á los que se entraba por la calle de Silva, esquina á la de la Luna, por donde estaba la puerta principal del establecimiento. Era tal el entusiasmo de que se hallaban

todos poseídos, que en pocos días se organizó un regimiento de caballería, denominado de *Voluntarios de Madrid*, consiguiendo sin gran esfuerzo reunir 300 caballos, cedidos gratuitamente por sus dueños para tan patriótico fin. Instalóse el ganado en el cuartel de Guardias de Corps (hoy Conde-Duque), y fué de admirar la diligencia con que se apresuraron á contribuir con ganado, más ó menos escogido, los títulos que tenían en la corte su asiento, como Abrantes, Benavente, Alba, Rivas y tantos otros, sin olvidar al duque del Infantado, que envió una mañana 21 caballos no despreciables. Las Reales Caballerizas entregaron, no sabemos á nombre de quién, 10 caballos y 14 mulas. Todo esto, amén de sillas, bridas, monturas y otros efectos necesarios para equipar el regimiento. Este fué desde luego destinado á tomar parte en las operaciones que iban á tener lugar en Guadarrama, y salió de Madrid, animado del más bélico anhelo y de las más risueñas esperanzas, el 10 de Noviembre, aclamado por inmensa muchedumbre que acudió á despedirle.

De voluntarios de Madrid también se formaron ó se intentó formar algunos batallones, alistándose con tal objeto algunos miles de vecinos, y hasta se les designó uniforme, que consistía en chaqueta y pantalón pardos, con cuello rojo y vueltas de este mismo color, solapa anteada, botón blanco y sombrero redondo de copa alta con escarapela encarnada. De armamento andábamos mal: el que era aficionado á la caza y tenía escopeta, ó con su dinero podía adquirirla en el momento, se encontraba convertido en pundonoroso y bravo militar desde que quedaba inscripto en la lista; pero los que se vieron forzados á esperar que el ministro de la Guerra les proveyera de fusil, éstos no lograron realizar su patriótico deseo.

La literatura también contribuyó como siempre á fomentar el entusiasmo, dedicando al asunto prosa y verso, quizá con más fecundidad que buen gusto. El *Diario* de fines de Noviembre anunciaba la publicación de las obras siguientes,

curiosas, sin duda alguna, para formar la bibliografía de aquel período memorable:

—*La guerra*. Canto épico, por D. Eugenio Roldán, quien destinó el producto de la venta al socorro del ejército.

—*El buen soldado de Dios y del rey*. En una época, decía el *Diario*, en que por un verdadero patriotismo nos hallamos todos en la obligación de tomar las armas, parece recomendable esta pequeña obra, que une las más sólidas máximas del cristianismo con los preceptos militares.

—*Alegoría poética que descubre todas las iniquidades que ha cometido contra el género humano el más perjudicial y maligno hipócrita del mundo, Bonaparte*.

—*Historia y portentosas maravillas de la Virgen del Pilar de Zaragoza en las guerras ocurridas con moros y franceses, desde la venida de Nuestra Señora á España*.

—*Discurso á los franceses, que manifiesta enérgicamente la perfidia de éstos, los engaños hechos á la nación española y lo que ésta promete para su desagravio*.

—*Vindicta del honor catalán, calumniado por el Gobierno francés*.

—*El arcano de la Naturaleza*. Descubrimiento con relación á los sucesos del día, hecho por un estudiante vestido de negro en Salamanca; poema dramático en un acto.

—*Estímulo de la guerra, que autoriza el valor, espíritu y glorioso fin que debe saber la juventud, para que con honor defiendan la religión, la patria y el soberano*.

—*El sueño del tío Josef, que quiso ser primero y se quedó cola*, triálogo. Con un largo discurso que tuvieron Napoleón y Murat después que regresó éste de España á Francia.

—*Carta de un clérigo vivo al P. Salas, difunto, comprensiva de otras varias propias del día, y entre las que hay una que da noticia de la situación actual de nuestro muy amado Fernando VII*.

—*Disertación política sobre el interés de España*, por el Br. D. I. de T. y J.

—*Indignos ultrajes, martirio y muerte cruel que han dado los franceses á una monja en el saqueo de Zaragoza.*

—*Nuevo retrato de Napoleón y sus cofrades, descubierto en el Archivo imperial de Bayona.*

—*La España en la irrupción de los franceses, á sus amados hijos. Elegía.*

—*El Correo del otro mundo.* Contiene: El Druida y el moderno francés, Carta que dirige el Príncipe D. Carlos de Viana á D. Fernando VII, y Quejas que han dirigido contra los franceses las sombras de algunos asiáticos y africanos.

—*Mis desahogos á las ninfas del Betis por la sensible é inesperada situación de nuestro amable y deseado soberano el Señor D. Fernando VII en que ha puesto su real persona la felonía é inicua traición del vil Emperador de los franceses.*

—*Elogio ó defensa del Sr. D. Napoleón, dirigido á los andaluces, por un artífice de telescopios.*

—*La Centinela contra los franceses.*

—*Quejas de Fernando VII desde su prisión, á sus leales vasallos.*

Los dibujantes no quisieron ser menos, y dieron á las prensas algunos grabados de que asimismo trae noticia el *Diario*.

—*Estampa que representa á Bonaparte trabajando para la regeneración de España, y el modo particular con que ésta, agradecida, le paga el beneficio.* De este grabado se conserva un curioso ejemplar en la biblioteca del Ayuntamiento de Madrid. No es publicable por un motivo también *particular*, y para darlo á entender hemos subrayado el adjetivo.

—*Estampa iluminada en medio pliego de marca mayor, que representa al intruso rey José Napoleón predicando en la ciudad de Logroño por la felicidad de España: efectos que causó su elocuencia á los vecinos de dicha ciudad, y movimientos rápidos en los de su comitiva.*

—*Caricatura titulada Enigmas de las ideas de Napoleón, En la estampa se representa la casa de campo de Marrac, y recibimiento que en ella hizo Bonaparte al rey Fernando VII; el*

*despreciable estado á que se ve reducido Godoy; varias figuras ridículas que representan á Murat, Belliard, Montion, Moncey, Dupont, Savari, Gruchi y el llamado Pepe Botella, con una explicación de las hazañas que han hecho en España.*

—*La fiesta de toros en España, ó el matador Corso en peligro.* Copiada de un original inglés.

La música también contribuyó á fomentar y sostener latente el entusiasmo; además de esas canciones populares que no se sabe dónde nacen ni quién las inventa, pero que se propagan y generalizan con pasmosa rapidez, el *Diario* anunciaba la venta de una *Tirana* para cantar á piano forte, en obsequio del Sr. Rey D. Fernando VII; un *Recitado y Aria*, con orquesta, dedicados á las mismas personas, y unas piezas para piano tituladas *Bailén, Valencia, Las Eras de Zaragoza y El 2 de Mayo en Madrid.*

Excusado parece añadir que los teatros contribuyeron á excitar el espíritu público poniendo en escena comedias y alegorías apropiadas á las circunstancias, pues en aquellos días se representó con ovación indescriptible en el coliseo del Príncipe (hoy Español) el drama titulado *El bombeo de Zaragoza*, segunda parte de *Los patriotas*, estrenado anteriormente con éxito extraordinario; y en el teatro de la Cruz (situado en la calle del mismo nombre, ocupando lo que es hoy terminación de la de Espoz y Mina) obtenía entusiastas aplausos *La gloriosa defensa de Gerona por el valor catalán.*

Figúrese el lector la situación moral de los madrileños en aquellos días. Su arrojo oponiéndose al paso de Napoleón es uno de los actos más espontáneos y temerarios que para demostrar el espíritu de independencia se han realizado en la Historia. Madrid detuvo dos días ante sus puertas al coloso de la Edad moderna, al vencedor de ejércitos aguerridos, al que había paseado por Europa, siempre triunfantes y altaneras siempre, las águilas francesas.

Desgraciadamente, no se ha estudiado aquel hecho con el detenimiento debido, y gracias que el P. Mtro. Salmón, quizá

testigo ocular, nos lo dejó relatado á grandes rasgos cuatro años después. Y no es sólo que no se le conceda el puesto honroso que merece; es que se le ha mirado con mofa y menosprecio, presentándole á nuestros ojos como acto ridículo y ejemplo de la más repugnante farsa.

El concepto equivocado que teníamos de este acontecimiento obedece á que no lo conocíamos bien, haciendo solidario de las torpezas y de los desatinos de la *Junta* al pueblo de Madrid, cuyo comportamiento merece no escatimados elogios. Algo menudo, sí, pero desconocido, nos cabe la satisfacción de añadir á lo que ya se sabía; y si bien no hemos conseguido descubrir por completo el mosaico que representa el cuadro del suceso, los materiales que ofrecemos podrán servir á otros de estímulo para nuevas investigaciones, despertando quizá la idea de reconstituir la historia de aquella honrosa jornada.

Gobernaba la nación una *Junta Suprema Central*, instalada el 25 de Septiembre en Aranjuez y trasladada á Badajoz cuando se supo que el ejército francés se dirigía á marchas forzadas sobre Madrid; presidía la Junta el conde de Floridablanca; entre sus vocales figuraban personas ilustres, como Jovellanos, Palafox, el marqués de Campo Sagrado y el bailío Valdés, y sin embargo, su indecisión constante y su falta de energía en determinadas ocasiones irrogó fatales consecuencias. No podía menos de suceder así: se carecía de un hombre de genio que, sobreponiéndose á las circunstancias, hubiera sabido contrarrestar la preponderancia avasalladora de Napoleón. Los antiguos próceres estaban gastados en el concepto de la opinión general, y por un fenómeno social, harto frecuente en la vida de los pueblos, se veían precisados á oponerse al influjo francés, que tantas veces había informado sus actos en la política nacional.

La Junta de Madrid era reflejo fiel de la Central de Badajoz; presidíala el duque del Infantado, y formaban parte de ella el marqués de Castelar, capitán general; D. Pedro de Mo-

ra y Lomas, corregidor de la villa; varios ministros de los Consejos y algunos regidores del Ayuntamiento.

La organización de la defensa se encomendó al marqués de Castelar y á D. Tomás Morla (1), que mandaron aspillerar las tapias de la ronda de la población y construir fosos y baterías á barbata delante de las puertas exteriores que daban á las carreteras, defendiendo la entrada con cañones de poco calibre.

En 1.º de Diciembre se vislumbraron á lo lejos las avanzadas del ejército francés, y el 2 por la mañana aparecieron en los altos del Norte los dragones de los generales Lafour, Maubourg y La-Houssai, habiendo llegado Napoleón á Chamartín á las doce del día.

Todo el que por su salud y por su edad se hallaba en disposición de prestar algún servicio coadyuvó á la defensa tomando parte activa en la lucha, en los trabajos de fortificación, en la provisión de municiones ó de víveres, sin que para ello se estableciesen distingos de clases ni categorías sociales. Del examen de los muchísimos documentos que referentes al suceso en cuestión se custodian en el Archivo municipal hemos sacado á la ventura, y sin dedicar minuciosa y sistemática investigación, curiosos pormenores que vamos á dar á conocer al lector.

D. Luis de Mata y Araujo, que habitaba en la calle de Jardines, número 50 (hoy 16), catedrático de Latín y de Retórica de la Real Casa de Pajes, autor de una gramática en la que seguramente habrán estudiado algunos de los que lean estos renglones, estuvo haciendo fuego en la batería de la calle de Alcalá, cuyo acto le enajenó, como á otros muchos, las simpatías del Gobierno francés, por lo que tuvo que huir á Granada, y mientras tanto le confiscaron sus bienes.

---

(1) Morla era un general ilustrado; escribió dos libros: *Arte de fabricar pólvora* y *Tratado de Artillería*; pero en la defensa de Madrid, dice un autor, le faltó valor y procedió deshonorosamente.



No fué menos decidido el respetable D. Francisco de Paula Martí, profesor de Taquigrafía y académico de la de San Fernando; el día 1.º de Diciembre, á la hora de la alarma, según escribe él mismo, tomó un par de pistolas y un sable y echóse á la calle animado de patriótico entusiasmo; moraba á la sazón en la de Francos (hoy Cervantes), número 16 antiguo, casa que hace esquina á la plazoleta de Jesús, y caminando sin rumbo fijo dió en el Prado cuando se estaban repartiendo fusiles á los vecinos dispuestos á tomar las armas; cogió un fusil y, á la cabeza de cincuenta patriotas que le proclamaron jefe del pelotón, marchó á la Puerta de Alcalá (1), poniéndose á las órdenes de D. Francisco de Mazarredo, coronel del regimiento de la Patria, y de D. Domingo Cervino, teniente general que mandaba aquel punto. En la madrugada del día 2 le encargaron, á él y á su gente, auxiliar la defensa de la batería formada en lo alto de la calle de Alcalá, delante del convento de las monjas Vallecas (hoy casa del café Fornos), en cuyo paraje estuvieron haciendo fuego hasta el día 3 á las once de la mañana, hora en que se mandó suspender las hostilidades. Martí tuvo que huir á Cádiz; en su destierro escribió la tragedia *El Dos de Mayo* y la comedia *El mayor chasco de los afrancesados*.

Prestaron su concurso en la defensa: D. Agustín Esteve, pintor de cámara; habitaba en la calle Ancha de San Bernardo, número 66 moderno.

D. Matías Mesonero y Herrera, Olivo Bajo, número 8 moderno. Le hemos mencionado anteriormente.

D. Juan de Villanueva, sobrestante en aquellos días de las obras del Real Palacio. Actuó de ingeniero militar dirigiendo la construcción de las fortificaciones de la Cuesta de la Vega; habitaba en la Plaza del Alamillo, número 8 moderno.

D. Juan Antonio Labra, dueño de la famosa posada del Peine, estuvo defendiendo el Retiro.

---

(1) Aun se conservan, en la parte oriental de este elegante monumento, las señales de la artillería de Napoleón.

D. Miguel Sebastián Ramos, capellán de las religiosas del Caballero de Gracia, pasó los días del asedio haciendo cartuchos y conduciendo pan sobre sus hombros á las baterías y barricadas.

D. José Mariano Vallejo, catedrático de Matemáticas, quizá conocido de algunos de los que hoy viven, que habitaba en la calle de la Luna, esquina á la de Tudescos, recibió de un soldado francés, defendiendo la Puerta de los Pozos (Glorieta de Bilbao), un culatazo en el pecho, de cuyas resultas estuvo enfermo de gravedad; también emigró á Cádiz.

Dignos son de mención especial, por los auxilios que prestaron en aquellas fatales circunstancias, los dos pintores hermanos D. Angel María y D. Antonio María Tadey; el primero habitaba en la calle del Río, números 8 á 10 modernos; su encono contra los partidarios del rey José fué causa para que tuviera que ausentarse de la corte, estableciéndose en Cádiz hasta la vuelta de Fernando VII. El otro hermano pudo permanecer en Madrid, adonde había llegado de Milán en 1788. Vivía en la calle del Caballero de Gracia, número 36 duplicado moderno, casa que hace esquina á la de Peligros.

Por lo que se desprende de los documentos del Archivo municipal, los franceses amagaron el ataque á la población en general, á fin de hacerse cargo de las fuerzas con que los madrileños contaban, y el día 2, á las cinco de la tarde, cargaron con ímpetu á la Puerta de los Pozos, donde la tropa y el paisanaje resistió tenazmente. Parece que nuestras bajas fueron en número considerable; podemos entre éstas citar á D. Manuel Calvo, empleado en el archivo de la secretaría de Estado, capitán improvisado, herido gravemente por un casco de granada; el sargento del pelotón de Calvo, herido en un brazo, como también Manuel Pérez, repostero del famoso café de San Sebastián, y cuatro números muertos de la fuerza que mandaba el capitán citado.

Allí se distinguió José Gómez, herrero que vivía en la calle de la Palma Alta, número 18 antiguo, casa esquina á la de San

Andrés; este patriota era ya célebre desde el día 2 de Mayo por haber tenido á su cargo el cañón de la calle de San José (hoy Velarde) y haber dado muerte en la refriega del Parque á dos oficiales franceses.

Las peripecias que relata un procurador llamado D. Lorenzo Cisneros, que habitaba en las casas de Bringas (Puerta de los Pozos), podrían servir de asunto para escribir una novela. Animado de la mejor voluntad, cogió un azadón y ayudó cuanto pudo en la excavación del foso del Portillo de San Bernardino; su mujer y su criada, entretanto, hicieron la comida para la guardia que defendía esta entrada, y él, á la hora debida, se encargó con otro compañero de hacer la repartición, amén de cuatro azumbres de vino que abonó también de su bolsillo. Cuando entró el ejército de Napoleón lanzaron al procurador de su domicilio para establecer en sus habitaciones una comisaría francesa, que hizo desaparecer por obra de encantamiento 1.500 duros que el hombre tenía en el fondo del cajón de una cómoda. Sus ideas políticas, contrarias al gobierno intruso, forzaron á Cisneros á salir furtivamente una noche camino de Lisboa, abandonando esposa, bienes y asuntos, y al trasladarse embarcado al puerto de Cádiz naufragó el bergantín que lo conducía, salvándole de la muerte un marinero que le cogió por los cabellos en el momento en que el asendereado procurador se iba á fondo.

La batería establecida en la calle de Alcalá, delante del convento que ya hemos citado, de monjas Vallecas, fué el baluarte donde se quemó el último cartucho: su dirección, construcción y defensa se encomendó por la Junta militar á un clérigo menor, llamado José de Fuentes, hombre de un valor á prueba de bomba, pues cayeron muchas cerca del sitio en que se hallaba, sin que le hicieran perder su serenidad y sangre fría. La barricada tenía dos cañones y un obús, con cuyas piezas, dos artilleros y el paisanaje impidió el fraile que los franceses se posesionaran de la calle de Alcalá hasta dos horas después de haber tomado el Retiro, y á costa de la pérdi-

da del general francés Bruyère, que murió en el ataque. Fuentes fué sorprendido en su puesto de honor, y, por lo tanto, cogido prisionero y transportado á Francia, viaje que, como supondrá el lector, no lo hizo en silla de posta.

La confusión produjo descuidos, y éstos, accidentes desgraciados, de que fueron víctimas algunos infelices. El día 4, por la mañana, en los momentos en que se retiraban á sus casas los defensores de la batería de las Vallecas, se voló en la calle de Peligros un carro cargado de pólvora, produciendo con la explosión muchos heridos. La víspera se inflamó casualmente la pólvora de un depósito establecido en la confitería de don Vicente Martínez, calle de Latoneros, acera de la derecha, al salir á Puerta Cerrada, y aunque por fortuna no hubo que lamentar desgracias personales, las pérdidas materiales fueron de consideración. Por último, la casualidad de haber habilitado para polvorín una de las casas llamadas de Bringas, inmediatas, como se ha dicho, á la Puerta de los Pozos (1), hizo que una bomba, arrojada por los sitiadores, cayese en el depósito de municiones, ocasionando el hundimiento de una parte del edificio y la muerte de algunos soldados del batallón de Voluntarios de Avila que allí daban guardia.

Merece cumplidos elogios un maestro de primeras letras que habitaba en el Postigo de San Martín, números pares, esquina á la calle de Preciados, y que daba lección gratis á 20 niños pobres; porque este tal, hombre aficionado á la caza, reunió al pie de 60 compañeros de venatorios instintos, y poniéndose á las órdenes del coronel Mazarrédo, que, como ya hemos dicho, defendía la Puerta de Alcalá, verificó con ellos algunas descubiertas arriesgadas, perdiendo dos cazadores. El día 3 se les destinó á reforzar la guarnición del Retiro, y allí estuvieron haciendo fuego hasta que los franceses abrieron brecha.

La Puerta de Recoletos (2) fué el punto por donde comen-

---

(1) Pozos de nieve para el abasto de la población.

(2) Se hallaba situada al final del paseo de este nombre.

zó el ataque el día citado últimamente, habiendo conseguido los sitiados rechazar la embestida, hasta que, tomado el Retiro, una bomba arrojada desde este sitio rompió la tapia de circunvalación, y cogidos entonces los de Recoletos entre dos fuegos, tuvieron que apelar á la retirada; así lo refiere Juan Gómez de Zafra, guarda-almacén del Hospital general en aquella fecha.

El ataque del Retiro debió de ser formidable, á juzgar por las referencias que de él se hacen en los papeles del Archivo municipal; pero no hemos conseguido reunir sino frases sueltas y conceptos aislados, que si bien dejan entrever las proporciones terribles de la lucha, no bastan á historiar la generación de acto tan heroico, hasta el momento en que el ejército francés, merced á 30 piezas de artillería, logró abrir en las tapias de aquel ameno jardín ancho boquete que le dió paso, y que fué signo de terror para cuantos defendían el real sitio.

También la suerte nos ha negado descubrir el punto donde se abrió la brecha; sin embargo, el conde de Toreno (1) dice que fué en la parte oriental, y un paisano de los que defendían el olivar de Atocha manifiesta en un escrito de 1817 que el boquete se abrió no lejos de donde él estaba, en vista de lo cual podremos señalar el sitio de la brecha hacia donde está la *Casa de fieras*, extensión que pudo dominarse con los cañones colocados en el antiguo camino de Vicálvaro.

Los muertos y heridos se presume que fueron muchos por las referencias citadas, pero no hemos hallado relación de su número: entre los primeros figura el hijo de D. Joaquín Martínez Mendinueta, veedor del real sitio del Buen Retiro. Don Esteban de Agreda, director de escultura de la Fábrica de la China (situada donde hoy la fuente del Angel caído), tuvo que huir abandonando el establecimiento, que sufrió por parte de los franceses un saqueo horroroso, según asegura en escrito que tenemos á la vista Eusebio Arias, dependiente de la Real

---

(1) *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.*

Casa. Bueno es hacerlo constar, para que no echemos toda la culpa de la destrucción de la fábrica á los ingleses. Unos y otros estaban interesados en que desapareciera aquella industria madrileña.

Los franceses entraron en el Retiro á las nueve de la mañana del día 3, y tomada esta posesión, Madrid se vió precisada á capitular.

Estas noticias, si no sirven para formar juicio exacto de las tristes pruebas que la población sufrió en aquella memorable jornada, demuestran de una manera clara y evidente que los madrileños no esquivaron el peligro, ofreciendo su sangre y su vida en defensa de la independencia nacional. Si la *Junta de defensa* cometió torpezas, cobardías y desaciertos, caiga sobre ella el terrible anatema que ha formulado la Historia; pero rehabilítese la memoria y buen nombre de aquellos ciudadanos que, engañados y mal dirigidos por la ineptitud de las autoridades, cumplieron con su deber, ganando honrosamente la *Cruz de Madrid*.

CARLOS CAMBRONERO

# JOSÉ DE ESPRONCEDA Y DELGADO

SU ÉPOCA, SU VIDA Y SUS OBRAS



Es triste cosa, pero muy frecuente, esta de que hasta que no se celebran sus correspondientes centenarios, ó por cualquier otro motivo se revuelven los huesos de los hombres más ilustres, desde que mueren hasta dicho momento, han de permanecer con la careta que la admiración de los amigos, las absurdas especies de los enemigos, y sobre todo la ignorancia del vulgo, que sólo por falsas referencias los conoció durante sus vidas, les colocan sin ton ni son, les cuadre ó no les cuadre; y las leyendas toman cuerpo y crecen sin cesar, sin que la crítica logre destruirlas hasta que no transcurren muchos años.

Así, se necesitó del IV centenario del descubrimiento de América para conocer la verdadera figura de Colón y para averiguar la nobilísima conducta de Pinzón, sobre el que pesaron hasta entonces las mayores calumnias.

La exposición de los cuadros de Zurbarán durante el centenario del *Quijote* sirvió también para que conociésemos no sólo las mejores obras, sino la tan ignorada como curiosa vida de este artista.

Y el primer centenario del nacimiento de Espronceda ha dado ocasión á que se averigüe que el autor del *Diablo Mundo*

fué un hombre completamente distinto de lo que hasta aquí se le ha creído.

\*  
\* \*

Los investigadores y los críticos han puesto de relieve que el pobre bohemio disfrutó de una posición más que desahogada; que el irreligioso era un buen católico y muy timorato; que el calavera no se aproximaba ni con mucho á D. Félix de Montemar, ni sus travesuras excedían á las de cualquier otro joven de su edad y su fortuna; que sus amores no fueron tan románticos que se sacrificase por una sola mujer, y que sus alardes revolucionarios, su aparente despreocupación y todas sus aventuras fueron puros deportes del elegante que deseaba estar á la moda de su época.

Es más: hasta la fecha, nadie había descubierto que no fué el único hijo de sus padres, sino que tuvo otros dos hermanos por lo menos. Tampoco se sabía en qué sitio y en qué circunstancias nació, y por último, y lo que parece más increíble, hasta hace poco nadie logró precisar las fechas exactas de su nacimiento y de su muerte.

\*  
\* \*

Rico, de buena presencia, niño mimado de la sociedad más distinguida, y de mucho talento, pero muy impresionable, no reunía condiciones Espronceda para poder sustraerse á la influencia del medio, sino que concurrían en él todas las más abonadas para ser un fiel reflejo de las costumbres y de las ideas de su tiempo; tiempo que comprende el período más intensamente revolucionario de España y de toda la humanidad civilizada, tanto en el terreno político como en el filosófico y el literario.

Para que el lector pueda convencerse hasta qué punto fué mi biografiado hijo del ambiente de su tiempo, y para que aprecie mejor su carácter, su vida y sus obras, empezaré el estudio de Espronceda por examinar el cuadro histórico dentro del que se desarrolla y desenvuelve desde que nace hasta que deja de existir.



Desde 1808 hasta 1842 se consolida la independencia de América y se transforma Europa en sus luchas con Napoleón y por virtud de las semillas que había sembrado la Revolución francesa, que no tardaron en germinar en todas las naciones del viejo y del nuevo mundo, llegando á su apogeo después de la restauración.

El modesto oficial de Artillería que figuraba como uno de tantos en las jornadas del 20 de Junio y del 10 de Agosto de 1792 en París, que revelaba su genio militar en el sitio de Tolón, arrojando de la plaza á los ingleses, y que por su amistad con Borrás salvaba á la Convención, ametrallando á los sediciosos en la escalinata de la iglesia de San Roque, no tarda mucho tiempo en ser el victorioso general que dorrota á los austriacos en Montenotte, Mellesimo, Dego, Mendovi, Lodi, Castighione, Arcola y Mantua, y á los egipcios en Alejandría, ante las Pirámides, en el Cairo y en Siria, y que, con la aureola del vencedor, se apodera del gobierno de Francia, mediante el golpe del 18 Brumario, que lo elevó en el acto á primer cónsul, más tarde á cónsul vitalicio, y por último á emperador.

El que debía su rápido encumbramiento á los azares de la revolución, unidos á los laureles de la guerra, no podía prescindir de ésta, y en vez de devolver la paz al mundo, continuó peleando contra toda Europa, venciendo en 1805 á los austriacos en Ulm y á los rusos en Austerlitz, y en 1806 á los prusianos en Jena. En 1807 vence otra vez á los rusos en Friedland; y para vencer á Inglaterra y arruinar su vida económica, decreta el bloqueo continental. Portugal le desobedece, y entonces firma con el Gobierno de Carlos IV el tratado secreto de Fontainebleau, por el que España dió paso franco á los veintisiete mil hombres de Junot, que invadieron el reino lusitano, y la flota española se unió á la francesa, con la que fué deshecha en Trafalgar.

Tras de Junot atraviesa Murat los Pirineos y se establece en Madrid, donde permanece mientras se desarrollan los tristes sucesos de Aranjuez, los no menos desdichados de Bayona

y los tan sangrientos como gloriosos del día 2 de Mayo (del mismo año en que nació Espronceda) con que se inauguró la *guerra de la independencia española*, en cuya batalla de Bailén fueron vencidas por primera vez las hasta entonces invencibles tropas imperiales. Desde entonces se eclipsa la estrella del gran emperador, que en la posterior guerra de Austria es herido, aunque levemente, en Eckmuhl, y después del incendio de Moscou, cuando invade los dominios de Alejandro, ve deshacerse su ejército *de las naciones* entre la nieve de las estepas rusas. A continuación es derrotado en Leipzig, y más tarde invaden á Francia las fuerzas de sus enemigos coaligados, que entran en París y obligan al coloso á redactar su abdicación y á trasladarse á la isla de Elba, de donde regresa á poco para volver á perturbar el mundo durante cien días más, al cabo de los cuales es vencido en Waterloo y conducido como prisionero á la isla de Santa Elena, donde hubo de morir.

Desde que Bruswich penetró en Francia por encargo de Austria y Prusia, ó, para mayor precisión, desde que Dumourier le detuvo en Valmy hasta la batalla de Waterloo, todas las energías de todos los pueblos europeos se concentraron en la lucha contra el francés, y toda su política estuvo supeditada, primero á la revolución, y después á Bonaparte, cuyos hermanos y parientes llegaron á reinar en España, en Italia, en Nápoles y en Westfalia.

Después de Waterloo pasó la influencia al Austria, y al genio de la guerra de Napoleón siguió el de la diplomacia de Metternich, verdadero dictador del Congreso de Viena y de los internacionales sucesivos, donde los vencedores de Francia arreglaron á su gusto el mapa de Europa, sin tener para nada en cuenta las condiciones de los países ni las aspiraciones de los habitantes, sobre cuya suerte decidieron.

Enemigo Metternich de las ideas democráticas que la Revolución francesa había difundido, patrocinó el pensamiento de Alejandro de Rusia para la constitución de una Santa

Alianza entre los soberanos interesados en mantener el absolutismo; mas, á pesar de todos sus esfuerzos, las doctrinas liberales continuaron ganando terreno é imponiéndose en todos los pueblos.

Desde la restauración hubo ya en Europa dos modos distintos de concebir el Gobierno: el absolutista y el constitucional. Cada país tuvo sus partidos opuestos, mantenedores de estos respectivos ideales; pero mientras los del primero perdieron, poco á poco, el campo, los del segundo lo fueron ganando cada vez más, como lo demuestra un ligero análisis de cada una de las naciones en que se luchaba.

En Francia se acentuó la contienda más que en parte alguna, esforzándose Luis XVIII y Carlos X en robustecer la autoridad del trono, con perjuicio de los constitucionales, que acabaron por destituir al segundo en la famosa revolución de Julio de 1830 (en la que tomó parte Espronceda), proclamando á Luis Felipe de Orleans por sus ofrecimientos liberales, y destronándolo también el 48 por empeñarse en no cumplirlos.

Mazzoni, refugiado á la sazón en Francia, cuando los emigrados españoles y de otras naciones absolutistas se agitaban en París, organizó (enfrente de la Santa Alianza de los reyes) la sociedad secreta titulada la *Joven Europa*, que se proponía derribar todos los tronos, convirtiendo á cada Estado en una república independiente. Su divisa era *Libertad, Igualdad, Humanidad*. Un Dios, un soberano, el pueblo, la ley de Dios; y en todas las naciones se formaron partidos con aquel programa, apareciendo la Joven Polonia, la Joven Rusia, la Joven Alemania y la Joven Italia.

En Inglaterra, donde también fué á parar Espronceda, sucedió á la reacción, que había dominado hasta el año 20, la era de la libertad, que inauguró Jorge IV y secundaron Guillermo IV y Victoria, ayudados por los ministerios de Canin, Wellington, Grey y Malbure-Russel, quienes en la política exterior favorecieron á los constitucionales españoles y portugueses, contribuyendo á la independencia de Grecia, y en la

política interior abolieron el juramento del Test, emanciparon á los católicos ingleses, reformaron la ley electoral, persiguieron la esclavitud de los negros y abordaron la reforma social.

En Alemania, y á pesar de los decretos represivos de Metternich, se establecieron constituciones liberales en Wartenberg, Baden, Baviera y Veimar. La Dieta de Francfort se manifestó también liberal, y en 1832 se celebró la fiesta del Mayo alemán.

En Hungría se empezó á trabajar por el régimen constitucional y la prensa libre, desde la Dieta del 32, y el célebre revolucionario Kossuth conmovió el Imperio con sus campañas nacionalistas.

En Prusia fué espantosa la reacción durante los años que abarca la vida de nuestro poeta; pero aquella reacción era compensada por el aumento del bienestar material y el fomento de la instrucción pública, á la que contribuían en la Universidad de Berlín teólogos como Schleiermacher, jurisconsultos como Savigny, geógrafos como Retter y filósofos como Hegel.

En Italia, la patria de Mazzoni, no obstante la política de León XII y de Pío VI, surgieron las revoluciones liberales de Nápoles, Bolonia, Romania, las Marcas, Parma, Módena y Roma, robusteciéndose el partido de la Joven Italia, cuyo programa fijara Gioberti, Balbo y el Meglú.

En Rusia se mantuvo el orden hasta ocurrir la muerte de Alejandro; pero al sucederle Nicolás estalló la revolución de 1825, organizada por los nobles, que hubieran preferido tener por soberano á Constantino; mas fué sofocada en el acto, y durante el reinado de aquel zar simbolizó el Gobierno moscovita el absolutismo más exagerado enfrente de la Europa liberal, consagrandó toda su atención á las guerras de Turquía con motivo de la independencia de Grecia y de las luchas de Mahomed con el pachá de Egipto Mehemé Alí.

En Polonia estalló la revolución en 1830, siendo Espronce-

da uno de tantos emigrados de los que se alistaron en París para ir á derramar su sangre por la independenciam de aquel pobre pueblo.

Turquía sufre también violentas revoluciones y empieza á desmembrarse por esta época. Por dos veces se intentaron allí reformas liberales: la una por el mismo Mahomed, que fué vencido por los viejos turcos, y la otra por el ministro de Abdul-Medjid, Richech, que dió una carta constitucional en 1839 y reformó el Código penal en 1840. Mahomed había sido derrotado por Mehene-Alí en las campañas de Siria y Anatolia, y gracias á Metternich no fué depuesto Abdul-Medjid, á quien se le aseguró en el trono por el tratado de los Estrechos y el posterior de Londres de 1841. Mas ya se habían declarado independientes Grecia, Servia, Moldavia y Valaquia.

Bélgica, que el Congreso de Viena había unido á Holanda, sin consideración á sus diferencias de idiomas, creencias y costumbres, fué también sacudida por la revolución de Julio, y los católicos y los liberales, unidos para recabar la autonomía desde 1828, proclamaron su independenciam el 25 de Agosto de 1830, rechazando á los ejércitos holandeses que se presentaron ante Bruselas á las órdenes del príncipe Federico, y eligiendo para su trono á Leopoldo de Coburgo, que juró la nueva constitución basada en la soberanía del pueblo.

En Dinamarca creó Federico VI las asambleas de los Estados provinciales, y Cristián VIII dejó redactado un proyecto de Constitución.

Suecia y Noruega volvieron al absolutismo, que conservaron durante el reinado de Carlos XIII y los primeros años de la monarquía de Bernadotte, hasta que éste no tuvo más remedio que seguir el ejemplo de los demás soberanos, y transformó el Consejo en Ministerio en 1840.

Suiza se dió por la Dieta de los 22 Estados el *Pacto federal* de 1815, y fué reconocida la neutralidad de su territorio.

En Portugal surgió, con la restauración, la guerra civil que sostuvieron entre sí absolutistas y constitucionales, hasta

que la cuádruple alianza consolidó en el trono á D.<sup>a</sup> María de la Gloria.

En España, y durante la primera infancia de Espronceda, se desarrolla la *guerra de la independencia*, que empezó con la victoria del Bruch y los descalabros de Cabezón y Rioseco; que continuó con el triunfo memorable de Bailén; que asombró al mundo con los sitios de Zaragoza y Gerona, y que casi puede decirse que terminó en los Arapiles, en 1812, año en que las Cortes, refugiadas en Cádiz, promulgaron la primera Constitución española.

España se había liberalizado durante el cautiverio de su rey; pero cuando después del tratado de Valencey (el 3 de Diciembre de 1813) regresó Fernando á Madrid el 13 de Mayo de 1814, hizo volver las cosas al estado en que se hallaban antes de su partida, empezando un período de horrorosa reacción.

Ya encontrándose en Valencia, alentado por las tropas de Elío, firmó, el 4 de aquel mes (de Mayo), un decreto-manifiesto restableciendo su poder absoluto y anatematizando la obra de los constitucionales de Cádiz; y antes de llegar á la coronada villa ordenó la prisión de los principales diputados, entre los que figuraban el ilustre poeta Quintana, el actor Máiquez, el sabio sacerdote Muñoz Torrero y otros muchos á cual más notables por sus talentos y virtudes cívicas.

Una vez en la corte, los decretos reaccionarios fueron en aumento, y el 17 de Diciembre de 1815 ordenó el déspota monarca que, después de 19 meses de prisión, fuesen extraídos de sus cárceles los detenidos más ilustres y condenados á cumplir las siguientes condenas: D. Agustín Argüelles, ocho años en el fijo de Ceuta; D. José María Calatrava, D. Manuel García Herrero, D. Francisco Martínez de la Rosa y D. Francisco Sánchez Barbero, igual tiempo en los presidios de Melilla, Alhucemas y el Peñón; D. Ramón Feliú y D. José Canga-Argüelles, la misma pena en los castillos de Benasque y Peñíscola; D. Diego Muñoz Torrero y D. Joaquín Lorenzo Villanue-

va, siete años en los conventos de Erbón y Salleda; y D. Juan Nicasio Gallego, D. Manuel Ramos Arispe y D. Manuel López Cepero fueron reclusos en las Cartujas de Jerez, Valencia y Sevilla.

Para librarse de la persecución absolutista huyeron oportunamente al extranjero Alcalá Galiano, Flores Estrada, Antillón, Luján, Toreno, Istúriz, Caneja y muchos más.

El desenfreno de la reacción empieza á provocar los levantamientos militares. En el mismo año de 1815 se levanta el general Porlier en Galicia en favor de la libertad, pero fracasa y es ahorcado. Le sigue D. Vicente Richard, y sufre la misma suerte, en 1816. Lacy y Milans se levantan en Cataluña en 1817, proclamando la Constitución del año 12, y también fracasan; el segundo pudo escaparse, mas el primero murió fusilado. Los levantamientos de Valencia fueron igualmente anegados en sangre.

La América española, que había empezado á sublevarse durante las guerras napoleónicas, seguía agitada por la insurrección, mientras en la inglesa ardía la guerra civil. Muchas de nuestras colonias se habían declarado independientes, y la guerra fué general en Méjico, Venezuela, el Plata, Nueva Granada, Chile, Colombia, Perú, etc., hasta que todas consiguieron emanciparse y ser reconocidas por los Estados Unidos en 1822 y por Inglaterra en 1825. Incluso el Brasil, portugués, recobró su autonomía, con el carácter de Imperio, en 1822.

Pues bien: cuando todavía abrigaba Fernando VII esperanzas de sofocar la insurrección americana, el general Riego, al frente de un ejército destinado á embarcarse para luchar contra los insurrectos, considerando que lo primero para la madre patria era salvarla á ella de la esclavitud en que la tenía la camarilla del rey, se sublevó en Cabezas de San Juan el 1 de Enero de 1820 al grito de ¡viva la Constitución del 12! El coronel Quiroga le secundó, apoderándose, con siete batallones, de la Carraca y de la isla de León, y en Barcelona, Zaragoza,

Coruña y Pamplona hicieron repercutir el movimiento Arco Agüero, López Baños y O'Dali.

Al fin triunfaron los esfuerzos de los liberales. Madrid se alzó el 9 de Marzo, y Fernando VII se vió obligado á jurar la Constitución y á convocar las Cortes.

\*  
\* \*  
\*

Las gentes, que durante más de cinco años se habían visto privadas de reuniones, empezaron á formar sociedades patrióticas, y en poco tiempo se constituyeron las de *Los Amigos de la Libertad*, en el café de Lorenzini; *La Cruz de Malta*, en el de la calle de Caballero de Gracia; *La Fontana de Oro*, en el de la Carrera de San Jerónimo; *Los Amigos del Orden*, *La Landaburria*, *Los Comuneros* y otros, cuyos individuos estaban inficionados de las teorías filosóficas y literarias de la época, que tanto influyeron en el espíritu de Espronceda.

El escepticismo estaba de moda y la literatura romántica empezaba á propagarse. Aquél había tenido su origen en las teorías de los deístas ingleses. En posesión Inglaterra, desde su revolución de 1688, de gran libertad política y de la tolerancia confesional, los filósofos británicos del siglo XVIII no hicieron más que justificar con sus teorías lo que acababa de nacer en el orden de los hechos, supeditando las creencias religiosas al dominio de la razón.

Locke, el autor de las *Cartas sobre la tolerancia*; Shaftesbury y Bolingbroke, fueron los inventores de la *Religión natural*, que sólo reconocía la existencia de un Dios que rige al mundo y la de un alma inmortal.

Estas doctrinas llegaron pronto á Francia, oprimida por el absolutismo de los últimos Luises y por la intolerancia religiosa, y desde el mismo siglo XVIII empezó en las clases ilustradas el espíritu de oposición á la Iglesia y á la Monarquía, naciendo los espíritus fuertes, que, sin atacar abiertamente á la religión oficial, profesaban la indiferencia y fomentaban el descontento político.



Como á los escritores franceses no les era dado, en un principio, profesar descaradamente las doctrinas recibidas de Inglaterra, empezaron á propagarlas muy cautelosamente en novelas, cuentos y relatos de viajes, con nombres que las disimulaban, hasta que acabaron por hacer su ostentación, sacando, á la vez, de ellas principios más radicales y reformas más extensas que sus predecesores los filósofos ingleses, á los que aventajaron en radicalismos Montesquiéu, Voltaire, Rousseau, Diderot, Helvecio, Holbach, Mably, Raynal y otros eminentes publicistas, que divulgaron sus ideas colaborando en la Enciclopedia, la que era leída y releída en todas partes, cuando Espronceda empezaba á pensar.

Marchaban por entonces al frente de los cultivadores de la bella literatura Chateaubriand, Lamartine, Eugenio Sue, Balzac, Jorge Sand y Alfredo Musset, en Francia. Estaban en boga en Alemania las obras de Goethe, Schiller, Leonitz, Humbold, Kant, Hegel, Fischer, Grimm, Schlegel, Beck y Enrique Heine. En Inglaterra se destacaba entre todos los escritores la gran figura de Lord Byron, en Escocia Walter Scott, en Italia Leopardi; y en España florecían, entre otros muchos ingenios, Lista, Hermosilla, Quintana, Gallego, Floridablanca, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Moratín, Bretón de los Herreros, Gil y Zárate, Jovellanos, Meléndez Valdés, Iriarte y Reinoso.

Plutarco, Epíteto y Raynal eran por entonces los autores favoritos de Espronceda, que ya se daba cuenta de los acontecimientos políticos que agitaban á Europa, cuando, después del golpe de Riego, empezaba á gozar España de cierta libertad; pues, como ya dejo indicado, nació en el mismo año en que empezó la guerra de la independencia española, y contaba sus doce abriles.

\*  
\* \*

Esta fecha, la del nacimiento del poeta, ha sido ignorada hasta ahora por todos sus biógrafos (menos por el último, el E. M.—*Mayo 1908.*

Sr. Cortón); Rodríguez Solís, el más serio y el mejor de ellos, la colocaba en la primavera de 1809; Ferrer del Río, el padre Blanco y otros la fijaban en 1810.

Esta falta de precisión sólo puede atribuirse á indolencia ó á falta de verdadero interés de los citados escritores, que han considerado más cómoda la tarea de copiarse unos á otros, en vez de consagrarse á investigar, hasta que se hubiesen orientado hacia el Archivo General Castrense, donde les habrían proporcionado una certificación como ésta:

«D. Atilano del Valle Alvarez Presbitero. Capellan del Cuerpo Eclesiastico del Ejercito, Jefe del Archivo. Negociado cuarto del Vicariato General Castrense=Certifico: Que en el libro de Bautizados, volumen número mil doscientos cuarenta y dos, al folio catorce vuelto se halla inscripta la siguiente partida, que copiada literalmente dice: «=José Ignacio Xabier de Espronceda y Lara=En la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Purificacion de la Villa de Almendralejo en veinte y cinco de Marzo de mil ochocientos ocho, el abajo firmado capellan por Su Rl. Mag. y cura Párroco Castrense del Regimto. Cavalleria de Borbon. Baptizé solemnemente un niño nacido á las seis y media del propio dia, á quien puse los nombres de José Ignacio Xabier, Oriol, Encarnacion, hijo legitimo del Tte Coronel Dn Juan Espronceda Sargto Mayor del expresado Regimto, natural de los Barrios en el Campo de Gibraltar y de D.<sup>a</sup> Maria del Carmen Delgado y Lara natural de Pinos del Balle, Arzobispado de Granada: Abuelos P. P. el coronel Dn Diego de Espronceda, natural de Tafalla en Navarra, y D.<sup>a</sup> Agustina Fernandez Pimentel, natural de Zeuta: Maternos Dn José Delgado y D.<sup>a</sup> Tadea de Lara, naturales de Pinos del Valle: fué su Padrino el Exmo Sor el Vizconde de Zolina, Brigadier de los Rl.<sup>s</sup> Extos y Coronel del propio Cuerpo, quedando adbertido del Parentesco y obligacion que habia contraido; Se hallaron ptes como testigos Dn Carlos Franco y Dn Juan Quadrado. Capit<sup>ns</sup> del mismo Reg<sup>o</sup>=Juan Antonio Jordan—Rubricado»=Es copia exacta del original á que me

remito y en la cual se ha respetado la ortografía antigua=Madrid á trece de Marzo de mil novecientos ocho=Atilano del Valle Alvarez.»

Si acerca del día y el año no había fijeza alguna, acerca del lugar del nacimiento había ignorancia ó error, suponiéndole nacido en el mismo pueblo en que fué bautizado.

Según los vecinos de Villafranca de los Barros, nació Espronceda en las cercanías, y dentro del término de este pueblo, en un campo llamado los *Pajares de la Vega*, sito en el camino de Almendralejo, lugar cubierto de escombros y ruinas de abundantes edificios romanos.

D. Juan de Espronceda y D.<sup>a</sup> María del Carmen Delgado residían en dicha población, habitando la casa señalada con el número 8 de la Plaza Vieja (hoy de Fernando Ceballos), cuando los sucesos de Aranjuez fueron causa de que tuvieran que salir precipitadamente para Badajoz.

A poco de salir de Villafranca y de sufrir D.<sup>a</sup> Carmen las molestias del coche que la conducía, experimentó los dolores del parto, y hubo que bajarla en seguida, conduciéndola á la choza de unos pastores cercana á la carretera, donde vino al mundo el gran cantor del *Dos de Mayo*.

En vez de regresar al punto de partida continuaron sus padres el viaje en la dirección que llevaban hasta llegar á la ciudad inmediata, Almendralejo, donde tenía su residencia oficial el capellán del regimiento y donde en casa de la noble familia de D. Francisco Vélez recibió la enferma todas las atenciones que requería su estado y el recién nacido el agua del bautismo; y aunque había nacido en el campo, el sacerdote se abstuvo de consignar esta circunstancia.

Algo de esto debió averiguar el Sr. Rodríguez Solís, quien lo supone naciendo dentro del coche y, desde luego, antes de penetrar en Almendralejo.

Al interesado también debieron referirle sus padres dónde y cómo vió la luz, á legua y media ó á siete kilómetros del pueblo en que fué bautizado, según lo demuestra él mismo en

la siguiente poesía «A Carolina Coronado, después de leída su composición *A la palma*».

Dicen que tienes trece primaveras  
y eres portento de hermosura ya,  
y que en tus grandes ojos reverberas  
la lumbre de los astros inmortal.

Juro á tus plantas que insensato he sido  
de placer en placer corriendo en pos,<sup>¶</sup>  
cuando *en el mismo valle* hemos nacido,  
niña gentil, para adorarnos, dos.

Torrentes brota de armonía el alma;  
huyamos á los bosques á cantar;  
dénos la sombra tu inocente *palma*  
y reposo tu *virgen Soledad*.

Mas ¡ay!, ¡perdona!, virginal capullo;  
cierra tu cáliz á mi loco amor:  
que nacimos de un aura al mismo arrullo,  
para ser yo el insecto, tú la flor.

Espronceda no dice «cuando en el mismo pueblo hemos nacido», lo que podría decir sin alterar la armonía del verso, sino «cuando *en el mismo valle*»; y así fué en efecto. Villafranca y Almendralejo distan sólo dos leguas, y ambas poblaciones están situadas en el mismo valle y regadas por el mismo río.

Para poner en claro el hecho de la residencia de los padres del poeta en la ciudad de Villafranca de los Barros, en 1808, y la posibilidad de la exactitud de la tradición que conservan los villafranqueses, he procurado averiguar, por el libro de las partidas bautismales, los puntos en que estuvo el regimiento de Borbón desde el primer año del siglo XIX, y he podido saber que á principios de 1808 paraba en Villafranca. Antes había estado: en 1800, en Algeciras; el 25 de Mayo de 1801, en Córdoba, de paso para Extremadura; el 29 de Agosto, en Villafranca de los Barros, donde sigue hasta Octubre, y en Diciembre, en Olivenza; desde Junio de 1802 hasta Diciembre de 1804, en Zaragoza; desde Abril hasta Septiembre de 1805, en



Reus; desde Julio hasta Septiembre de 1807, en Barcelona; en 1808, en Villafranca y Almendralejo, y el 8 de Octubre de 1809, en el campo de batalla de Tamames.

No fué sólo Espronceda el que nació por entonces en tan anormales circunstancias. Al año y un día precisamente, y en a misma forma que él, al salir sus padres también de Villafranca, vino al mundo otro escritor, el licenciado D. José Muñoz Rodríguez (autor de *Los buhoneros en Los españoles pintados por sí mismos*), quien ha dejado descrito en sus *Memorias de un estudiante* cómo acaeció su nacimiento. Dice así:

«Era el año de 1809, época de la gloriosa Guerra de la Independencia española, contra los ejércitos invasores del emperador Napoleón I. Los habitantes de los pueblos indefensos, al aproximarse las tropas del vencedor de Austerlitz, abandonaban sus casas, dejándolas completamente á merced de los soldados extranjeros.

»Imitando esta conducta, mi familia abandonó también la suya, en el pueblo de Villafranca de los Barros, con el objeto de refugiarse en la villa de Hornachos, á la distancia de tres leguas, donde residía una familia íntima amiga de la mía, y cuya villa, por hallarse situada en medio de la sierra de su nombre, se consideraba menos accesible y más segura de las correrías de aquellos vándalos modernos; mas la Providencia lo dispuso de otro modo.

»Mi madre, María Rodríguez Luque, muy adelantada en su embarazo, se sintió indispuesta al llegar al pueblecito llamado Puebla del Señor Prior, á dos leguas de distancia de Villafranca. Allí tuvo necesidad de detenerse toda la familia, y allí nací yo el 26 de Marzo de 1809.»

Todos los biógrafos nos presentan á Espronceda como hijo único del teniente coronel D. Juan y de D.<sup>a</sup> Carmen Delgado; mas según aparece en el Archivo general castrense, por las interesantes notas que me ha facilitado el ilustrado sacerdote, jefe de dicho Archivo, D. Atilano del Valle, á quien desde aquí

le envió la expresión de mi gratitud, el eximio vate tuvo por lo menos dos hermanos mayores que él.

«Francisco Xavier Diego, que nació en Reus el 13 de Mayo de 1805 (siendo su padre Capitán), y fué bautizado al día siguiente por el presbítero D. Nicolás de Villalba y Figueroa, apadrinándolo el «Vizconde de Zolina», y «María del Carmen, Agustina, Tadea, Teresa, Javiera, Eulalia, que nació en Barcelona á las tres y cuarto de la madrugada del 12 de Febrero de 1807 (cuando ya su padre era Sargento mayor), y fué bautizada aquel mismo día por D. Carlos de Horts y Brú, Barón de Horts, Arcediano de Badalona, apadrinándola el Vizconde de Zolina.» Una nota marginal de esta partida dice *obit*, como queriendo indicar que falleció poco después. En efecto, su partida de defunción aparece firmada el 24 de Marzo, y se enterró en la iglesia de Padres Carmelitas Descalzos del mismo Barcelona. Quizás su hermano Francisco muriese también de corta edad, y por esta razón se ha supuesto que José era unigénito.

D. Antonio Cortón hace en su reciente libro acerca de *Espronceda* esta observación: ¿De dónde ha sacado un distinguidísimo biógrafo que la joven esposa de D. Juan de Espronceda siguió á éste de cerca en la campaña, llevando á su hijo?

Por el distinguidísimo biógrafo, que tal vez sea el Sr. Rodríguez Solís, me permito contestar al Sr. Cortón que si no considera bastante prueba el que esta señora diese á luz un hijo en Reus, otro en Barcelona y otro en el riñón de Extremadura. Si no acompañaba á su marido, viajaría sola, pero bastante.

En 1820 ya residía *Pepe Espronceda* con su familia en Madrid, en una casa de la calle del Lobo. Su padre, que había ascendido á brigadier, solicitó para el joven vástago, en Julio de dicho año, una plaza de cadete en el colegio de Artillería de Segovia, plaza que se le concedió en Junio de 1821, pero que no debió ocupar mucho tiempo, cuando ingresó en aquel mismo curso académico en el colegio de San Mateo, que se

acababa de fundar, dirigido por D. Juan M. Calleja, y del que eran profesores D. José Gómez Hermosilla y D. Alberto Lista, cuyas sabias lecciones recibió el pequeño vate hasta el aciago año 23, en que fué cerrado el colegio, de Real orden, porque hasta Hermosilla era considerado como revolucionario por los gobernantes de la segunda reacción absolutista.

Mientras Espronceda estuvo en este colegio, y desde el grito de las Cabezas de San Juan, se multiplicaron en España las sociedades políticas, públicas y secretas, y á las ya enumeradas se sumaron en poco tiempo la de los *Comuneros*, formada por los más exaltados patriotas, y la de los *Anilleros*, que dirigía Martínez de la Rosa.

Espronceda y otros amigos, todos niños de doce á diez y seis años, que poco antes habían fundado la academia poética *El Mirto*, influídos por el medio y deseando imitar á los hombres, resolvieron crear una sociedad revolucionaria, titulada *Los Numantinos*, de la que sólo formaron parte doce afiliados.

Miguel Ortiz y Escosura concibieron la idea; Espronceda y Ventura de la Vega, con Bernardino N. Arenas, Barrera, Tijero, Cortés y otros, fueron los fundadores.

Las primeras reuniones las celebraron á campo abierto, en los cerros del Observatorio astronómico y en la Pradera del Canal, y las sucesivas en un sótano que proporcionó el afiliado D. Indalecio N, mancebo de una botica de la calle de Hortaleza.

Si durante la reacción, que precedió á la libertad del año 20, habían sido los liberales los autores de los alzamientos para restablecer la Constitución de 1812, desde que ésta volvió á estar en vigor fueron los reaccionarios los que fomentaron las conjuraciones para restablecer el absolutismo, fundando á su vez las sociedades tituladas *El Angel Exterminador*, *La Concepción* y otras.

Mientras las Cortes se entregaban á un liberalismo exagerado, los absolutistas levantaban partidas en armas, y Fernando VII sostenía desde el Escorial correspondencia secreta.

con el soberano de Francia. Pronto empezaron á darse vivas al rey absoluto, y en Valencia se insurreccionó á este grito un piquete de Artillería.

Los excesos de la demagogia llegaron á tales extremos, que merecieron las censuras de Martínez de la Rosa y de Torreno en la sesión parlamentaria del 4 de Febrero de 1882. Al salir á la calle aquellos dos ilustres patriotas fueron soezmente insultados por las turbas, que pasaron después á la casa del segundo, la tomaron por asalto, destrozaron los muebles, maltrataron á los criados, injuriaron á su hermana, la viuda del general Porlier (el ahorcado en la Coruña por la causa de la libertad), y se dirigieron á la casa de Martínez de la Rosa con ánimo de repetir las mismas escenas, lo que habrían conseguido á no impedirlo las fuerzas del general Morillo.

Estos excesos liberticidas alientan á los absolutistas, y el 2 de Junio se sublevan cuatro compañías de la Guardia real, dirigiéndose al Pardo, dando vivas al rey absoluto. A eso de la media noche del día 6 caen sobre la capital, entran con el mayor sigilo por el portillo del Conde-Duque, y marchando por la calle Ancha de San Bernardo y la de la Luna, llegan á la de Silva, donde les da el alto una patrulla mandada por el exguardia D. Agustín Miró, que rompe el fuego contra los sediciosos; pero éstos siguen avanzando, y mientras una de sus columnas se dirige á la Puerta del Sol, la otra marcha hacia la Plaza Mayor, acometiendo su recinto por tres puntos, con tan violento empuje, que parecía imposible pudieran resistirlo los inexpertos nacionales, entre los que estaba el joven revolucionario D. José Espronceda con otros héroes de su edad.

Mandaba toda la fuerza miliciana el brigadier Palarea, y bajo su dirección se condujo aquélla con tal brío, que acribilló con sus fuegos á los temerarios agresores. La artillería diezmó las filas de éstos con sus primeros disparos, y los que quedaron con vida fueron rechazados á la bayoneta, hasta obligarlos á retroceder, para ampararse en la columna que



marchó hacia la Puerta del Sol, donde acabó de ametrallarlos Ballesteros. Entonces emprendieron el camino de palacio, llegando hasta sus puertas, acosados por el general Morillo.

La victoria fué completa para las armas constitucionales. La luz del nuevo día disipó las ilusiones de los reaccionarios, que pocas horas antes, en las tinieblas de la noche, se regocijaban con la caída del régimen constitucional y el seguro entronizamiento del despotismo que soñaban.

Aquella lucha, en la que intervino Espronceda cuando empezaba á versificar, le impresionó tan profundamente, que le sirvió de motivo para el primer ensayo poético que dió á la publicidad, dedicado *Al 7 de Julio*.

Discípulo por entonces de Lista, sometió á su examen aquel trabajo. El maestro lo leyó entusiasmado, y «alentó con su aplauso al genio que nacía».

A los abusos de los liberales victoriosos contestaron los absolutistas levantando partidas en toda Cataluña, dirigidas por fray Antonio Marañón, *El trapense*, que contribuyó á que se constituyera en la Seo de Urgel una regencia provisional, presidida por el marqués de Mataflorida.

Mina fué contra estas facciones, y las venció en Febrero de 1823. Mas en este mismo año penetró en España el duque de Angulema, al frente de 100.000 franceses, decidido á reponer á Fernando en su antiguo poder absoluto.

El citado Mina, Ballesteros, La Bisbal, Morillo y Villacampa tratan de contener al invasor; pero son rechazados en todas partes, y Angulema hace su entrada en Madrid el 23 de Mayo, nombrando una nueva regencia en sustitución de la que antes había establecido en Oyarzún, y siguiendo de Madrid á Sevilla y de Sevilla á Cádiz, donde se hallaba el rey casi prisionero de los liberales.

Estos desprecian enérgicamente la intimación de rendirse que les hace el general francés, y acuerdan sostener la lucha; pero al ver tomado por los sitiadores el fuerte del Trocadero, perdida ya toda esperanza, resuelven no prolongar una con-

tienda tan costosa como inútil. Deciden que Fernando se traslade al campamento de Angulema para tratar con él, y el 30 de Septiembre marcha *el Deseado* al Puerto de Santa María, ofreciendo á los diputados constitucionales dejar ilesas las libertades públicas y salvar sus personas de toda persecución y venganza.

Una vez libre Fernando, lejos de cumplir lo ofrecido declaró nulo todo lo hecho desde el 27 de Marzo de 1820 hasta el 1 de Octubre de 1823, firmando el nefasto Manifiesto que le presentó el nuevo ministro D. Víctor Sáez.

Desde entonces se inauguró la segunda época absolutista; las proscipciones y las sentencias de muerte contra los liberales volvieron á empezar.

Una de las primeras víctimas fué Riego, preso traidoramente y conducido á Madrid, en cuya Plaza de la Cebada sufrió la muerte en horca el 7 de Noviembre del 23, siendo insultado y escarnecido por el mismo populacho que antes lo había hecho su ídolo.

Espronceda, Escosura y otros *numantinos* presenciaron la ejecución desde la puerta principal de los Estudios de San Isidro. Llenos de indignación aquellos niños, se reunieron á los tres días para tomar acuerdos. Hablaron Vega y Espronceda, y todos juraron no omitir medios para vengar la muerte del desgraciado patriota, consignando su juramento en un escrito que luego sirvió de prueba contra ellos.

Fernando VII, que emprendió en seguida su viaje á Madrid, oyó en Utrera, con el mayor placer, los gritos de ¡viva el rey absoluto!, ¡vivan las cadenas!, proferidos por la ronca muchedumbre; y á los seis días de ejecutado Riego, hizo su entrada en la corte en un carro triunfal que los absolutistas le tenían preparado, y del que tiraban orgullosos 24 jóvenes de las familias más aristocráticas.

La reacción fué en aumento, y en el breve plazo de diez y ocho días fueron ahorcados ó fusilados más de 112 liberales.

El padre de Escosura, enterado de cuanto pensaban y ha-

cían los jóvenes *numantinos*, temió por la suerte de su hijo ante aquel desenfreno vengador de los ministros absolutistas, y lo obligó á salir de Madrid en el mes de Septiembre de 1824. Espronceda lo reemplazó en la presidencia, pero á los pocos meses de desempeñarla fué delatada la sociedad y él condenado, por la Sala de Alcaldes, á cinco años de reclusión en el convento de San Francisco de Guadalajara, sufriendo sus compañeros idéntica pena en otros monasterios.

Sin embargo, el indulto no se hizo esperar. Mas durante el cautiverio, que no debió ser muy duro, empezó Espronceda á escribir su poema épico *Pelayo* (que no concluyó); obra que emprendió, dice el Sr. Rodríguez Solís, «sin presunción, pero sin ignorancia, pues en su corta edad (de diez y seis años) se hallaba versado en todos los géneros de la literatura; había leído en el original, sintiendo y comprendiendo, las bellezas de los poetas latinos; conocía el griego lo suficiente para descifrar á Homero; sabía inglés y francés, y era, en fin, uno de los primeros humanistas de su generación, como lo demuestran sus versos, dignos por su elevación y poético artificio de los mayores elogios».

En efecto, su poema *Pelayo* descubre, como dice Villalta, abundantes rasgos de verdadera inspiración, de aquellos que sólo puede trazar la pluma de un gran poeta, sobre todo el admirable cuadro *El Hambre*, que honraría á cualquier autor épico que le adoptara.

Terminada su clausura y vuelto á Madrid, continuó sus estudios en el nuevo colegio de humanidades que abrió D. Alberto Lista en la calle de Valverde, y que dirigió desde 1825 á 1826. El pequeño alumno presentó modestamente sus ensayos de Guadalajara al antiguo y querido maestro, y éste, lleno de entusiasmo, no sólo aplaudió lo hecho, sino que le animó en tan gran empresa, contribuyendo á su realización con algunas octavas que se conservan entre los fragmentos del citado poema, confundiéndose con las del discípulo, que aun no se había emancipado de los clásicos.

Mas desde esta época empezó á dejarse influir por los escritores contemporáneos, representantes del romanticismo, y no tardó en sobreponerse á todos hasta ser el primero de ellos.

Las obras filosóficas de Condorcet, los libros de los enciclopedistas, las estrofas de Chernier y los demás autores de moda, que llegaban á España, fueron transformando poco á poco los sentimientos y las ideas de Espronceda, quien, según los críticos más autorizados, llegó á tener algunos puntos de contacto con Musset, con Heine y con Byron.

En 1826, la sociedad secreta *El Angel Exterminador* y la Federación de los realistas puros se pusieron bajo la bandera del infante D. Carlos y provocaron en Cataluña otro levantamiento absolutista, que tuvo que sofocar el conde de España, en tanto que en Madrid seguía la persecución de los liberales.

Espronceda figuraba entre los sospechosos, y fuese porque temiera sufrir la suerte de otros amigos suyos ó porque deseara ver tierras y correr aventuras, se marchó de Madrid á Gibraltar, y en aquel puerto se embarcó para Lisboa en una balandra sarda, donde hizo un viaje penosísimo, viaje que describió después en un curioso artículo titulado «De Gibraltar á Lisboa: viaje histórico» (1).

Durante su ausencia de España continúan los fusilamientos de liberales, y el partido carlista adquiere gran fuerza. El año 28 evacuan los franceses las plazas que guarnecían para consolidar el despótico Gobierno reaccionario, y el 29 de Diciembre de 1829 se celebra el cuarto matrimonio del monarca con la princesa María Cristina de Nápoles.

Mas el que se había ido huyendo de los excesos absolutistas de su patria fué á padecer los abusos de otro mayor absolutismo.

Cuando Espronceda llegó á Lisboa reinaba D. Miguel, que

---

(1) Que publicó en 1841 en el periódico *El Pensamiento*, y puede saborear el lector en la segunda edición del libro *Páginas olvidadas de Espronceda*. Madrid, 1882, librería de los Sres. Simón y Osler, pág. 69.

se había hecho proclamar por las Cortes de Lamego, y tenía agitado el reino con otra guerra civil muy semejante á la española.

D. Juan VI, que estaba en el Brasil desde la invasión napoleónica, deseaba permanecer allí; pero al proclamarse en Portugal en 1820 nuestra Constitución del año 12, no tuvo más remedio que regresar á la metrópoli, donde se vió obligado á jurar aquella Constitución democrática, hasta que el 1823 recobró, como Fernando, su poder absoluto. Muerto D. Juan VI, su hijo Pedro, que ya era emperador del Brasil, renunció en su hija, D.<sup>a</sup> María de la Gloria, la corona lusitana, encomendando la regencia á su hermano D. Miguel. Este se hizo proclamar rey, con perjuicio de los derechos de su sobrina, y empezó la guerra entre liberales y miguelistas, hasta que vino á Europa Pedro I del Brasil y, apoyado por Francia é Inglaterra, arrojó del trono á D. Miguel, colocando en él á D.<sup>a</sup> María, después de firmado el convenio de Evoramute de 1834.

En Portugal siguió Espronceda rindiendo culto á las musas; pero como también quiso rendirlo á la política, fué preso y encerrado en el castillo de San Jorge en unión de otros emigrados españoles.

Allí conoció á Teresa, y desde entonces empezaron aquellos románticos amores que tantas aventuras y tantos disgustos habían de proporcionar al poeta.

Teresa, que era andaluza é hija de uno de los jefes militares españoles presos con Espronceda, iba con frecuencia á visitar á su padre. El joven revolucionario se prendó de su hermosura y «le ofreció un corazón puro, apasionado y ardiente; una fantasía galana y risueña, un semblante que enamoraba á las mujeres y un brazo que respetaban los hombres». Teresa se enamoró también locamente del gentil caballero, á quien bordó una preciosa gorra de cadete de Artillería; y la pasión de uno y otro fué en aumento, hasta que el Gobierno portugués, temeroso de los presos españoles, se apoderó de los más importantes, entre los que figuraba el padre de Teresa, y los

trasladó en un barco á Inglaterra, ocasionando la separación de los dos enamorados.

Teresa casó en Londres con un comerciante español bastante rico, pero Espronceda no llegó á saberlo hasta que su suerte ó su desgracia le llevó también á las Islas Británicas, abrigando la ilusión de que aun le pertenecería el corazón de su bella.

Espronceda llegó á Londres cuando reinaba Jorge IV y era presidente del Consejo de Ministros Wellington, que favorecía á los emigrados españoles; esto es, en la época precisamente en que se llevaban á cabo las reformas más liberales de la Constitución inglesa, cuando los whigs conseguían la abolición del ya citado juramento del Test, que obligaba á comulgar, según el rito anglicano, antes de ocupar un cargo público, y O'Connell recababa la plenitud de los derechos políticos para los antes vejados católicos.

Allí estudió Espronceda á Byron y á los principales poetas ingleses y escribió muchas de sus poesías, entre otras la titulada *A la patria*, y algunos artículos en prosa (1). Pero sus principales esfuerzos fueron dirigidos á seducir á Teresa. Esta se dejó vencer por su antiguo y primer amor, y, dispuesta á seguirle, se vistió una noche un traje de hombre, descendió al jardín de su casa, franqueó el muro con el auxilio de una escalera y, á favor de la niebla, fué en busca de un emigrado español al servicio de Espronceda, que la condujo en un coche hasta el sitio donde éste la esperaba, por el que Teresa abandonó no sólo á su marido, sino á un hijo de su matrimonio.

Una vez juntos los dos amantes, se dirigieron al puerto de Plymouth, donde tomaron pasaje en un barco de vela que los llevó á Cherbourg. Desde aquí marcharon á París, estableciéndose primero en un piso segundo interior del Pasaje del Panorama, y después en una casita de Passy.

Cuando llegó Espronceda á Francia se acentuaba la lucha

---

(1) Conservados en la citada edición de *Páginas olvidadas*.

entre el Parlamento y Carlos X, el antiguo jefe de los ultras, consagrado en Reims.

Al ser proclamado ó impuesto por los vencedores de Napoleón para rey de Francia Luis XVIII, el Senado había redactado un Código fundamental que sentaba en principio la soberanía de la nación. El pueblo francés llamaba libremente al trono á Luis Estanislao, Javier, hermano del último rey. Una vez aceptada la Constitución por el pueblo, el nuevo monarca debía jurarla y firmarla antes de ser coronado. Luis XVIII se negó á ratificar dicho documento; tomó ante todo posesión de la corona, y sólo cuando todo el mundo lo reconoció como soberano mandó redactar otro Código político, la Carta de 1814, en que se evitó cuidadosamente el nombre de Constitución.

La Carta dejó sin resolver la manera de elegir la Cámara, los límites de la libertad de la prensa y las atribuciones del poder real sobre la designación de los ministros (si habían de ser elegidos de las mayorías de la Cámara ó de personas extrañas á ésta); y desde 1814 á 1816 sirvieron de grandes campos de batalla la ley electoral, el régimen de la imprenta y el carácter del poder real.

Los realistas se habían vengado de los comprometidos en los *cien días* con procesos y matanzas que sembraron el terror blanco; y á causa de esta política se formaron dos partidos extremos: el de los ultras absolutistas y el de los liberales ó bonapartistas. Entre estos dos bandos, ambos hostiles á la Carta, se constituyeron otros dos grupos gubernamentales: el de los realistas moderados y el de los realistas avanzados.

En 1815 se hicieron las elecciones durante la invasión y el terror blanco, y esto dió la mayoría á los ultras, que votaron las leyes de excepción y fueron árbitros de Francia hasta que se indispusieron con el rey, cayendo el Ministerio Richelieu, que había sustituido al de Talleyrand-Fauche.

El Ministerio Decazes empezó una vida política regular con una Cámara compuesta casi únicamente de doctrinarios, y la Constitución funcionó bien desde 1816 á 1820, en que los libe-

rales (cada vez más descontentos), agitando al país, organizando sociedades secretas y conspiraciones militares, escribiendo proclamas y haciendo manifestaciones públicas, dieron lugar á que el poder pasase á manos de los ultras después del asesinato del duque de Berry. El ministerio de éstos, Villele, suspendió las reformas, consiguió que la Cámara votara leyes reaccionarias como la del sacrilegio y la de indemnización á los emigrados, y, por su influjo, se llevó á cabo la venida de Angulema á España, que en el Congreso de Verona dispuso Metternich.

Desde 1824 ceñía la corona por muerte de Luis XVIII su hermano Carlos X, que era tenido por el jefe de los congregacionistas y autor de los consejos reaccionarios.

Villele, vencido en las elecciones de 1827, fué sustituido por Martinac, que á su vez fué derrotado en la Cámara, sucediéndole Polignan en 1827.

Polignan tuvo en contra suya todos los partidos. Al discurso del trono proclamando la soberanía del monarca, la Cámara respondió con un mensaje suscrito por 222 diputados. Carlos disolvió aquella Cámara y convocó otra, en que las oposiciones le enviaron 270 representantes, orleanistas en su mayoría.

Confiado en la influencia del triunfo del ejército, que acababa de conquistar á Argelia, firmó el ordenamiento de 26 de Julio de 1830 disolviendo la nueva Cámara y reformando las leyes electoral y de la prensa.

La opinión general se le puso enfrente, considerando que había traspasado su derecho. Los periodistas parisienses firmaron una protesta, y los diputados presentes en la capital resolvieron organizar la resistencia legítima. Mas estos medios legales no podían prevalecer contra un Gobierno apoyado en la fuerza pública.

Espronceda era testigo y participaba de estas contiendas. En París existía entonces un partido republicano compuesto especialmente de estudiantes y obreros. Era poco numeroso y



no tenía diputados ni periódicos, pero estaba bien organizado y provisto de armas. Con éstas realizó la revolución del año 30.

Los hombres de aquel pequeño partido construyeron barricadas en las estrechas calles del E. de París y enarbolaron la bandera tricolor. El Gobierno no estaba preparado, y los insurrectos conquistaron la ciudad en tres días, del 27 al 29 de Julio.

«El grito de libertad de Francia halló en su puesto á Espronceda», y el pueblo de París aplaudió con entusiasmo durante las famosas jornadas al joven y denodado español, que fué uno de los héroes del Puente de las Artes.

Carlos X huyó á Francia, y los diputados orleanistas, reunidos después del triunfo, nombraron una Comisión, que se instaló en el Hôtel de Ville y restableció la guardia nacional, dando el mando de ella á Lafayette. Luis Felipe fué nombrado lugarteniente general del reino, del que no tardó en ser monarca (el 9 de Agosto inmediato), bajo la promesa de aceptar la bandera tricolor y el régimen parlamentario. Hasta 1840 fué su gobierno verdaderamente constitucional; pero á partir de esta fecha quiso hacerlo personal, y también perdió la corona en la revolución de Febrero del 48.

La revolución de Julio repercutió en toda Europa, y el Gobierno de España, alarmado, tomó toda clase de medidas para evitar el contagio; mas no pudo impedir que los emigrados de Londres se trasladasen unos á Gibraltar y otros al Mediodía de Francia, y que empezasen á organizar expediciones militares para traer la libertad á su patria.

Uno de los primeros en pisar el suelo español fué el coronel De Pablo, que penetró por la puerta de Valcarlos, llevando entre sus valientes á Espronceda. El general Eraso le salió al encuentro, con más de mil hombres, entre soldados y voluntarios realistas. El invasor, que sólo contaba con doscientos combatientes, sabedor de que las primeras tropas con que iba á batirse pertenecían á su antiguo regimiento de Voluntarios

de Navarra, creyó que arengándolas las atraería á su bando, y procuró dirigirles la palabra; pero la contestación á su discurso fué una descarga de los realistas, que le hizo caer mortalmente herido. Y á pesar de los prodigios de valor que realizó Espronceda, quien sólo con un puñado de hombres detuvo el ímpetu de las fuerzas absolutistas, no pudo impedir que los vencedores se apoderaran del cadáver de su ilustre jefe, cuya trágica muerte cantó el poeta en sentidos versos.

Después de muerto De Pablo, invadió Valdés la Navarra por el pueblo de Urdax, siguiéndole los generales Mina, Buitron y López Baños, el coronel Iriarte, el jefe de Estado Mayor, O'Donnell y Jáuregui. Todos fracasaron; no teniendo mejor suerte el general Palencia y el coronel Guerra, que penetraron en Aragón, ni Miranda, San Miguel, Chacón y Grases, que entraron en Cataluña, ni Milans, Brunet y Baijes en la Junquera, ni Antonio Rodríguez Bordas en Galicia.

Los emigrados en Gibraltar, no queriendo ser tachados de cobardes y esperando tener más suerte que los de Francia, organizaron á su vez otras expediciones no menos desgraciadas, puesto que costaron la vida al anciano coronel Manzanares, á D. José María Torrijos (cuya muerte también cantó Espronceda, lo mismo que la del temerario De Pablo), D. Francisco Fernández Golfín, D. Manuel Flores Calderón y otros muchos ilustres proscritos.

La reacción se acentuó en España hasta el extremo de ordenarse la clausura de todas las Universidades, sustituyéndolas con una escuela de tauromaquia, que con carácter oficial se abrió en Sevilla.

Al estudiar las luchas entre absolutistas y liberales, comprendió Cristina que su suerte iba ligada á la de éstos, y empezó á protegerlos. Los dos bandos se distinguieron desde entonces con los nombres de cristinos y carlistas. El rey vacilaba entre dejar la corona á su hija Isabel, respetando la Pragmática sanción de Carlos IV, ó dejarla á su hermano Carlos, invocando la ley Sállica importada por Felipe V.

Al fin triunfaron los derechos de su hija, en lo que no tuvo pequeña parte la infanta D.<sup>a</sup> Luisa Carlota.

Ante los repetidos fracasos de las intentonas de los emigrados, perdida la esperanza de poder ser útil á la causa de la libertad española, Espronceda volvió la vista á la desgraciada Polonia, que (irritada contra el despotismo de Nicolás, quien al suceder á su padre Alejandro dejó de convocar la Dieta y empezó á gobernar autocráticamente) se sublevó al contagio de la revolución de Julio, proclamando la destitución de la dinastía Romanoff y la anexión de Lituania. Emisarios polacos recorrieron las Cortes de las grandes potencias en demanda de protección, y el Gobierno francés, á cuya política convenía entonces fomentar las sublevaciones extranjeras, procuró favorecerlos, no sólo con sus simpatías, sino enviándoles algunos jefes distinguidos, como el general de Caballería Hellerman y otros generales extranjeros, y fomentando la formación de un regimiento de franceses y emigrados que deseaban ir á salvar la Polonia.

Espronceda se alistó en aquella cruzada de espíritus generosos; mas cuando ésta se hallaba dispuesta á partir, se reconcilió Luis Felipe con el Zar, y mandó detener y prender á los mismos que antes empujara al combate.

En España adquiere gravedad la enfermedad del rey, que, próximo á morir, encarga á Cristina el despacho de los negocios públicos. Esta se apresura á decretar una amnistía que abre las cárceles á los presos y las fronteras á los emigrados, y ordena vuelvan á funcionar todas las Universidades.

Al fin muere Fernando VII el 29 de Septiembre de 1833, y los partidarios del infante D. Carlos se lanzan á las armas, provocando la guerra civil. Apoyan á D. Carlos en el interior las Provincias Vascongadas, el clero regular y secular y algunos militares; y en el exterior, las potencias del Norte, D. Miguel de Portugal y los reyes de Nápoles y Roma. Defienden á Isabel II la clase media, los hombres acaudalados, algunos no-

bles, las grandes poblaciones y casi todo el ejército, con la protección de Francia é Inglaterra.

Encargada de la Regencia Doña María Cristina, la desempeñó con los Ministerios de Cea Bermúdez, Martínez de la Rosa, conde de Toreno, Mendizábal, Istúriz, Calatrava y Pérez de Castro, hasta que la sustituyó Espartero, después de haber puesto término á la guerra reconciliándose con Maroto en el abrazo de Vergara.

Espronceda aprovechó la segunda amnistía de 1833 para volver á la patria, y al poco tiempo de llegar ingresó en el Cuerpo de Guardias de Corps, continuando el cultivo de las letras y asistiendo al Parnasillo del café de la Plaza de Santa Ana, con Vega, Escosura, Ortiz, Pezuela, Santos Alvarez, Villalba, Ros de Olano, Álvarez López y otros, que formaron los grupos de líricos, dramáticos, críticos y prosistas, entre los que se cruzaban con frecuencia acerados epigramas.

Cuando Espronceda llegó á Madrid, residían sus padres en una casa de la calle de San Miguel (aunque poseían dos de su propiedad en las calles de la Cruz y de Majaderitos), y con ellos se fué á vivir el poeta, poniéndole casa aparte á Teresa, que le había seguido en la repatriación.

Esta mujer, soberanamente hermosa, al decir de los cronistas, quedó en una situación violenta al no seguir habitando bajo el mismo techo que su amante. Y éste, en lugar de tratarla con el recato y el respeto de una esposa, como le había ofrecido, procuró exhibirla en todos los sitios públicos, haciendo gala de su trofeo de conquistador. Tal conducta dió lugar á que, como dice Rodríguez Solís, «empezaran á formarse algunas nubes en el hermoso cielo de los dos amantes, hasta hacer estallar la tormenta. Irritada por la soledad en que Espronceda se veía forzado á dejarla; celosa por estas ausencias, que ella juzgaba otras tantas infidelidades; herida en su amor propio, llegó un día en que Teresa lo quiso *todo ó nada*. Hermosa como era, muchos hombres la galanteaban, entre ellos algunos amigos de Espronceda. Los celos de Tere-

sa llegaron á tal grado de exaltación, que ofreció á uno de esos amigos de su amante huir con él si mataba á Espronceda.

Al fin Teresa adoptó un día un partido extremo que creyó para ella salvador. Huyó del lado de Espronceda, fugándose á Valladolid. Espronceda fué en su busca y la trajo de nuevo á su lado. Pero Teresa había jugado con fuego... y, después de su fuga, los lazos que la unían á Espronceda quedaron relajados y próximos á romperse. Espronceda no tuvo ya para ella aquellas delicadas atenciones, aquellas encantadoras armonías, aquellos sublimes pensamientos. Teresa lo comprendió y lloró su desgracia con lágrimas de sangre. Durante los graves sucesos políticos que precedieron á la caída de Istúriz, Espronceda, jefe de un motín ocurrido á la salida de la Plaza de Toros, tuvo que esconderse, librándose por milagro de las garras de la policía. Su íntimo amigo D. R. del B. le salvó, llevándole á esconder á la casa de un comisario de policía, amigo suyo, que habitaba en la calle de la Flora...

Allí escribió sus célebres composiciones *El Verdugo* y *El Mendigo*, que su amigo el Sr. B. llevó al periódico la *Revista Española*, del Sr. Carnerero. Teresa no podía acompañar á Espronceda en esta vida de sobresaltos, y hubo de quedar en su casa de la calle del Olmo...

Aunque las visitas de Teresa eran comprometidas, porque muy bien podía ser espiada por la policía, al fin le vió, aunque pocas veces para no despertar las sospechas del Gobierno. A causa de estas visitas y de ciertos sucesos ocurridos en aquellos días, terminaron por completo y para siempre los amores de Teresa y Espronceda.

Teresa lo abandonó, separándose de él, como antes lo había hecho de su legítimo esposo, y dejando en su poder (como antes había dejado en poder de su marido al hijo que tuvo de éste) una niña que había tenido de Espronceda y Delgado, que llevaba el nombre de Blanca y había nacido en 1834, el mismo año en que murió el brigadier D. Juan Espronceda y

Fernández; llevó la niña al lado de su madre, y esta digna señora, que jamás quiso rehuir ningún sacrificio, fué una abuela ejemplar. A su lado permaneció la pobre nieta abandonada, hasta que aquélla falleció en 1840, dejando al ya renombrado poeta sumido en el mayor dolor. Su amigo Ros de Olano se lo llevó para consolarlo á su casa de la calle de Almudena, y poco después «ocupó Espronceda una casa que en la calle de la Greda había buscado y dispuesto para él su íntima amiga la generala D.<sup>a</sup> C. O.»

Teresa había fallecido el año anterior, de un violento vómito de sangre, en la casa de la calle de Santa Isabel, número 22, el 18 de Septiembre de 1839, siendo enterrada en el cementerio extramuros de la puerta de Toledo, hoy general del Sur.

Al considerar el duro corazón de esta desgraciada, que abandona á sus hijos por seguir, libre de estorbos, los impulsos de sus pasiones, y al recordar la forma en que salió de su casa de Londres, no se sabe qué pensar: si fué Espronceda el que raptó á Teresa ó Teresa la que sedujo á Espronceda, arrastrándolo fácilmente á tan romántica aventura de amor, y haciéndose adorar de él hasta el extremo de inspirarle el admirable canto que le dedicó en *El Diablo Mundo*.

El poeta, sin embargo, no murió de amor, y halló pronto consuelo en los brazos de la generala D.<sup>a</sup> C. O., á quien le unían cariñosísimos lazos cuando se publicaron por primera vez sus *Poesías*, que le dedicó en este soneto:

Marchitas ya las juveniles flores,  
nublado el sol de la esperanza mía,  
hora tras hora cuento, y mi agonía  
crece con mi ansiedad y mis dolores.

Sobre terso cristal ricos colores  
pinta alegre tal vez mi fantasía,  
cuando la triste realidad sombría  
mancha el cristal y empaña sus fulgores.

---

Los ojos vuelvo en incesante anhelo,  
y gira en torno indiferente el mundo  
y en torno gira indiferente el cielo.

A ti las quejas de mi amor profundo,  
hermosa sin ventura, yo te envío:  
mis versos son tu corazón y el mío.

A los pocos meses de mostrarse tan apasionado con la señora D.<sup>a</sup> C. O., entablaba relaciones con la Srta. D.<sup>a</sup> Bernarda Beruete, dispuesto á casarse con ella para crear una familia, como lo hubiese realizado de no impedirlo la muerte.

JOSÉ CASCALES Y MUÑOZ

*(Concluirá.)*

# HORAS CRÍTICAS DE ESPAÑA



## IV

¿Puede vencerse esta debilidad? Difícilmente (1). La conciencia social se desarrolla por el mismo proceso que la individual, apropiándose nuevos elementos, que ya son felices adaptaciones realizadas por los individuos, ya ideas é instituciones tomadas de los pueblos vecinos. La apropiación se efectúa mediante lucha, por resistirse los antiguos elementos á dar entrada á los nuevos, á causa de la incompatibilidad entre unos y otros, y su resultado es la formación de una síntesis nueva, de orden más complejo y elevado que la anterior. En este mayor grado de complejidad estriba el progreso. Para que

---

(1) El inteligente y laborioso catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Rafael Altamira, en su erudito é interesante libro *Psicología del pueblo español*, se muestra en este punto muy optimista. Es natural: toma por base de juicio lo que los escritores de los siglos pasados, que vivieron en época de relativa grandeza nacional, dijeron de España y de los españoles. No; no es ese el camino. La sociedad que á nosotros nos importa conocer, para apreciar su fuerza de vitalidad y juzgar de su porvenir, es la actual, y ésta, con el auxilio de las leyes y métodos que la ciencia social ha conquistado desde el siglo XVIII acá, podemos observarla en multitud de aspectos y relaciones que nuestros antepasados no pudieron ver en la suya. El historiador ó sociólogo que juzgase de la España actual por lo que los publicistas de tal ó cual siglo nos hayan dejado escrito de la España de su tiempo, incurriría en el mismo error que el médico que, para estudiar una enfermedad, tomase por base no al individuo enfermo, sino lo que éste era en estado de salud. ¡Que esto conduce al pesimismo! Pues qué, ¿hay médico capaz de ser optimista ante un agonizante? Seme-



la nueva síntesis se forme, es necesario que la conciencia colectiva posea la correspondiente capacidad evolutiva, el grado requerido de vigor y plasticidad, faltando el cual podrá suceder, si la lucha estalla, que la antigua síntesis se destruya; mas no se formará la nueva, se formará á lo sumo una componenda, yuxtaponiéndose unos á otros los dos grupos de elementos. En este caso, la obra es sencillamente de destrucción. Las antiguas instituciones desaparecen reemplazadas por las nuevas; mas las creencias y costumbres persisten, y como unas y otras son antagónicas, resulta que, al juntarse, luchan, se hostilizan, causándose recíprocamente daño casi igual. Las nuevas instituciones son falseadas por las antiguas creencias, y éstas pierden la virtud de dirigir la conducta. Del régimen caído sólo subsiste lo malo, nada más que lo malo se toma del nuevo, y entre estas dos selecciones regresivas, la sociedad se disuelve. Todo lo colectivo, vínculos, móviles é ideales, todo desaparece, y pasan á ocupar su puesto los intereses y afectos privados. La esfera de la vida se circunscribe á lo presente; en lo pasado y lo futuro nadie piensa. Como en un cadáver galvanizado, el orden material, la forma externa, se mantiene; el orden moral, el espíritu, muere.

En dos ocasiones se ha mostrado la conciencia social espa-

---

jante optimismo sería una sangrienta burla. Por otra parte, no puede decirse que el pesimismo sea mejor ni peor que el optimismo: ambos conducen á cruzarse de brazos. Con razón Ward opone á uno y otro el *meliorismo*. Así llega el Sr. Altamira á formular proposiciones tan graves como ésta: España puede volver á ser, por la sencilla razón de que fué. No: en la evolución social, no todas las sociedades avanzan hasta la misma meta; cada una adelanta hasta el límite que le fijan la herencia étnica y las condiciones del medio físico. Esa proposición es contraria á una de las leyes históricas más firmemente sentadas; á saber: que ningún pueblo que ha llegado á la plenitud de su desarrollo y ha decaído, ha vuelto á levantarse. Ahí están, en la antigüedad, todos los Estados orientales, todas las ciudades griegas y el Imperio romano; en el período medioeval, los califatos árabes y el Imperio bizantino; en la Edad moderna, Marruecos, Turquía, Polonia y nosotros mismos, que llevamos tres centurias cabales de decadencia.

ñola falta del vigor requerido para elevarse á un grado de cultura y de organización social superior al del antiguo régimen: el reinado de Carlos III y el de Isabel II. En el dichoso reinado de Carlos III, España pareció despertar de su sueño secular, al choque con las ideas de la nueva filosofía social. Se puso coto á las intrusiones de la Curia romana; se proclamó y afirmó la independencia del poder civil, y si no se abolió la Inquisición, se la cortaron cuando menos las uñas. Toda la actividad del Estado se encaminó hacia el cultivo de las ciencias, el desarrollo de la instrucción pública y el fomento de los intereses económicos, sin que quedasen olvidados el ejército y la marina. Habríase dicho que la sociedad española entraba en una era venturosa de desenvolvimiento progresivo. No hubo nada de esto, sin embargo. Aquello fué como una llamarada. La conciencia española no pudo apropiarse ninguna de las nuevas ideas, y se volvió á tender, no bien desapareció el monarca reformador, en el surco de la tradición. En el movido reinado de Isabel II, los entusiastas del régimen constitucional, favorecidos por los intereses dinásticos, tuvieron fuerza para luchar contra los tenaces defensores del absolutismo, mas no para vencerlos, terminándose la lucha por un convenio. El interés dinástico se salvó; el régimen siguió en litigio. La lucha se trasladó de los campos á la política, donde fueron ganando terreno los tradicionalistas, al extremo de provocar, con sus medidas de cada vez más restrictivas, la revolución de 1868. El triunfo pareció entonces definitivo; pocos fueron los contemporáneos que no creyeran ver surgir una nueva España libre, culta y progresiva. La decepción ha sido terrible. De nuevo la conciencia social ha carecido de vigor para construir la nueva síntesis con lo utilizable de lo antiguo y lo sano de lo nuevo, sobre la base de nuestro temperamento y carácter, y después de treinta años de aparente paz, en realidad de lucha sorda y demoledora, hemos venido á caer en el estado actual de desmoralización y desvalimiento. Hoy todo lo social ha muerto entre nosotros; sólo queda vivo lo individual. Exteriormente, el orden es com-

pleto; en lo interior, la congoja anida en todas las almas. Brota la protesta de los labios de todos, así de los que se han resignado á encerrar su atención en la estrecha celda de lo privado, como de los que todavía la dejan volar hasta las alturas de los ideales y afectos sociales.

Estas ligeras indicaciones justifican la afirmación de que es muy difícil vencer nuestra pereza para adelantar en los órdenes de la idea y de la acción, de la cultura y del derecho. Mas esto no quiere decir que sea imposible. Afortunadamente, España tiene por vecinas á las demás naciones del Occidente de Europa, en las que la vida pública se desenvuelve ordenada y progresivamente, y ha lugar á la esperanza de que, por influjo de la vecindad, que ha sido en todos tiempos de eficacia suma, pueda la conciencia española efectuar el desarrollo necesario para elevarse á la concepción y práctica del Estado moderno. Requiere al efecto, por parte de los españoles, un esfuerzo supremo, mediante el que adquieran un nuevo grado de poder mental y moral, sin lo que la vecindad y cualquier otro bienhechor influjo serían ineficaces. Este esfuerzo incumbe á todos los que ejercen funciones directivas, pero en especial á los políticos, los cuales, por ser órganos de la voluntad colectiva, constituyen la clase directora por excelencia; y consiste en que cambien radicalmente de pensamiento y de conducta, consagrando toda su atención á los problemas de gobierno y ejerciendo las funciones públicas con desinterés, con abnegación, con estricta sujeción á la ley y sin otro objetivo que el bien público. La política es hoy una granjería; es menester que sea un sacerdocio. Todas las funciones directivas llevan aparejado el sacrificio, á causa de no tener, por la alteza de su fin, expresión económica equivalente, y la función política, que es la más difícil y elevada de todas, impone también un sacrificio mayor que ninguna otra. ¿Son capaces de realizar este sacrificio los optímatas de nuestros partidos? Hay sobrados motivos para dudarlo. Ni por la elevación de su pensamiento, ni por el desinterés de sus afectos, ni por la firmeza de su carácter,

pueden nuestros personajes políticos infundir la esperanza de romper algún día el círculo de hierro en que se mueve hace siglos nuestra política: abuso de poder arriba, por ignorancia ó por herencia; abuso de poder abajo, por el mal ejemplo de arriba. Su carencia de principios fijos y su hábito de acomodarse al medio, lo que es muy cómodo y fuente de grandes satisfacciones, los incapacita para adoptar é imponer nuevas normas de conducta. ¿Dónde está el jefe de gobierno capaz de pedir sinceramente al pueblo la confirmación de sus poderes, resignándose á perder las elecciones antes que consentir á nadie vulnerar la ley? Fundado es el temor de que nuestros actuales políticos, tales como son, tales morirán. Y no es esto lo peor, sino que los jóvenes que van ingresando en la vida pública, educados en la escuela de semejantes maestros, se moverán mañana en los mismos moldes que ellos. Por este camino no hay salvación.

Puede proponerse otro: educar convenientemente á los individuos de las nuevas generaciones que tengan vocación á la política, dotándoles de profundo sentido moral y de una instrucción sólida y amplia, basada sobre los principios fundamentales del gobierno de los pueblos, inducidos de la historia del mundo; y que los tales jóvenes, una vez terminados sus estudios, pasen dos ó más años en los países mejor gobernados, para observar cómo funcionan allí las instituciones que son entre nosotros meras sombras. Basta, al efecto, con organizar una enseñanza de las ciencias sociales bajo la dirección de buenos maestros, y obligar á cursarla á los que piensen dedicarse al ejercicio de los cargos políticos. Porque es verdaderamente anómalo que para todas las funciones directivas se exija cierto orden de conocimientos, y que no se pida ninguno para la más compleja y difícil de ellas. El gobierno es ciencia y arte juntamente, y el que no posea esta ciencia y este arte carecerá de base para pensar y de norma para obrar, quedando expuesta la nación á todo linaje de desventuras.

¿Sería eficaz este procedimiento? Cabe dudarlo. Aun en el

supuesto de que nuestros gobiernos se decidieran á organizar esta enseñanza, que no se decidirán, y de que dispusiéramos de maestros adecuados, que no tenemos ni es fácil traer de fuera, nuestro ambiente político tiene tal poder de atracción, que seduciría á los jóvenes educados conforme al nuevo sistema, por firme que fuera su propósito de poner por encima de todo la obediencia á la ley, el respeto al derecho, el culto á la dignidad moral y el sacrificio por el bien de sus semejantes. Fíjese cada cual en el período que abarca su personal experiencia, y observará que todos nuestros reformadores, incluso los surgidos á consecuencia del desastre colonial, que han ingresado en la vida pública, han caído envueltos y anulados por el ambiente que se respira en nuestras Cortes y en nuestros centros burocráticos. Por otra parte, aun en el caso de que se consiguiese alguna mejora, el procedimiento es muy lento, daría sus frutos á largo plazo, cuando ya el enfermo no tuviese cura.

Porque el remedio urge; no hay instante que perder. Las naciones del Occidente de Europa no han cesado un punto de marchar adelante: después de haber realizado felizmente la doble evolución política de la geocracia á la timocracia y de ésta á la democracia, fundando un individuo autónomo é inviolable, han entrado en una nueva evolución de carácter económico y ético, la evolución socialista, que tiende á fundar sobre el individuo emancipado una sociedad basada sobre la justicia y el amor. España, en cambio, está parada, estacionada en la transformación política, que ha realizado en las leyes, no en las costumbres; en la forma, no en el fondo; y esto la incapacita para adelantar un paso en la nueva evolución socialista, por carecer de base, que es el individuo considerado como parte integrante del todo social; y así como entonces nuestros esfuerzos sólo sirvieron para romper los vínculos sociales del antiguo régimen, sin sustituirlos por los propios del nuevo, de donde provino la relajación de nuestras costumbres públicas, así es de temer que nuestras tentativas de ahora sirvan sólo

para romper los escasos vínculos morales que aun subsisten entre los representantes del trabajo y los del capital, y determinar la disolución completa de la sociedad.

Y estos temores no son infundados. Obsérvese que mientras los demás Estados del Occidente y Centro de Europa extienden sus funciones económicas y saben ejercerlas tan bien ó mejor que los particulares, el Estado español, por no disponer de funcionarios inteligentes y probos, se despoja torpemente hasta de las suyas propias, transfiriéndolas á compañías explotadoras. Los monopolios del tabaco, de las cerillas y del azúcar, la cobranza del impuesto de consumos y de la contribución mueble é inmueble, hasta el crédito, todo lo arrienda el Gobierno español, entregando á los ciudadanos, atados de pies y manos, á la rapacidad de empresas avaras, despiadadas y crueles. En vez de trabajar por formar al individuo respetándole, educándole y coadyuvando á su bienestar, hace todo lo posible por anularle, negándole el derecho y dificultándole la vida. ¿Qué importa que, por otra parte, nos apliquemos á mejorar las condiciones del trabajo, que hayamos dado la ley de accidentes del trabajo y la del descanso dominical (1), que hayamos fundado el Instituto de Reformas Sociales, modelo, por cierto, de

---

(1) Por citar la ley del descanso dominical, no se entienda que la aplaudo ni que la apruebo. Donde el descanso en domingo haya nacido por evolución social espontánea, como en Inglaterra, quizás deba ser respetado, cualquiera que sea su extensión; mas donde no ha nacido y se quiere establecerlo, como en España, hay que proceder con gran mesura, con gradación insensible, para no causar en vano perturbaciones y daños. Dar descanso los domingos á los mancebos de comercio y á los dependientes de ultramarinos, por ejemplo, que pasan la semana tras el mostrador, sin ver el sol ni respirar aire puro, muy santo y muy bueno; pero imponerlo á los labradores, que viven en el campo, y á los obreros que trabajan al aire libre, es un error y una tiranía. Muy estimable es la igualdad, pero delante de ella está la libertad, la cual no debe ser coartada en la esfera privada sino transitoriamente y en virtud de razones muy poderosas. Nuestra ley del descanso dominical es igualataria y digna de la democracia socialista. Nueva prueba de que sólo sabemos andar á saltos: de la libertad anárquica saltamos á la igualdad niveladora.

labor inteligente y asidua, si nada de lo que se formula en la ley penetra en la conciencia ni se condensa en costumbre? Daremos una segunda edición de lo que hicimos en la evolución política, donde formulamos un admirable sistema de leyes orgánicas (1), y sin embargo, nadie tiene garantido su derecho. El problema se plantea en términos precisos y fatales. La evolución socialista requiere, como base para fundar la nueva sociedad justa y ética, un individuo consciente de su derecho, autónomo é inviolable, y donde este individuo no se dé, todos los poderes terrestres y celestes fracasarán en la empresa de fundarlo. Pues nosotros carecemos de semejante individuo; nosotros no tenemos más que Estado, el Estado fuerza, especie de dios Moloch, que tiene por fin su propio bien, no el bien de los gobernados, á quienes despoja sin piedad del producto de su trabajo, cuyos derechos menosprecia y vulnera, que hasta pone trabas á la expresión de sus deseos y de sus quejas. Hay que repetirlo una y mil veces: mientras no logremos realizar la evolución política fundando el individuo autónomo, la persona social, será perdido cuanto intentemos para edificar la nueva sociedad sobre la base de un individuo que no tenemos.

Ahora bien: ¿pueden nuestros actuales partidos políticos efectuar la evolución democrática, crear la persona social? Resueltamente, no; sin distinción de monárquicos, carlistas ó re-

---

(1) Spencer, en sus *Estudios políticos y sociales*, dedica un artículo á estudiar el exceso de legislación en Inglaterra; ¿cuántos no habría escrito si hubiese vivido en España! De poco tiempo acá, ha renacido entre nosotros la opinión que padecieron los déspotas ilustrados de la segunda mitad del siglo XVIII, de que basta con dictar leyes para cambiar las sociedades; y dominados por este prejuicio, nuestros políticos no dan paz á la mano en lo de revocar leyes, de muchas de las cuales no puede decirse que fueran buenas ni malas, porque nunca se habían cumplido, sustituyéndolas por otras, que también quedarán incumplidas. ¡Qué error! ¿Quién ignora hoy que las sociedades cambian únicamente al tenor que mudan las ideas y los afectos de sus individuos, y que las leyes sólo son eficaces cuando interpretan fielmente estos cambios? ¡Leyes impuestas por la fuerza! Admirables para perturbar y disolver.

publicanos. Así vivan mil años, no saldrán de los cauces por donde han andado hasta aquí. Devotos discípulos de Metternich, practican el régimen constitucional tal como este gran estadista lo definía: «quítate tú para ponerme yo». Los incapacita para cosa mejor la falta de ideal, lo que hace que no los una el amor al bien público, sino la adhesión personal, ganada por el favor recibido ó esperado, por donde se divorcian del pueblo, cuyos deseos é intereses, que deberían ser la base de su conducta, no cuidan de consultar, y erigen en suprema norma de sus actos la conveniencia del partido, lo que les lleva á menudo, contra su voluntad, á violentar las leyes y cohibir el desarrollo de sanas energías. Este linaje de despotismo revestido de formas populares es el más disolvente de todos. Los partidos que lo ejercen son capaces de destruir, incapaces de crear. En la vida de los Estados modernos no debe tener cabida otra voluntad que la formulada en la ley ó la expresada por el pueblo; en la vida del Estado español no se tropieza con otra voluntad que la individual. Nuestros políticos, con todo su buen deseo, no se transforman, al ocupar la función pública, en órganos de la conciencia colectiva; siguen inspirándose en la privada, á cuyos impulsos ajustan en primer término su conducta. Esta estrechez de horizonte desvirtúa en su alma las elevadas concepciones de ley, deber, virtud, justicia, patria, humanidad, inspiradoras del sacrificio que santifica á los individuos y salva á los pueblos. Por estas causas no puede esperarse de los actuales partidos políticos (1) que

---

(1) Nuestros actuales partidos monárquicos se formaron á raíz de la restauración, con el fin, espontáneo ó reflexivo, de fundar una monarquía democrática. Cumplieron á maravilla su cometido, habiendo sido su último acto el establecimiento del sufragio universal. Entonces, cumplido su fin, debieron, ó renovarse proponiéndose nuevos empeños en armonía con las nuevas necesidades, cuando menos la práctica sincera de las leyes votadas por ellos mismos hasta transformarlas en costumbres, ó retirarse cediendo el puesto á otros partidos con nuevas orientaciones. Faltóles plasticidad para lo primero, virtud para lo segundo, y siguieron en sus puestos, mas no como partidos, sino como agrupaciones personales, que monopolizaron



realicen la evolución democrática ni, mucho menos, la social. ¿Qué hacer entonces? ¿Resignarnos con la muerte? Queda un recurso: sustituirlos.

## V

Las transformaciones sociales tienen por punto de partida el cambio de ideas y aspiraciones ó, como habría dicho Tarde, de creencias y deseos; á este cambio corresponde una alteración en el sistema de valores sociales, y esta alteración lleva consigo la sustitución de clases. Cada clase representa un determinado valor social, y decae al tener que este valor pasa del primer puesto al segundo, al tercero, al cuarto, etc. Así, en toda transformación social ha surgido á la vida pública una clase nueva, la cual ha compartido en un principio la dirección del Estado con la que antes lo monopolizaba, y más tarde la ha reemplazado por completo. Los valores y las clases nacen por diferenciación, de la misma suerte que las funciones. En la primera parte de la Edad Media, el primer valor social era la tierra, con la soberanía, ambas indivisamente, patrimonio de la sociedad feudal; el segundo, el trabajo servil, que prestaba la sociedad dominial. Desde el siglo XII, por el renacimiento del derecho romano, la extensión del cultivo y el desarrollo de la vida industrial y mercantil, empieza á formarse una clase nueva, compuesta de legistas, artesanos y

---

el poder para gozarlo en amigable turno, infringiendo al efecto leyes, perturbando el orden y desmoralizando al pueblo. Así prepararon nuestra caída. La agrupación liberal dejó de ser reformista; la conservadora perdió el tono de templanza y el ambiente de cultura de que la dotara D. Antonio Cánovas del Castillo. Los republicanos se inutilizaron, primero, por las divisiones de sus jefes, y luego, por haberse inmovilizado en su programa de 1874 y en el procedimiento revolucionario, mostrándose no menos incapaces que los monárquicos para asimilarse las nuevas transformaciones sociales. Con lo dicho basta para convencerse de que el Estado español carece de órganos de gobierno, no siendo los que se dicen tales sino restos más ó menos debilitados de los que lo fueron, orientados hacia lo pasado y con las espaldas vueltas á lo presente y lo futuro.

E. M.—*Mayo 1908.*

5

mercaderes, el llamado tercer estamento ó brazo, el cual representaba valores incompatibles con la organización feudal: la inteligencia, el trabajo libre y la riqueza mueble. Por ello, este brazo fué, casi en todas partes, apoyo firmísimo del poder real, y contribuyó eficazmente á su triunfo, que fué en parte su propio triunfo. Bajo la monarquía absoluta, los legistas se elevan á consejeros de los reyes; los mercaderes y artesanos enriquecidos obtienen patentes de nobleza, y la aristocracia feudal cede en breve período el puesto á la cortesana, hechura del trono. Esta transformación fué mayormente política; se limitó á transferir la soberanía de los señores al rey, el cual reunió los atributos de señor feudal y, como tal, propietario eminente del suelo; príncipe soberano, en los términos del derecho público romano; representante y ministro de Dios. La tierra, sin la soberanía, fué ahora el primer valor social, y de la tierra dependió la condición de las personas. La tierra libre, exenta de tributo, fué privilegio de las dos clases directoras, la clerecía y la nobleza; la tierra sujeta á tributo caracterizó al pechero; la tierra sujeta á prestación personal, al villano; la tierra trabajada á la fuerza, en beneficio de otro, al siervo. La riqueza mueble y la cultura no fueron computadas, siendo mirados con desdén sus poseedores.

En virtud del gran vuelo que el renacimiento intelectual del siglo xv imprimió á los estudios y de los dilatados espacios que á la actividad industrial y mercantil abrieron los descubrimientos geográficos, el tercer brazo, mejor dicho ahora, la clase media, creció rápidamente en importancia á partir del siglo xvi, al tenor que fueron marchando la renovación de las ideas y el incremento de la riqueza mueble. Poco á poco, la riqueza, en cuanto fruto de la inteligencia y del trabajo, fué ocupando el primer puesto en el sistema de valores sociales, perdiendo la tierra su condición privilegiada y pasando á ser estimada simplemente como factor económico. Llegó un instante en que las nuevas concepciones, extensamente difundidas y profundamente arraigadas, quebrantaron el poder de las antiguas

creencias é instituciones, y en que los poseedores de la riqueza mueble, que influía en el bienestar de la vida tanto ó más que la inmueble, no pudieron resignarse por más tiempo con su situación desairada. Entonces estalló la lucha, en cada país á su tiempo, según la celeridad con que en cada uno se habían desarrollado los nuevos valores: en Inglaterra primero, luego en Francia, á continuación en las demás naciones europeas, de Occidente á Oriente. El resultado de estas revoluciones fué transferirse la dirección de la vida pública de la nobleza territorial y cortesana, que fué desapareciendo con el antiguo régimen, á la clase media, que pasó á ser el órgano principal del nuevo Estado y lo dirigió con acierto durante cierto período. La transformación fué honda y completa. La sociedad cambió de fundamento: éralo antes la tierra; lo fué ahora la persona, no con entera independendencia aún, sino en cuanto poseedora de una cantidad fija de riqueza. Mas esto no importa: el principio estaba sentado, y no había de tardar en desprenderse de esta leve limitación.

Apresuró esta emancipación la conducta de la clase media, que no tardó en pervertirse. Se empeñó en mantener cerradas para siempre las puertas de la vida pública á los representantes de la cultura y del trabajo (capacidades, pequeños labradores, industriales y comerciantes); contrajo una sed devoradora de riqueza, y no con el fin de invertirla en nuevas empresas para bien de los desheredados, sino con el de ostentarla en locos caprichos é insensatas vanidades; para atesorarla empleó todos los medios, hasta los más inmorales é inhumanos, y no satisfecha con la posesión de la riqueza, se decoró, para ocultar lo humilde de su origen, con los títulos de la antigua nobleza cortesana. Así se constituyó una oligarquía adinerada, la llamada burguesía, caracterizada por su codicia y egoísmo, y que abusó del gobierno ejerciéndolo exclusivamente en provecho de sí misma. La corrupción fué espantosa. Baste recordar el gobierno de Walpole en Inglaterra, y el de Guizot en Francia. Esta conducta apresuró en la conciencia

social la transformación que, á impulso de los rápidos progresos de la instrucción pública, se estaba efectuando en el sistema de valores sociales, emancipándose de la riqueza la inteligencia y el trabajo, y dándose á estos dos últimos factores la misma consideración que al primero. Por virtud de este cambio, desde mediados del siglo XIX empezó á efectuarse la transformación del Estado timocrático al democrático, abriéndose á todos los ciudadanos, en cada país más ó menos gradualmente, las puertas de la vida pública.

Con el advenimiento del Estado democrático ha coincidido la aparición del socialismo científico y práctico, que limitado primero á las relaciones entre el trabajo y el capital, se ha ido aplicando á las demás esferas sociales, hasta comprender la vida entera del Estado. El fundamento de su desarrollo ha sido la nueva alteración efectuada en el sistema de valores. No tardó en advertirse, en efecto, que la riqueza es un producto, inferior, como tal, á las actividades que la crean, la inteligencia y el trabajo, y en reconocerse que el primer valor social es el pensamiento, luz y guía de la vida, que abre camino para todo; el segundo, el trabajo, creador de la riqueza, tanto más meritorio cuanto más inteligente; el tercero, la virtud, que presta eficacia al trabajo y al pensamiento; el cuarto, la riqueza, que sólo es legítima y fecunda cuando se adquiere por medio del trabajo. Conforme á este sistema de valores, que parece ser completo y definitivo, á los representantes de la inteligencia y del trabajo corresponde el primer puesto en la consideración pública y en la dirección del gobierno; y en efecto, de unos años acá van conquistando la una y la otra en todas las naciones de América y en muchas de las europeas, en cuyos Parlamentos obtienen de un año á otro representación más numerosa é influyente. Tal es la transformación que se está efectuando á nuestra vista. De su importancia puede juzgarse con sólo advertir que, en los estados sociales anteriores, ha ocupado el primer puesto un valor parcial y secundario, que ha conferido el derecho á una determinada clase con preteri-

ción de las restantes, al paso que en adelante regirá la vida social el sistema completo de valores, que asegurará á todos los individuos la condición jurídica y económica que les corresponda, en razón á las aptitudes y méritos de cada uno.

En España, esta evolución ha marchado al par que en las demás naciones del Occidente de Europa, hasta la hora de empezar á efectuarse la transformación timocrática (Constitución de 1812), la cual tropezó aquí con resistencias tan vivas que ni la revolución de 1820, ni la guerra de siete años, después de la muerte de Fernando VII, ni los veintiocho años de dictaduras militares que siguieron á la guerra, pudieron vencer. Nuestra clase reformista desplegó virtudes heroicas durante la lucha; pero fué incapaz de fundar el nuevo régimen después de la victoria. La renovación se limitó á las leyes; el espíritu y las costumbres persistieron invariables. Ni la Constitución se cumplió, ni las elecciones fueron sinceras, ni las Cortes libres. El poder ministerial se erigió en dueño, y gobernó con la misma arbitrariedad que los reyes absolutos. El antiguo Estado se desorganizó sin llegar á fundarse el nuevo, á consecuencia de lo cual los vínculos sociales se rompieron y la demoralización empezó á causar estragos. Poco á poco, el egoísmo se erigió en supremo director de la conducta; perdióse el respeto á los intereses públicos, y no se creyó ilícito administrarlos en beneficio de los privados. En esta situación, la revolución de 1868 quiso llevarnos de un salto de la timocracia á la democracia. ¡Qué utopía!

Fracasó, naturalmente, á pesar de lo cual la Restauración, cediendo á generosas pero injustificadas impacencias, incurrió en el mismo error, estableciendo definitivamente el sufragio universal. Desde entonces se precipitó nuestra decadencia. Los jefes de partido, tomando por categoría fundamental lo que es mero accidente, se aplicaron, con fervor digno de mejor causa, á cerrar todas las puertas por donde pudiera manifestarse la voluntad social, lo que consiguieron poniéndose de acuerdo para turnar en el poder, sobre la base de tolerar, ya

que no fomentar, todas las formas de la violencia y del fraude, donde la ignorancia no las hacía innecesarias, para burlar la ley y escarnecer la voluntad de los electores. A maravilla consiguieron su objeto. En los diez y nueve años que lleva de ser ley el sufragio universal, ni un socialista, ni un pensador independiente, no afiliado á un partido político, ha penetrado en nuestras Cortes. Mas no previeron que el falseamiento del sufragio, aislando á la política del medio social, había de privarla de todo sentido y representación, esterilizarla, corromperla; había de cambiar la representación nacional de órgano de la voluntad colectiva, encargado de resolver, previo detenido estudio y meditación profunda, los grandes problemas que sin cesar se van planteando en la vida de los pueblos progresivos, en miserable campo de batalla entre intereses locales y egoísmos personales. Hoy cosechamos el ponzoñoso fruto de aquella desastrada labor. El sacrificio por el bien público, primera condición de la profesión de político, es cosa que nadie comprende en este país. Los políticos más poseídos de su deber creen cumplir con dedicar su atención algún que otro rato, como por pasatiempo, á los asuntos públicos; ninguno hace de la ciencia política y del arte de gobernar la profesión de su vida. No van á los ministerios los políticos más aptos, por sus facultades y preparación, para desempeñar los deberes de su cargo lo mejor posible, condición sin la que ninguna sociedad política puede prevalecer en la lucha por la existencia (1); van generalmente los menos aptos, y no faltan quienes, haciendo gala de facultades universales, saltan, sin desdoro para ellos ni extrañeza de nadie, de uno á otro ministerio. Nuestras Cortes no representan ninguna fuerza social: ni la inteligencia, ni el trabajo, ni siquiera la riqueza. Cierto que hay en ellas intelectuales, hacendados y rentistas, mas no están allí en virtud de representación, sino por el grato querer de los ministros. Nuestros partidos políticos no difieren entre

---

(1). Ammon: *L'Ordre Social*, pág. 63. Traducción del alemán.

sí en punto á ideas, de las que están igualmente huérfanos; más que partidos, son compañías, que se transmiten amigablemente el poder cuando uno de ellos se cansa de ejercerlo. Todo es abstracción y rutina, convencionalismo y apariencia; nada de sinceridad. Unas cuantas voluntades (las de los ministros), revestidas de formas democráticas, pero inspirándose en intereses y afectos parciales y usando de procedimientos despóticos, he aquí nuestra actual forma de gobierno, monstruoso conjunto de todo lo negativo del nuevo y del antiguo régimen. Ni en Corinto, ni en Cartago, ni en Venecia, ni en parte alguna, ha habido una oligarquía tan abusadora del poder, tan menospreciadora del derecho, tan descuidada del gobierno y de la administración. Esto explica las desdichas que ha sufrido esta desventurada nación, y las que todavía le aguardan, si Dios no la tiene de su mano.

Como se ve, el mal es hondo y extenso, y se necesita, para curarlo, de hombres nuevos, de gran vigor intelectual unos y todos de elevado carácter ético, que se impongan el sacrificio de ir á la política y restituirla á su condición de órgano de la voluntad social, mediante asiduo estudio, observación diligente, interpretación racional de los hechos sociales, circunspección, tino, valor y perseverancia. ¿Disponemos de tales energías en cantidad suficiente para realizar esta saludable transformación?

Obsérvase en nuestra sociedad, de unos años acá, un fenómeno triste: el de quebrantarse, por lo general, la moralidad y el carácter en los individuos que frecuentan nuestros centros docentes, al tenor que se instruyen, por la sed de riqueza y de medro que se apodera de sus almas; y estos individuos son los que más tarde van á la política, ocupan los cargos públicos y forman el contingente principal de las clases directoras. Entre las causas de esta descomposición, figuran el influjo del medio social y el carácter memorista y externo de la cultura, falta de fuerza para refrenar los impulsos egoístas. Acertada es la denominación de intelectual aplicada á esta clase, en cuanto

utiliza la inteligencia como arma para satisfacer sus ambiciones personales á costa de los intereses públicos. He aquí las fuerzas sociales enfermas. ¿Cuáles son las sanas?

Sálvanse de este deterioro algunas individualidades de constitución mental privilegiada, en las que el sentimiento de la dignidad y del deber tienen echadas hondas raíces, y casi todos los que eligen el cultivo de la ciencia como fin de su vida. De la importancia numérica de estas dos clases, que unimos en la denominación de pensadoras, es difícil juzgar, porque viven dispersas, en la oscuridad de la vida privada, no juntándose nunca para una acción colectiva; pero hay indicios para pensar que son numerosas. La organización de nuestros partidos, que imponen al individuo la renuncia á su juicio y voluntad; la sobreestima otorgada en la vida política á cualidades puramente externas, como palabra fácil y dón de gentes, con menosprecio de las internas, la verdad, la sinceridad y el saber; el bajo nivel de los móviles políticos, inferiores á los de la media social, alejan de la esfera del Gobierno á lo más noble que produce la raza, á los individuos de cierto vigor de pensamiento, profundo sentido ético y carácter firme y sostenido. Si dichas dos clases, que sin embargo de vivir diseminadas son el nervio y sostén de la sociedad, no fuesen numerosas, tiempo ha que ésta se habría disuelto. A estas fuerzas de índole directiva debemos juntar las ejecutivas, representadas por los trabajadores no pervertidos por el espectáculo del lujo ó el contacto con el vicio en los grandes centros, los cuales, dirigidos por el sentimiento más que por la reflexión, conservan íntegra la moral de la raza, entre cuyos preceptos figuran el amor á Dios y al prójimo, la veneración á los padres, el culto al trabajo y el respeto á la propiedad. Nuestra clase trabajadora (1), inclu-

---

(1) Acerca de la importancia del trabajo, ya el inglés Cobbett escribía en 1816 á los labradores ingleses: «A pesar de la infatuación del rango, de la riqueza ó de los títulos universitarios, la fuerza real de un país es siempre el trabajo de su pueblo».



yendo en ella á cuantos hacen del trabajo la ocupación de su vida, desde el bracero al hacendado, desde el obrero al industrial, obra por motivos, si no muy elevados, por lo general rectos, en los que se hermanan el interés individual y el social, y aunque inclinada á la tradición, no deja de abrigar aspiraciones reformistas. Esta clase tiende á que se dé al trabajo el puesto que le corresponde en la organización social y que se proporcione la recompensa al mérito de la obra; tiene bastante arraigado el sentimiento de justicia; mira con respeto lo ajeno, sea de propiedad privada ó común; es laboriosa, ordenada y sobria; hállase dotada de fuerte simpatía, acudiendo á socorrer la desgracia ajena, á veces hasta con peligro de su vida. Su gran defecto es la incultura. He aquí las fuerzas sociales sanas.

¿Cuál de los dos grupos de fuerzas es el más importante? Al lado del fenómeno antes apuntado, se observa en nuestra sociedad otro animador: el de brotar de los labios de todos los españoles que se mantienen alejados de la vida pública, dondequiera que se habla de política, protesta enérgica contra los desaciertos de nuestros legisladores, las arbitrariedades de los gobernantes, el abandono de los intereses públicos y lo enredoso de la administración; y esta protesta revela la existencia de una opinión extensa y profunda contra el actual modo de entender y practicar el gobierno y de un deseo vehementísimo de mejora. Tomando esta opinión por barómetro, debemos pensar que las fuerzas sanas superan en importancia á las enfermas. Entonces, ¿por qué no se imponen? Porque viven dispersas, en estado difuso, y necesitan, para surtir efecto, condensarse en un movimiento concreto, bien orientado, con finalidad concreta y cierta. ¿Es capaz el pueblo español de realizar esta condensación? Sin duda. Cierto que del pensamiento á la acción, cuando hay que sacrificar intereses individuales, media gran trecho: pero los españoles han salvado más de una vez esta distancia condensando fuerzas importantes para fines revolucionarios. Hoy no se trata de esto; los actos de fuerza

pasaron ya, á no ser que gobernantes ciegos extremaran la represión, al punto de no respetar las libertades individuales. Desde que terminó la lucha por la conquista de los derechos políticos, que han abierto las puertas al progreso en todas direcciones, el desenvolvimiento social ha trocado la forma revolucionaria por la evolucionaria, debiendo las fuerzas reformistas marchar por los senderos jurídicos, en consonancia con las exigencias de los intereses económicos y de los principios éticos, que son las normas á las que ajustan su conducta las actuales sociedades. La moral social condena hoy las revoluciones en los Estados organizados sobre la base del derecho, con la misma energía que condena la guerra. Mas es indudable que el pueblo que supo condensar fuerzas para obtener reformas por el peligroso sendero de la revolución, sabrá condensarlas para conseguir las por el suave camino de la evolución. Tiene, al efecto, cuanto necesita: una clase directora, para darle ideal; y un pueblo, para imponerlo con sus votos.

Por tanto, la solución consiste en la unión firme é íntima de los obreros con los pensadores, de la fuerza con la idea, del trabajo con la dirección (1). Los pensadores deberán aplicarse á educar á los obreros en términos que, sin perder las virtudes que hoy poseen, adquieran las propias de la cultura, y abandonando los vicios de que hoy adolecen, no contraigan los de la clase media. Los obreros, que tienen á favor suyo el número, deberán elegir por consejeros y representantes á los pensadores, los cuales llevarán á las funciones de gobierno el ideal de justicia, de igualdad y de amor, la entereza de carácter, la abnegación y el sacrificio que son indispensables para el régimen y progreso de las sociedades. Juntas estas dos cla-

---

(1) Esto mismo se propuso nuestro gran estadista D. Nicolás Salmerón al aceptar la presidencia de la solidaridad: el camino era derecho; el éxito, seguro; pero los solidarios catalanes se han encerrado en su Cataluña, no han sabido elevarse al punto de armonizar los intereses de su región con los de las demás, y esto ha hecho que el movimiento apenas haya repercutido fuera de las fronteras del Condado.

ses, y secundadas por cuantos guarden en su pecho un resto del amor patrio, quizás puedan crear aún la persona social y fundar el nuevo Estado, que deberá tener por base la voluntad del pueblo, sinceramente consultada y libremente expresada; por medio, el imperio de la ley, á la que se obligue á todos á prestar obediencia; por fin, la realización de los ideales económico y ético, consistente el primero en no consentir que haya ninguna actividad baldía y hacer, por medios directos ó indirectos, que el haber social se reparta en proporción á la cantidad y calidad del trabajo prestado; el segundo, en que los individuos subordinen sus intereses á los de la comunidad y ajusten sus actos á las normas sociales de conducta.

Sin embargo, la empresa de unir para una acción política común á los obreros con los pensadores no es fácil, sino difícilísima, tanto por la frialdad en que ha de tropezar arriba, cuanto por los recelos y desconfianzas que ha de suscitar abajo. En nuestros pensadores no abundan la esperanza ni el entusiasmo, y la ignorancia, junto á una larga serie de desengaños, ha vuelto suspicaces á nuestras clases trabajadoras, las cuales reciben con prevención, cuando no vuelven desde luego la espalda, á las personas que se les acercan con el noble fin de mejorar su condición. Mas el entusiasmo se despertará arriba por la virtud de la idea; la desconfianza se vencerá abajo con la educación y con repetidos ejemplos de desinterés y generosidad. A los pensadores incumbe la iniciativa; á los trabajadores, el secundarla. La clave del problema está en que haya entre nosotros unos cuantos varones de clara y bien cultivada inteligencia, de corazón animoso y puro y de voluntad inquebrantable, en condiciones de consagrarse á reunir los elementos sanos de una y otra clase bajo el nuevo ideal social y político, desarrollado en una serie de proposiciones claras, sencillas y precisas, ya para constituir con ellos una fuerza política independiente y luchar con fervor y ahinco hasta imponerse, ya para incorporarse á aquel de los actuales partidos que tenga la vista vuelta hacia el porvenir é infundirle el nuevo espíritu

de aplicación, justicia, moralidad y sacrificio (1). Si existen esos varones, España puede aún salvarse; si no los hubiere, entonces ha sonado la hora de aplicar á los españoles las palabras que Jesús dirigió, camino del Calvario, á las mujeres de Jerusalén: «Hijos de España, llorad por vosotros y por vuestros hijos, porque en breve habréis de dejar la bendita tierra que os vió nacer. Esta patria, grande y gloriosa un día, hoy mutilada y maltrecha, ha entrado en el período de descomposición y ruina. Dichosos los que se vayan, porque su dolor, aunque intenso, será breve; desgraciados de los que se queden, condenados á penar moral y materialmente por todos los días de su vida».

#### MANUEL SALES FERRÉ

(1) Por este camino parece que andan los políticos que se proponen formar el bloque liberal; pero su finalidad es más modesta. Tratan éstos de unir las fuerzas republicanas á las liberales y oponerlas juntas á las conservadoras, con el fin de salvar el actual estado de derecho y los intereses de la cultura que estiman amenazados. Como se ve, su aspiración no va más allá de lo presente. El resultado sería, á lo sumo, librar á España de un posible retroceso, que pudiera ser su muerte definitiva; no levantarla á una vida nueva, ya porque ni liberales ni republicanos tienen ideal, ya porque unos y otros son hombres de la *antigua* ley y no habían de renunciar á sus hábitos. Mas aun así, y dado el actual predominio de las fuerzas tradicionales en nuestra sociedad, la formación del bloque podría ser un bien en sí, y quizás prepararía otro movimiento de finalidad más alta.

# RECUERDOS

---

Dediqué el último artículo á mi discurso de «la trenza del quemadero», que este nombre se le daba.

Eran recuerdos personales y que á mi persona se referían de preferencia, lo cual no es de extrañar, puesto que soy yo quien recuerdo y quien va dictando los recuerdos.

Y, sin embargo, con ser tan personales, tienen un sentido general, y dan á conocer el estado de los espíritus y de la opinión en aquellos días de las Constituyentes de 1869.

Si el discurso tuvo tanta resonancia, es porque respondía á un estado general de los espíritus.

El 80 por 100 del éxito debióse, sin duda alguna, á la oportunidad, á que yo sentía lo que sentían todos, y á que lo expresé en forma más ó menos dramática, que en armonía estaba con el romanticismo de aquella política.

Y ya ven mis lectores que generosamente cedo el 80 por 100, y que con el 20 por 100 me quedo para mí, que en esto de méritos propios todos somos un tanto usureros.

Claro es que el efecto del discurso duró lo bastante para hacerme ministro; si fué un bien, Dios se lo pague al discurso, al quemadero de la Cruz, á los inquisidores que lo aprovecharon y á mi amigo D. José Morer, que me dió la noticia, que yo supe aprovechar con algún acierto.

Pero todo se gasta, y, naturalmente, se gastó el discurso; y algunos meses más tarde, cuando ya era yo ministro de Fo-

mento, que lo fuí casi dos años seguidos, precisamente hasta la venida de D. Amadeo, el discurso se fué poco á poco gastando, y ya le hincaban el diente al hierro, á la trenza y al drama inquisitorial.

Y le hincaban el diente los que debían y los que no debían, los amigos y los adversarios.

Dejemos á los amigos en el olvido, que es en mí acto de generosidad, y vamos á los adversarios.

\*  
\* \*

Un literato eminente, que luego fué gran apasionado mío, á quien debí verdadera simpatía y grandes favores en el orden de la Literatura, escribió por entonces un formidable folleto contra los hombres de la revolución, haciéndome el honor de colocarme entre ellos, que era honor inmerecido por mi poca importancia política; pero allá fuí á los versos del poema, porque era un poema casi, á la par que Serrano, Prim, Topete, Sagasta y Zorrilla.

¡Dios del cielo! ¡Cómo podía yo imaginarme verme tan en alto!

Pues en el poema estaba, y de mí decía el admirable literato á quien me refiero, que admirable fué y lo será siempre en la historia de la Literatura patria:

...Echegaray, el de la ciencia y lira,  
el que los hierros funde,  
y no el cabello en la abrasada pira.

La acusación era injusta, y yo me consolé pensando que lo era, y que al pretender darme una lección de Física, se había cogido los dedos, como vulgarmente se dice, mi futuro amigo y gran maestro.

Porque es lo cierto que, por mucho que yo me hubiera empeñado, ó por mucho que se empeñasen los inquisidores, no hubiéramos podido encontrar la manera, ni ellos ni yo, de fundir una trenza de cabello.

Es operación física que nadie ha podido realizar, por grandes que sean sus aptitudes para encender piras.

El cabello se chamusca, se quema, se reduce á gas, pero no hay manera de fundirlo.

De suerte que, si no lo fundí en el discurso, obré con prudencia.

Además, tampoco fundía el hierro.

Y esto de encontrar objetos medio quemados junto á metales que el fuego oxidó ó cambió de estructura, es un ejemplo que se ha repetido centenares de veces. En el museo de Kensington, en una vitrina que contiene restos del gran incendio de Londres, hay metales deformados, y telas y cuerdas y materias análogas á medio quemar.

Porque una hoguera es cosa muy complicada, por más que en aquellos tiempos (á los de la Inquisición me refiero) fuera cosa sencilla y corriente.

Con esto, es decir, con esta defensa, queda mi conciencia tranquila y cumplidos los más elementales deberes de gratitud para con aquel discurso, que á tan larga distancia lo veo, que ya casi no me parece mío, y que si lo leyese, que no he de leerlo, podría juzgarlo casi con absoluta imparcialidad.

Y sigamos adelante.

\*  
\* \*

Y adelante siguió el debate sobre el proyecto de Constitución.

La forma de gobierno, los derechos individuales, la base religiosa y el sufragio universal fueron, naturalmente, los problemas más discutidos, y en que la Cámara se mostró á mayor altura; altura no superada ni antes ni después.

Algo se discutió sobre la existencia de las dos Cámaras, el Congreso y el Senado; pero, aunque de importancia, este debate fué oscurecido por los que antes he señalado.

Sobre el sufragio universal pronunció Cánovas del Castillo un soberbio discurso. Admirable por la forma, por la enérgica

entonación, por la profundidad del pensamiento, y hasta por cierto espíritu profético.

Todo esto desde el punto de vista conservador, que es y será siempre respetable, y con el cual habrá que contar siempre. Que la misma locomotora, que está hecha para marchar, si lleva vapor hirviente, lleva también frenos y regulador.

Entre otros muchos puntos de vista, dominaba éste: establecer el sufragio universal es entregar en lo futuro al socialismo la gobernación del Estado.

Los demócratas ya lo sabían, y sin embargo, el sufragio universal estaba en su credo, porque tenían fe en el derecho y fe en las energías vitales de la sociedad.

Se encargó de contestar á Cánovas del Castillo el gran tribuno Río Rosas: *á todo señor, todo honor*, como dicen en Francia; y además, las ideas democráticas, defendidas por un individuo de la «Unión liberal», tenían más fuerza política que defendidas por un demócrata, aunque el demócrata se llamase Martos ó Rivero.

Realmente, era un nuevo triunfo del grupo democrático.

Río Rosas era un gran tribuno; pero era, sobre todo, un orador de combate.

Aunque era hombre de cultura, la defensa doctrinal de las ideas no era su fuerte.

Él necesitaba la lucha, el ataque, el golpe recibido, el golpe devuelto, la espada que choca con la espada, la chispa que salta al golpe violento de los hierros.

Esto de la chispa no suele ocurrir con frecuencia; pero en Retórica suena bien.

En suma: Río Rosas era un admirable batallador parlamentario.

Sus frases quedaban siempre esculpidas.

Cuando se levantaba y apoyaba las dos manos en el banco de delante y empezaba á oscilar su cuerpo, como el de león que se prepara para dar el salto; y entre párrafo y párrafo respiraba fuerte, con respiración que unas veces era el ronquido



andaluz de la Serranía, y otras veces semejaba el rugido de la fiera; y de este modo interrumpía á trozos el discurso para dar paseos á lo largo del banco, los diputados se iban retirando poco á poco haciéndole espacio, y al fin se quedaba solo, rugiendo, perorando con voz poderosa, y cuando era preciso, lanzando un latín de Tácito, que la mayor parte de los oyentes no entendía, pero que á todos les aterraba.

Porque realmente, una cita de Tácito es siempre formidable.

Y así empezó su contestación á Cánovas.

Pero la materia era doctrinal: no era el terreno predilecto de D. Antonio el de los Ríos y las Rosas; para rebatir al otro Antonio, era preciso saber mucho y pensar mucho, tener mucha erudición y mucha lectura moderna, y era preciso, sobre todo, sentir hondamente lo que se defiende, combatir por una Dulcinea, y no creo yo que la idea democrática pudiera ser la Dulcinea de los hombres de la «Unión liberal».

Ello fué que el discurso avanzaba, y el orador no conseguía los aplausos á que estaba acostumbrado: la oración resultaba lánguida, pesada y fría.

Se le oía con respeto, porque á Río Rosas se le respetaba siempre.

Los demócratas le oíamos con gratitud; pero ni en unos ni en otros había entusiasmo.

Y él lo comprendió; hizo un cuarto de conversión, varió de tono, se dejó de defensas doctrinales de las nuevas ideas, enardeció la voz, y arremetió contra Cánovas del Castillo, diciéndole, con algo semejante á un rugido, que era «¡inicuo!»

—«Su señoría es inicuo»;—y en un grito terrible, más bien que pronunció, rugió la palabra *inicuo*, haciendo vibrar todas las letras.

Realmente, ni nadie comprendió, ni nadie pudo comprender, por qué era inicuo Cánovas del Castillo al combatir desde su punto de vista el sufragio universal.

Y sin embargo, todo el mundo le aplaudió á Río Rosas,

E. M.—Mayo 1908.

porque llamar inicuo al adversario, con razón ó sin ella, siempre suena bien.

Yo, por lo bajo, y con mi desdichado espíritu de justicia, le preguntaba á Martos:—¿Por qué dice que es inicuo?

Y él me decía:—Es usted nuevo en política; Río Rosas tiene razón; el adversario es siempre inicuo.

Y continuó su discurso Río Rosas, y le aplaudieron.

Y contestó Cánovas con la valentía y la superioridad de siempre, y aquel duelo entre dos gigantes del Parlamento fué verdaderamente interesante.

Claro es que el sufragio universal triunfó, y algunos años más tarde, el mismo Cánovas del Castillo tuvo que aceptarlo, acomodándose á las circunstancias.

En la política siempre habrá un tanto por ciento muy elevado de oportunismo.

El pasado tiene fuerza: la tradición es una fuerza viva, que adquirió la sociedad durante siglos, y que no puede anularse de golpe, sin choque y sin catástrofe.

El porvenir reclama cambios, y evoluciones, y sacrificios; pero entre la tradición y el porvenir, el presente se impone.

¿Por qué decía yo esto, que me parece que he perdido el hilo del pensamiento?

Ya lo recuerdo: para explicar cómo Cánovas, habiendo combatido el sufragio universal, al fin lo aceptó.

\* \* \*

Y acabó de discutirse en discusión noble y amplia la Constitución del 69, que fué, quizá, la más amplia de Europa, porque en sí llevaba hasta reglas y preceptos para su propia modificación legal.

Fué como un pacto de todos los partidos: la aspiración de sus autores era que fuese una legalidad común, y que cerrase para siempre el camino al pronunciamiento y á la revolución.

¿Hasta qué punto lo consiguió?

Como yo no soy historiador, no tengo para qué decirlo.

Hecha la Constitución del 69, había que organizar los poderes públicos.

Al duque de la Torre se le nombró Regente del Reino: era el jefe del Estado, era una especie de rey constitucional mientras se elegía monarca.

Y así, los términos del problema cambiaron.

Antes, el problema supremo era tener una Constitución; ahora, el problema era buscar un monarca para el trono vacante.

Entretanto, el duque de la Torre era Regente, y era presidente del Consejo y ministro de la Guerra el general Prim.

Un Regente, una Constitución, un presidente de Consejo de gran fuerza: la revolución se detuvo un instante y pudo respirar; su obra se iba realizando.

Pero había que buscar rey.

Esto á mucha gente le parecerá cosa fácil.

No hay más que salir á la calle y al primero con quien se tropiece preguntarle cortésmente:—¿Quiere usted ser rey?

Y es probable que conteste:—Con mucho gusto. ¿A dónde hay que ir y cuándo ha de ser la coronación?

Pues esto, que en los cuentos de *Las mil y una noches* parece cosa fácil, en la realidad resultó difícilísimo.

Al principio se creyó que no lo era; había una candidatura patrocinada por D. Salustiano Olózaga, aceptada por casi todos los progresistas, aceptada también por los demócratas, y á la cual no podían oponerse de una manera ostensible la mayor parte de los unionistas; candidatura que aun á muchos republicanos federales, allá en el fondo de sus patrióticas conciencias, no les resultaba repulsiva.

Me refiero á la candidatura de D. Fernando de Portugal.

Esta candidatura era por entonces la que parecía sumar más voluntades y la que aminoraba, por decirlo de este modo, la hostilidad de los montpensieristas y la de los republicanos.

Iba enlazada con la cuestión ibérica; parecía para el porvenir un lazo sólido con Portugal, y halagaba las esperanzas,

según unos, las ilusiones, según otros, del gran problema de la Unión Ibérica.

Problema es éste en que había fijado principalmente don Juan Prim su voluntad y sus anhelos; problema que acariciaba Ruiz Zorrilla, y problema, en suma, que preocupaba á todos.

Y estando conformes Prim y Zorrilla, no pudiendo oponerse abiertamente ni aun los que tenían compromisos anteriores con el duque de Montpensier, y viéndose obligados, aun los republicanos, á poner sordina á sus odios monárquicos ante el problema supremo de la unión de España y Portugal, claro es que la candidatura de D. Fernando fué en general aceptada con regocijo y con entusiasmo.

Nos reunieron por grupos á los diputados monárquicos; yo recuerdo perfectamente haber asistido al de los demócratas, y todos aceptamos la candidatura propuesta.

Sólo un pequeño grupo acariciaba otra candidatura, á que daba el nombre de candidatura nacional, que era la del ilustre Espartero, el héroe de Luchana, el invicto duque de la Victoria.

Pero esta candidatura fué siempre platónica: todos respetaban al candidato por su historia gloriosísima; pero, si he de decir la verdad, ninguno la tomaba en serio.

Espartero no tenía hijos, y aun afirmaban sus íntimos que, aunque se le ofreciese, jamás querría ocupar el trono vacante de D.<sup>a</sup> Isabel.

Durante algunos días, no creo que llegase á un mes, la candidatura de D. Fernando fué vencedora y, al parecer, definitiva.

¿Qué sucedió después? ¿qué sucedió cuando se le empezaron á hacer insinuaciones?

Se contaron muchas historias dramáticas, cómicas, misteriosas.

Yo de esto sólo sé lo que se contaba en los pasillos del Congreso y en los círculos políticos; y como todavía no era más

que director de Obras públicas, no tuve ocasión de penetrar en el fondo de aquel problema.

Y como sólo refiero mis recuerdos y sólo afirmo lo que personalmente me consta, soy ante la Historia testigo que nada sabe de este asunto sino lo que públicamente se contaba, y esto no vale la pena de que yo lo repita.

En resumen: D. Fernando no aceptó, y fracasó la candidatura.

Le oí en la intimidad tronar á Ruiz Zorrilla, dando rienda á su carácter violento, cuando contrariedades políticas cerraban el paso á sus ideales; le oí tronar, digo, contra el eterno femenino, que desde los tiempos de Eva se mezcla y toma parte, á veces decisiva, en los problemas humanos.

\*  
\* \*  
\*

Y nos quedamos sin candidato.

¡Y qué difícil era buscar otro, ó, mejor dicho, encontrar otro!

Contra otro cualquier candidato recobraban sus furores antimonárquicos los federales; ante ningún otro candidato cedían los montpensieristas.

Se murmuraba por lo bajo que éste iba ganando terreno; que entre los progresistas había quien con el duque había adquirido compromisos recientes, y aun más tarde se habló de algún demócrata, y de los más ardientes, como nuevo partidario de la candidatura de Montpensier.

Y todo esto contribuyó á dividir á la mayoría de la Cámara, á agrandar las distancias entre los tres grupos, demócratas, progresistas y unionistas, y á sembrar desconfianzas y celos entre todos.

Y volvieron las luchas entre demócratas y unionistas.

Y trascendieron hasta el mismo Gabinete, y por último vino una cuestión batallona, que no recuerdo cuál fué y no quiero tomarme el trabajo de averiguarlo, contra D. Martín Herrera.

Creo no equivocarme, pero si me equivoco da lo mismo; subsiste siempre el hecho de que los demócratas le pusieron la proa al Ministerio; mejor dicho, á uno de los ministros procedentes de la Unión liberal.

Estalló el conflicto en el Parlamento; los demás ministros, incluyendo á Ruiz Zorrilla, salieron á la defensa de su compañero, unos con todo el ardor de sus ideas políticas, otros por lealtad, todos por compañerismo y por evitar divisiones.

Generosidad inútil: el grupo democrático no cedió.

Los demócratas habían dictado, puede decirse que habían impuesto, ésta es la palabra, la mejor parte de la Constitución.

La Constitución era, casi toda ella, suya, y sin embargo no tenían ningún ministro que los representase en el banco azul.

Esta situación humillante no podía tolerarse, porque la exclusión del elemento democrático en el Gobierno era algo así como un principio de traición á la revolución de Septiembre.

Y cuenta que no hablo por la mía; me limito á repetir lo que se dijo públicamente, aunque es claro que en la discusión la idea fundamental se tradujera de otro modo.

Ello fué que, á pesar de los esfuerzos del Gobierno, hubo de recaer una votación que traía consigo, ó la derrota de Martín Herrera, ó la ruptura entre el Gobierno y los demócratas, ó las dos cosas al mismo tiempo si no se llegaba á una componenda.

¡Qué cosa tan extraña!

La componenda fuí yo. Es decir, yo fuí *uno de los elementos* de la componenda.

\*  
\*  
\*

Y á propósito de la frase que acabo de dictar, recuerdo el discurso de un diputado progresista que, enumerando sus sacrificios y trabajos revolucionarios, decía con soberano arranque y voz poderosa:—El primer tiro que se disparó en la provincia de Gerona fuí yo.

Y me decía Martos por lo bajo:—Siempre sospeché que ese hombre era un tiro.

Pues bien, la frase no es tan desatinada como gramaticalmente parece, porque en aquella crisis ministerial, tan necesitada de una componenda para evitar la ruptura de los elementos revolucionarios, en parte la componenda fuí yo.

Y voy á explicar cómo.

Entiéndase que entré en la componenda, pero inconscientemente, sin hacer nada por mi parte, contemplando el espectáculo y nada más, y descansando todavía tranquilo y satisfecho sobre la trenza del quemadero.

\*  
\* \*

Como decía antes, estalló la tormenta parlamentaria, y los demócratas pidieron votación nominal.

Primer conflicto parlamentario para mí; para mí, que odio estos conflictos, que no me gusta votar contra nadie; para mí, que quisiera siempre votar en favor de todo el mundo.

¿Qué necesidad hay de dar disgustos á personas buenas y simpáticas, manifestando ante el país que encuentra uno mal lo que hacen, cuando la ley matemática de probabilidades demuestra que casi todos los demás ciudadanos lo harían mucho peor?

Pues no hay remedio; hay que levantarse del asiento, poner la cara severa, dar notas graves á la voz y decir:

Fulano, sí; ó Fulano, no.

Las votaciones nominales me han disgustado siempre sobremanera.

Y en aquel caso me disgustaba aún más, porque era la primera vez que ejercitaba en público el monosílabo parlamentario; personalmente me era simpático Martín Herrera, ó el que fuese; y además, como Zorrilla había de votar sosteniendo á su compañero y yo había de votar con la sana intención de derribarlo, porque así lo exigía la política, resultaba fatalmente que yo tenía que votar contra Zorrilla.

¡Votar contra Zorrilla, á quien yo le debía todo en el or-

den político, que tan cariñoso era conmigo, con quien pasaba seis ó siete horas al día departiendo amistosamente!

De mí no se podía exigir este sacrificio: era una proclamación de ingratitud: á mí me parecía una indignidad.

¡Un director de Obras públicas votando contra el ministro, contra él!

¡Imposible, absolutamente imposible!

En aquellos malditos escaños rojos pasé un rato cruel.

¿No sería lo mejor marcharme?

Estoy seguro que esta idea de la fuga se le habrá ocurrido muchas veces á muchos diputados en circunstancias análogas á las mías.

En fin, no sabiendo qué hacer ni qué resolución tomar, cambié de sitio, me fuí á buscar á Gabriel Rodríguez y á Cristino Martos, y les expuse con toda ingenuidad, con ingenuidad algo infantil, mi situación.

En suma: yo no quería dar aquel disgusto á D. Manuel, porque les aseguraba que Zorrilla iba á tener un verdadero disgusto.

¿Cómo terminó mi primer conflicto parlamentario?

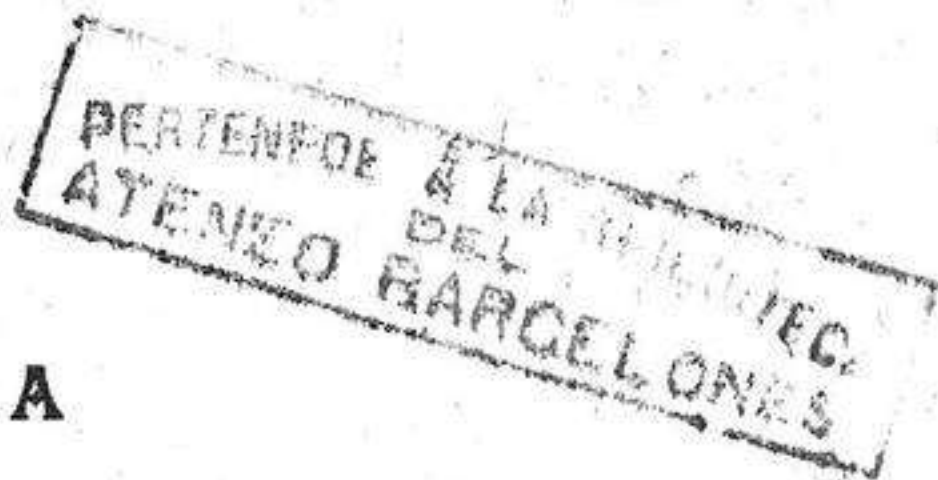
Lo explicaré en el próximo artículo; y ahora déjenme mis lectores tomar aliento, que sólo el recordar aquel trance me acorta la respiración y me sacude un tanto los nervios.

JOSÉ ECHEGARAY



# DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)



## LA MEMORIA

Hacía mucho tiempo era sabido que Velázquez también manejaba la pluma. Palomino, después de relatar que el rey le encargó en el año 1656 la clasificación de los cuadros destinados á El Escorial, añade: «De éstos escribió Velázquez una descripción y memoria, en que da noticia de sus calidades, historias y autores, y de los sitios donde quedaron colocados, para manifestarlo á S. M., *con tanta elegancia y propiedad*, que calificó en ella su erudición y gran conocimiento del arte, porque son tan excelentes, que sólo en él pudieran lograrse las merecidas alabanzas».

Si bien después no se volvió á ver esta obra, no era inverosímil que estuviese oculta en algún archivo, conjetura que también aventuró Stirling. Y en el año 1871 sorprendió la noticia que el Sr. Adolfo de Castro había conseguido descubrir en Cádiz dicha Memoria; pero con la particularidad de que estaba impresa, un *unicum*. Según aquélla, está en las Memorias de la Academia Española (1), prologada por Cañete en Agosto de 1872, y después, en 1874, traducida al francés, con notas, por Ch. Davillier, con un grabado de su autor por Fortuny (2).

---

(1) Memorias, cuaderno XII, año II.—*N. del T.*

(2) MÉMOIRE DE VELÁZQUEZ sur 41 tableaux par le Baron CH. DAVILLIER. Paris, 1874. El título original es el siguiente: Memoria | de las pin-

La Memoria consta de dos partes. En la primera se describen los nuevos cuadros por el orden con que fueron donados; en la segunda se da cuenta de su instalación.

El júbilo de los amigos de Velázquez por tal presente (32 páginas impresas, de su pluma, con notas sobre los maestros italianos) se vió, sin embargo, un tanto defraudado por la observación de que la obrita y el texto contenían poco de nuevo. Todo ello corría ya impreso desde hacía más de doscientos años, varias veces editado, tomado de una obra para otras, y leído delante de los cuadros y en su casa por cientos de personas.

El padre fray Francisco de los Santos, lector de las Santas Escrituras en el colegio de El Escorial, en 1657, en su «*Sucinta descripción del Monasterio de San Lorenzo el Real*», sin citar las fuentes de donde lo hacía, incorporó el contenido entero de la Memoria y algunas insignificantes observaciones, cambios, giros é interpolaciones casi literalmente; pero de manera tan hábil, que hasta entonces nadie había notado el zurcido ni la mano extraña.

La Memoria (que tenemos á la vista), con el nombre de su autor en la cubierta, no fué impresa por éste. Un discípulo y admirador, el octogenario D. Juan de Alfaro, un cordobés de familia noble, hubo de sentirse indignado por la aparición de la «*Descripción*» del Padre, de tal modo, que sintiéndose más celoso de la honra literaria de su maestro que este mismo, y deseando reivindicarla ante la posteridad, quizá también persuadiendo al pintor de cincuenta y nueve años, obtuvo su per-

---

turas, | que la magestad Catho- | lica del Rey nuestro Señor Don Philipe | IV. embia al Monasterio de San Laurencio el Real del Escorial, este año de M.D.C.LVI. | descriptas y colocadas, | por Diego de Sylva Velazquez | Cavallero del Orden de Santiago, Ayuda de Camara de Su Magestad, Aposentador mayor | de Su Imperial Palacio, Ayuda de Guarda Ropa, Vgier de Camara, Superintendente extraordinario de las obras reales y pintor de Camara, Apeles de este siglo.—La ofrece, dedica y consagra | á la Posteridad, | D. Joan de Alfaro. | Impresa en Roma en la Oficina de Ludouico | Griguano año de M.D.C.LVIII 16. 8.º

miso para la publicación de su pequeño manuscrito. Poseído de juvenil impaciencia y deseando ganar el enojoso intervalo de la censura, ocurriósele suponer como lugar de la publicación Roma, y poner en la cubierta el nombre de una imprenta de dicha ciudad; también en este punto el Aposentador hizo la vista gorda.

Tan honrado intento de Alfaro se vió completamente frustrado, por lo que se refiere al menos á la posteridad de las dos siguientes centurias. El folleto desapareció rápidamente, y hasta ahora nadie le ha citado ni utilizado para nada. El mismo editor parece que no se quedó con ningún ejemplar. Por lo menos, Palomino, que examinó su herencia para sus estudios sobre Velázquez, no halló ninguno. Tampoco puede haber pensado Alfaro en su extensa narración en los últimos años de Velázquez, fuente de la biografía de Palomino, de esta historia que le excitaba tanto. Pues Palomino, que reunió y mencionó todos los libros de arte español, y que le cita con un catedrático de Salamanca émulo suyo, no hubiera olvidado este precioso documento si le hubiera conocido ú oído hablar de él.

El afortunado descubridor habla, en su informe á la Academia Española (1), del silencio de todos los escritores sobre la obra de Velázquez. «Este profundo silencio de casi dos siglos ha sido roto por el Ilmo. Sr. D. Pedro Madrazo en un excelente discurso sobre Velázquez.» Este señor menciona la noticia de Palomino, añadiendo: *que creemos lastimosamente perdida* (la Memoria).

Pero las palabras de *profundo silencio* de casi dos siglos, hasta el Excmo. Sr. Madrazo (1870), no son completamente exactas. Sir W. Stirling, en sus Anales (1848) del Arte español y en su biografía de Velázquez sacada de los mismos, no sólo menciona la Memoria, sino que hasta aventura la hipótesis de que la pudiera haber utilizado de los Santos en su des-

---

(1) Cádiz, 18 Marzo 1871. Memorias de la Academia Española, 1871, 481.

cripción de El Escorial (1). Así, pues, el célebre bibliófilo de Cádiz no conocía ninguno de estos dos escritos (la biografía estaba también traducida al francés). La comparación de ambos textos ha demostrado de sorprendente manera cómo el noble escocés había dado en el blanco. Si este ingenioso y sabio escritor hubiera seguido su hipótesis intentando reconstituir las partes componentes de la Memoria entresacándolas de la obra de los Santos, sólo hubiera necesitado transcribir los pasajes correspondientes á los cuarenta y un cuadros, ordenarlos, cortar algunos conceptos teológicos, y hubiera tenido ante sus ojos, casi exactamente, la Memoria de Velázquez tal y como la encontró el Sr. de Castro.

El trabajo de Velázquez sirvió, pues, únicamente para elevar el renombre del Padre de los Santos como escritor y conocedor del arte, el cual, por cierto, si bien más tarde, cayó en desprestigio. En el informe á la Academia Española, D. Adolfo no trata muy dulcemente al prior de San Lorenzo. Cuando dicha Academia, en el año 1729, admitió al referido Padre en el segundo tomo de su Diccionario, con motivo de su «Descripción», entre las autoridades de la Lengua, concedía realmente esta honra al propio Velázquez. Había tenido las cinco hojas transcritas (á este número ascendían) entre las 163 de la Descripción, en 1682, ante la vista, sin echar de ver el fuerte contraste que ofrecían con el resto. «¡Qué hubiera sido de él, sabio aficionado (así le llamaba á Santos, en 1746, un inglés) sin la existencia de Sigüenza y Velázquez!», exclama. Los académicos de Madrid repararon pronto la falta de sus predecesores, arrojando al «usurpador» de su sitio de honor. La lectura de la Memoria puso á dicha Corporación en excitación tal, que al punto (sesión de 23 de Marzo de 1871) asoció al pintor aque-

---

(1) He drew up a catalogue of the whole noting the position, painter, history, and merits of each picture, a paper which probably guided Fray Francisco de los Santos in his description of the Escorial, and may perhaps still exist in the royal archives. STIRLING: *Annal of the Artists of Spain*, II, 654 y sigs. Londres, 1848.

llos *testi di lingua*, «porque en sus exactas y lacónicas descripciones y en sus juicios críticos sobre los cuadros se encontraban palabras y giros técnicos referentes al arte de que con tanta maestría se había servido». Pero conociendo como conocían algunos de estos inmortales la Descripción de El Escorial, ¿cómo podían sorprenderse tanto con la lectura de la Memoria?

Pero tratemos de determinar más concretamente estas aventuras del opúsculo.

Francisco de los Santos había ya empezado su libro, emprendido por indicación del rey, acerca de la «Terminación de El Escorial por Felipe IV», esto es, sobre el panteón y la traslación de los restos reales (1654), cuando llegó el cuadro 21.º En el año de 1656 se encargó de ellos Velázquez: los colocó y elevó informe á Su Majestad. Ahora bien: el privilegio de la Descripción lleva fecha de 15 de Octubre del mismo año 1656, lo cual supone que el manuscrito había estado ya algún tiempo en poder del censor y la impresión fué terminada antes del 20 de Marzo de 1657, pues en tal día se notó su correspondencia con el manuscrito original. Un folleto de 184 folios no se improvisa; por consiguiente, en el momento en que al autor pudo serle comunicada la Memoria por el rey, su libro debía estar ya dispuesto en su parte más esencial. Así, pues, en la hora que precedió al envío del manuscrito al censor, debía estar ya añadido el contenido del texto del pintor, que él adornó con glosas teológicas de su propia cosecha, con tal habilidad, por cierto, que su trabajo parecía haber mandado de una sola plumada. Y hasta puede decirse que aprendió con toda rapidez del pintor; pues en varias descripciones hechas por él imitó el estilo de Velázquez y se sirvió de sus mismas expresiones.

Que el Padre buscó auxilio en el arte profano para su trabajo, por ejemplo, en los capítulos de arquitectura, es cosa cuya demostración huelga. Tampoco él trata de ocultarlo. En el prólogo (el cual también fué examinado por el Sr. de Cas-

tro) confiesa que pidió consejo, no á uno, sino á varios señores, mejor informados que él en tales asuntos. De lo contrario, ¿cómo se hubiera atrevido á escribir tal obra en tan breve tiempo? (1).

Se le reprochó el haberse aprovechado de los trabajos de su predecesor Sigüenza, con lo cual se vino á pensar que el plagio estaba en su carácter. Pero en el prólogo declara abiertamente que quedaría de lo que antes de su tiempo existía sólo un extracto de su «Historia de la Orden de San Jerónimo». Lo allegado de Sigüenza pertenece á la parte general añadida á su propio relato para redondearle.

Otra es la relación con la Memoria. La sección que versa sobre los regalos del rey pertenece á la parte del libro que él daba como trabajo suyo nuevo; su fuente no era, como la otra, conocida, por haberse publicado; no sólo aprovechaba, copiaba, y, sin embargo, ocultó el nombre de su autor. Procedimiento un tanto candoroso aun en aquella época de compilados y de usos bastante libertinos, en lo que se refiere al aprovechamiento de propiedades ajenas.

Quizá no sólo el aprovechamiento (lo que de suyo se deja comprender, pues la Memoria no pudo llegar á sus manos con otro objeto), sino la ocultación del nombre de Velázquez, tuviese lugar á ciencia y paciencia de éste. Quizá no daba ningún valor, como artista y aspirante á una cruz, á este testimonio de su pluma; estaba contento con su fama y no aspiraba á la de escritor. Ya sabemos el concepto en que la nobleza española tenía los trabajos eruditos y literarios. Pero el capellán de corte difícilmente se hubiera arriesgado á hacer algo que hubiera podido disgustar á su Señor y al Aposentador. El latrocinio no hubiera podido quedar oculto mucho tiempo. ¿Y cómo podría Velázquez haber dado después al Alfaro el per-

---

(1) Y á no haver topado otras (fuerzas) de mayor caudal, que me diesen la mano para conseguir la empresa, nunca intentara en pocos dias el trabajo de muchos tiempos.

miso para publicar el escrito bajo su nombre y con él poner en evidencia al Padre?

Ahora bien, al año de la impresión todo el mundo tenía en la mano la prueba del plagio: ¿cómo no publicó el Prior en las ediciones posteriores alguna aclaración? Para ello se ofreció una ocasión en la edición de 1681, en que tuvo que describir un cuadro de Velázquez, la Túnica de José, que Felipe IV destinó para El Escorial, poco antes de su muerte.

«Felipe IV, dice en la Descripción, pág. 67, honraba á Velázquez por su mérito y fieles servicios. Como el palacio real, debe también El Escorial á sus esfuerzos que aparezca en la pintura tan maravilloso, como en la arquitectura. Dirigió la Sacristía, la Aulilla y el capítulo del Prior, y los cuadros con que adornó estas habitaciones los había reunido él mismo, trayéndolos de diferentes partes del mundo. Era un hombre de *famoso gusto y elección*, sobresaliente en los retratos; pero en estos cuadros se ve que no lo era menos en todo lo que emprendía.» Aquí puede creerse que la mano sentiría comezón de añadir: sobresaliente, hasta cuando cambia el pincel por la pluma, pues le debemos preciosos datos, etc., etc.

Es lo cierto que ningún descubrimiento en el dominio de la literatura artística fué recibido con más curiosidad que esta Memoria de Velázquez. Tenía más alto interés que el de una mera reliquia ó curiosidad. Íbamos á saber cómo se reflejaban Tiziano, Correggio, Rafael y Andrea en el cerebro del pintor. De un pintor que tenía tras de sí una práctica de cerca de cuarenta años, la dirección de la galería real y dos viajes á Italia, para estudios y compras.

Echemos una ojeada á la forma del libro primeramente.

Según Palomino, estaba dirigido al rey, á manera de informe oficial del aposentador, con motivo del cumplimiento de un encargo propio de su competencia.

Pero este aposentador parece hacer poco caso de las formalidades burocráticas. Empieza su informe algo *cavalièrement*, sin siquiera dirigirse á su señor, sin indicación del manda-

to que trata de cumplir. Se precipita á puerta abierta. En vez del nombre que se espera encontrar de Felipe IV, vemos el de Carlos Estuardo, el rey de Inglaterra, ejecutado ocho meses antes. Así, pues, se trata de una especie de ensayo *in medias res*, que trata de encadenar la atención del lector con un asunto sensacional.

Sólo en la última página aparece lo que creíamos encontrar en la primera. Dícese allí: «S. M. advirtió que algunos locales (de El Escorial) estaban escasos de cuadros, y se apresuró á remediar esta falta. Una *providencia* sin duda de su ilustre abuelo; pues si la gran piedad de este último anticipó la erección de la santa maravillosa obra, dejó en cambio lugar suficiente para que el real ingenio de su nieto hiciese con su adorno y enriquecimiento que sus monjes, movidos por la natural gratitud, rogasen continuamente á Dios por la bendición y prolongación de una vida que tan importante es á todos».

Aquí nos aparece, pues, Felipe II, en previsión profética de la munificencia de su nieto, dejando algo que éste hiciese, si bien no se enteró de ello Felipe hasta después de transcurridos treinta y tres años de su reinado. Pudiera ser este el estilo del cortesano, pero el padre de los Santos creyó conveniente simplificar el pasaje (1). Capellán y artista parecen haber trocado sus papeles: aquél escribe en estilo sencillo y concreto; éste, en estilo de *proskynesis*. Hay aún otro pasaje por este estilo.

El asunto de la Memoria era el inventario de los 41 cuadros y su colocación en los nuevos locales. Pero no sabemos completamente ni con toda claridad qué 41 cuadros eran éstos. En primero y principal término se habla de 24 lienzos, en su mayor parte por el orden cronológico de donación; después se hace una nueva distribución relacionada con los restos y con

---

(1) Allí, donde su real imaginación pudo mostrarse por haberle dejado lugar su gran abuelo en la pasmosa creación, trató de adornarla y enriquecerla, sin demorar un momento tal empresa.



algunos otros que se encontraban allí; pero nunca se saca en consecuencia cuáles son los nuevos; cinco de los más preciados, que no estaban colocados aún, no se citan.

Pero limitémonos á la parte que únicamente nos interesa: á la descripción. Los 24 capítulos, de muy desigual extensión (de 3 á 25 líneas), se reducen estrictamente á la explicación clara del asunto, con algunas cortas observaciones sobre su belleza. El tono de estos artistas es laudatorio, á veces entusiasta y pomposo. Frases cortas, animadas á menudo sin *cópula*. La terminología de que el pintor se sirve para la caracterización artística es más bien estética que técnica; da antes la impresión del sentimiento que la instrucción sobre el valor artístico de la obra. Adolfo de Castro dice, en efecto, de ella: «El estilo es ático, tiene las mismas cualidades que sus cuadros: ardiente fantasía, alta y aguda comprensión, juicio profundo é insondable, colores armoniosos y brillantes, pincel agradable y audaz y seguro al mismo tiempo (!)».

Pero pocos, á mi juicio, leerán esta descripción sin confesar que esperaban otra cosa de Velázquez. Más sobriedad tal vez, más terminología y juicios del hombre del oficio. Quien quiera ver cómo se expresan éstos, que lea la descripción del P. Sigüenza, el cual, á consecuencia de su comercio de largos años con la colonia de pintores de El Escorial en tiempo de Felipe II, había aprendido el tecnicismo artístico.

El autor de la Memoria elogia en los cuadros su belleza, delicadeza y expresión religiosa, nobleza y majestad, trabajo y novedad; cualidades que no constituyen ciertamente la médula del estilo de Velázquez. En cambio, se echan de menos observaciones sobre el claro-oscuro, palabra que, como la de *relieve*, apenas aparece. Pudiera creerse que no escribía para especialistas; pero aun así, aparece su lenguaje poco apropiado y significativo. Admirable, exquisito, encantador; hermosísima, divina y graciosamente sensual imagen de María: palabras que se le ocurren á cualquier señorita, cuando por primera vez se para delante de un cuadro. La túnica verde del

ángel «divinamente pintada»: esto suena en verdad á cosas de mujeres. «Aquí hay vida y carne, pero no pintura», son frases que desde los sopistas y epigramáticos helénicos, repiten incesantemente aquellos que no saben decir otra cosa sobre un cuadro. Tales frases carecen aquí de sentido, y son empleadas no sólo respecto de Tintoretto, sino de un cuadro de la escuela de Rafael (*Los paños son verdad*, I); se encuentran en el libro de Sigüenza (1). Y es demasiada concesión considerarlas «como expresión del más ardiente realismo» (Menéndez y Pelayo, loc. cit., II, 640).

Algunas afirmaciones hasta resultan en abierta contradicción con la práctica constante de Velázquez.

La Memoria aplaude que Pablo Verona, en las Bodas de Caná, entre tantos retratos no haya tomado modelo para la Virgen, *porque tiene mayor decoro y divinidad*. Además, su edad parece estar en relación con la de su hijo (unos cuarenta y cinco años), pues muchos pintaban á Cristo como un hombre y á la Virgen como una muchacha (2). Pondera en tono entusiástico la bella desnudez del niño [*todo él desnudo bellísimo, tan tierno, etc. (VII)*]. Ahora bien: él mismo, en la Epifanía y en la Coronación, ha pintado á su María copiándola de un modelo vivo, sin género alguno de duda. Precisamente, en su Coronación, contemporánea de la Memoria, la pinta joven (según las prescripciones de Pacheco); por último, en la Epifanía, el niño está envuelto en pañales.

Según la conversación, que ya transcribiremos en otro lugar, con Salvador Rosa, Velázquez se muestra bastante frío con respecto á Rafael. En la descripción de la Perla habla

(1) JOSÉ SIGÜENZA: Historia del orden de San Jerónimo. Parte III. Madrid, 1601. En el Refectorio y ante la Cena del Tiziano, aparecen los Apóstoles «como vivos», y los frailes abajo regodeándose «pintados».

(2) La cabeza de la Virgen, siendo muy hermosa, corresponde proporcionadamente á la edad de Cristo, que está á su lado; cosa en que yerran muchísimos pintores que, pintando á Cristo en la edad perfecta, pintan niña á su Madre.—L. c.

como un idólatra de este pintor. «No hay palabras para describir la gracia de la Santa Virgen; su semblante es más que humano»; expresiones más propias de un teólogo dilettante y que son las menos apropiadas para este cuadro. La observación de que Rafael es tan excelente en el dibujo como en el colorido parece como dirigida á los pintores de su propia tendencia, que consideraban al de Urbino como eminente en el dibujo. Y precisamente la Perla tiene las negras sombras y la fría suavidad de Julio Romano. Dice también que nada había en España digno de ponerse al lado de ella hasta entonces; y, sin embargo, allí está la Madonna con el pez, descrita por él mismo, obra de primer orden y característica.

Pero hay razones más concretas que dan mucho en que pensar. En la cubierta, el entusiasta amigo de Velázquez ha incluido todos los títulos y honores de éste encima de la Cruz de Santiago. Ahora bien: ya hemos demostrado que el 26 de Febrero de 1639 habían terminado las discusiones del Consejo de la Orden sobre las pruebas de linaje con un pronunciamiento favorable; de suerte que la entrega del *hábito* no tuvo lugar hasta el 26 de Noviembre del mismo año, previa la dispensa papal y la declaración de *hidalguía* por el Soberano. ¿Es creíble que el *pretendiente*, mientras la información estaba en curso, pusiera el título que aun no poseía en un impreso de 1698, debajo de su nombre?

En la lista de sus títulos no se olvidaron ni aquellos más modestos que desempeñó al principio de su servicio en la Corte. Entre éstos se encuentra también el que se le concedió, en 1627, de *Ujier de cámara*, que cedió en 1634 á su yerno J. B. del Mazo. ¿Pudo él añadir en el año 1658 este título, que, según Flavio Atli, significaba algo más que portero y algo menos que *ayuda de cámara*?

Así, pues, no puede excusarse la sospecha de si la obrita pertenecería al número de perdidas y encontradas que fueron desenmascaradas como falsos pretendientes. ¿Cómo? Si alguien, por la indicación de Sir W. Stirling, se hubiese empe-

ñado en descubrir la mano de Velázquez en los folios del Prior, imaginando la memoria del pintor de la Descripción, y después le hubiera acometido la tentación de poner á prueba á sus paisanos eruditos. La preparación de un manuscrito antiguo, por medio de un poco de papel antiguo auténtico, y los restos de alguna imprenta antigua, no es ya un milagro ni brujería, dados los conocimientos actuales en la técnica de las antigüedades artificiales. No era sagaz atribuir la publicación de la Memoria á su mismo autor, pues ¿cómo hubiera podido desaparecer de la memoria de las gentes la obra de un hombre de su fama y de su posición? Por esto se le ocurrió al supuesto descubridor atribuir la impresión á otra persona y suponerla en Roma, en casa de Ludovico Grignano, con lo cual se ahorra tener que insertar el texto de la censura de Madrid. La persona del editor Alfaro proporcionó el minucioso epitafio que él y su hermano pusieron dos años más tarde al venerado maestro: en vez de *Posteritati sacrum*, en el estilo lapidario allí, aparece aquí con amplitud moderna: *ofrece, dedica y consagra á la posteridad*.

El Sr. Adolfo de Castro no nos ha revelado dónde halló este único ejemplar, en qué inaccesible biblioteca pudo ocultarse un libro en cuya primera página aparece el nombre de Velázquez. El feliz descubridor había ya atraído la atención sobre sí con motivo del hallazgo de un escrito de Cervantes, el *Buscapié*. Hallábase éste en un manuscrito cuya genealogía trató de probar hasta el año 1606. El *Buscapié*, como en efecto se deduce de la lectura de la obra de Tiknor (*History of Spanish Literature*, III, 404 y sigs.) es una mixtificación.

El que las tan alabadas veinticuatro descripciones no sean un plagio de la Memoria, sino el trabajo original del Doctor de las Sagradas Escrituras de San Lorenzo, no excluye que utilizase términos y expresiones que debiera á Velázquez en sus conversaciones con éste durante su estancia en el Monasterio con motivo de la instalación de los cuadros. Este ingenioso Doctor de El Escorial había tenido frecuentes ocasiones

de acompañar, oír é interrogar á muchos visitantes versados en artes; así fluye de él, como de los inteligentes castellanos, todo lo que en aquél se sabía y decía sobre estas cosas: llegaban á ser inteligentes de oídas, cuando no de vista. Esta ciencia se encuentra reunida en su libro.

Huellas de tales sugerencias artísticas créense reconocer concretamente en la descripción del Lavatorio de Tintoretto de San Marcola de Venecia. Este artículo, el más largo de todos, es también el más animado: en él parece que habla Velázquez (I, pág. 275). Sabemos que el gran maestro se excedió allí á sí mismo. «La facilidad y *gala* desconcertarían al pintor *más despejado y práctico.*» La perspectiva del recinto es tan profunda y tan propia por la representación del *aire ambiente*, que se cree poder andar por el cuadro. «Toda otra obra parece, ante ésta, pintura; esta sola es verdad.» Son éstas palabras que parecen expresar el propio ideal del pintor. Pero es singular que el *non plus ultra* «sigue en segundo término, pero no inferior, la Perla de Rafael», fuera tan fácil de copiar. El autor vió en Venecia una copia que se confundía con el original. En general, es un especial conocedor de Tintoretto. La Asunta de Annibal Caraccio afirma tiene en el color gran semejanza con Tintoretto.

Se ha querido descubrir que la *discordancia* entre los supuestos plagios hechos á Velázquez y las numerosas descripciones del padre es extraordinaria. En aquéllas ve Adolfo de Castro un gran esfuerzo de ingenio y de elocuencia, al cual es extraño el padre y desaparecen en su trabajo original. Al lado de aquel laconismo de su estilo, rico de pensamiento gráfico y lleno de brío, parece éste «difuso y lánguido». Esta descripción es un tanto exagerada. Ciertamente que, por necesidad, la manera de escribir de un fraile y teólogo, educado en sus colegios y seminarios, debía diferir en cuanto á la forma y el fondo de la de un pintor cortesano; pero una mirada sin prejuicios no hallará este grado de diferencia. Las descripciones que Fray Francisco añadió en las posteriores reimpressiones de su

libro son, sin duda, más detalladas; pudo corregirlas con toda calma, pues tuvo durante largos años los cuadros á su vista diariamente, mientras que las primeras fueron redactadas con precipitación, á raíz de la colocación de los lienzos. También aparecen en la primera edición descripciones que no corresponden á los 41 cuadros, pero que están redactadas con la misma brevedad y viveza.

Todo el mundo puede apreciar que las expresiones técnicas en los artículos de ambos autores son las mismas. Encontramos las observaciones del padre idénticas ó semejantes, en cuanto á la descripción de la belleza ideal de las cabezas de Cristo y María: expresión, composición y distribución; el mismo elogio de los paisajes del fondo, las mismas frases técnicas «en la mejor manera del Maestro», con la mayor frecuencia el elogio hiperbólico tan característico en favor del «Patriarca del naturalismo español», se refiere á su engañosa verdad naturalista. Las figuras «no parecen pintadas, sino la verdad misma»; se pueden coger con las manos, *abrazar*; se oye el murmullo de las aguas; en resumen, «apenas hay diferencia entre lo vivo y lo pintado».

A veces también recurre á expresiones propias y realmente discretas. En vez de disposición y perspectiva, dice *el arte de los términos y distancias* (pág. 53); llama á la resolución y separación de los términos del fondo *desahogo* (págs. 62, 65); á una bien movida composición, *de mucha introducción, ruido, posiciones y movimiento*; al buen agrupamiento, *consonancia*; á una mímica afortunada, *movimiento muy del caso*; las cabezas, llenas de expresión, *hablan y respiran, tienen alma*; á los colores armónicos: *admirable diferencia en las tintas, elección del colorido*; de la figura del Salvador en el Centurión de Paolo, dice: *la planta de airoso y grave movimiento* (pág. 61). Con frecuencia se nota también profana inseguridad en el uso de los términos técnicos. Por ejemplo, contra el uso admitido, emplea la palabra colorido, por lo menos cinco veces, en lugar de *colores*: *son muy lindos coloridos*, ó llama *caprichos* á la

ejecución. También en Cervantes y Quevedo encontramos *brutescos* en vez de *grotescos*.

Sólo *una* noticia, por cierto histórica, contiene la Memoria que falta en la obra de los Santos; el autor estaba en este punto bien informado. Dícese que los Doce Césares de Tiziano y el retrato de Carlos V con el perro proceden de la almoneda de Carlos I. No conozco la fuente de esta indicación; hasta es contraria á lo que enseña el Catálogo del Museo del Prado, tan bien informado en estos asuntos. Pero su verdad está demostrada. El retrato aparece en el inventario de Felipe II, falta en el de 1636, y vuelve á aparecer en el de 1665. En cambio, en la galería de Carlos I, en Londres, se encuentra descrito un cuadro semejante con la advertencia de que lo llevó el rey de España (1); así, pues, debió ser regalado por Felipe IV al príncipe de Gales, en 1623. En el catálogo de los que Cárdenas compró en Londres falta.

El biógrafo madrileño A. de Beruete (pág. 175) está conforme con las anteriores deducciones, y, por efecto de sus indicaciones, Villaamil ha impugnado en sus anales la autenticidad de la Memoria. Posteriormente, Menéndez y Pelayo se adhirió también á esta manera de pensar, aunque sin creer que la falsificación provenga del honorable Adolfo de Castro. Según él, tanto el papel como la impresión son del siglo XVIII, en que tales mixtificaciones eran muy corrientes y alguien pudo (quizá el conde Saceda) que la aparición de la obra de Palomino (1724), en donde se menciona por primera vez la Memoria de Velázquez, concebir tal intento. Me uniría gustoso á tal hipótesis del erudito literato, si el anterior descubrimiento del *Buscapié*, de Cervantes, y el secreto del lugar donde se halló la Memoria, no suministrasen indicios vehementes contra el descubridor.

---

(1) Item: The Emperor Charles V, brought by the king from Spain, being dowe at length, with a big whith Irish dogin a curved gilded frame. Tritian (6 1/2'', 4'). Catál. colecc. Carlos I, pág. 86.

### LA TERCER MANERA

Cuando Velázquez reanudó en 1652 sus ocupaciones en Madrid, estaba en el dintel de la vejez. Pero á los años que aun le quedan pertenecen las más celebradas y originales de sus obras, y nadie encontrará en ellas el menor indicio de decadencia, que en los últimos trabajos de un Tiziano, un Franz Hals ó un Rembrandt no pueden ocultarse. En esta época de la vida suelen decrecer la potencia para el trabajo, el vuelo de la fantasía y la receptividad ó facultad asimilativa; pero la suma de experiencia, observación y práctica adquiridas da una indiscutible seguridad aun sobre la juventud, que no siempre es pródiga en facilidad, elegancia é ingenio.

El «tercer» estilo, al cual casi siempre se refieren los que hablan de Velázquez, corresponde á sus últimos diez años. Su característica está en el abocetamiento, llamado en Italia *bravura di tocco* y en España pintura de *borrones* (palabra que significa también mancha de tinta y defecto); el toque suelto con trazos sin fundir, *tachones* ó *chafarrinadas*, *manchado*. «Sus pinceladas pueden contarse... en semejante caos sólo de lejos toman relieve las formas y los objetos.» Este género descrito aquí un tanto exageradamente, nadie le ha cultivado con más genio, juicio y gusto que Velázquez; en este punto le han tributado su admiración siempre pintores de todas las confesiones. Ya Quevedo en la conocida *Silva* citada alaba sus *manchas distantes*. El panegirista de los pintores venecianos, Marco Baschini, un idólatra de Tintoretto, encuentra en este pintor la pura cepa veneciana, y Richardson *la grande variété des teintes couchées séparément sans être noyées ensemble*. También el *Abrégé* de la Galería de Dresde (1) conocía ya este *touche fière*, y Rafael Mengs admiraba su manera de pintar *con risoluzione e per così dire con disprezzo* (*Disprezzatura* atribuye

(1) LEHNINGER: *Abrégé der Dresdener. Galerie*, 1782, pág. 215.



Lodovico Dolce al colorido de Tiziano). «Donde otro sólo creería haber empezado—dice Charles Blanc—quizá demasiado ingenioso, Velázquez considera que ha dado la última mano; apenas ha desflorado la naturaleza *effleuré*, se apodera de ella, la posee, la representa, y al representarla, la infunde una segunda vida.»

Se cree que esta clase de pintura estriba en el carácter español. Velázquez no la inventó, por cierto. El Greco fué quien sorprendió por primera vez con sus *borrones* tomados del Tiziano á los hasta entonces pedantescamente detallistas pintores españoles. El libro de Pacheco pone de manifiesto su irresistible impresión sobre la juventud y el desconcierto en que puso á los hombres de la vieja escuela. Su pincel tiene algo de caballeresco; ensalzaba el menosprecio de las artes manuales, en lo que los nietos de los godos estaban de acuerdo con los árabes, y que aun hoy consideran el trabajo como algo que rebaja. «Impaciencia» es, según un ingenioso escritor de aquel tiempo, el defecto de su nación, así como la paciencia es la cualidad de los holandeses. Estos acaban con las cosas, mientras que las cosas acaban con aquéllos. Luchan hasta vencer la dificultad; pero una vez satisfechos con su victoria, no saben darla remate: demuestran que pueden, pero no quieren (1).

El arte de Velázquez tiene aire aristocrático, que se explica hasta por su carácter de cortesano: la necesidad de almacenar le faltaba por completo; el deseo de vender sus cuadros, y con ello la tendencia de encontrar siempre nuevos atractivos para la muchedumbre.

La era del *diseñismo* español empieza en el siglo de Lope y Calderón, que un crítico del XVIII llamaba «un siglo y una corte de improvisadores» (2). Un momento antes reinaba la manera minuciosa y detallista, el procedimiento fino y lamido.

---

(1) BALTASAR GRACIÁN: Oráculo Manual, 242. Impaciencia de ánimo. Tacha de españoles.

(2) CEAN BERMÚDEZ: Diccionario, IV, 903.

Lo quiere la ley de la moda. Pantoja de la Cruz, con sus pasmosos cuadros de ropaje, precedió á Velázquez en su empleo, y su maestro fué el más grande pedante en los anales del arte pictórico español. Una generación después aparece la escuela de Madrid, en que una serie de incuestionables talentos coloristas, como Cerezo, Muñoz, Herrera el joven, inundan á España de iglesias y palacios de alegres colores, deslumbrantes improvisaciones en que ya se advierten síntomas del próximo agotamiento de la pintura nacional. Del más talentado quizá, de Francisco Rizi, son las frívolas palabras: «Un pintor ligero no puede perecer» (1).

Mas el relato de las transformaciones no es una explicación, no es una historia; es imposible abordar las cuestiones que Velázquez suscita en su última manera. Pues su natural no era nada dispuesto en esta dirección, como por ejemplo Tintoretto y el mismo Tiziano, que afirmaron su larga y gloriosa carrera con el horror á la *maniera secca, cruda e stentata*. Velázquez hasta los treinta años pintaba sus asuntos con figuras de contornos acentuados, recortados con perfecto modelado y accesorios minuciosos y mortnaturistas. Entonces (si bien en cierto modo en todo tiempo) la terminación de una obra era para él distintivo de la obra de arte (sólo el falso artista piensa de otro modo), y no entró nunca en su manera de pensar el contentarse después de asegurar el fondo del asunto, contentarse con vagas indicaciones respecto de lo demás. Y este era también el sentido de la estética española de aquel tiempo. «Nunca permitir, á medio hacer las cosas (dice Baltasar Gracián), gozarse en su perfección... El objeto grande antes de ser todo es nada. Guárdese el maestro de mostrar su obra en embrión» (2).

Pudo durante largo tiempo ante los venecianos del Palacio

(1) Decía que tanto importaba saber pintar como el saber ganar de comer, porque el pintor largo no pereziera. PALOMINO, II, 411.

(2) BALTASAR GRACIÁN, l. c., 231.

Real estudiar y tratar de imitar su horror al contorno, sin su *morbidezza*. Como ellos, nunca hizo dibujo, sino tal vez por comodidad desde luego trazó las figuras con el pincel sobre la tela. Sólo Italia debió ejercer en él un especial influjo; Venecia debió producirle la impresión de que sus pobladores se habían quedado atrasados en un siglo. Desde entonces declara solemnemente á Tiziano y Tintoretto de los suyos. Sin embargo, la *pintura aborronada* no fué en él nunca una firma convencional obligada. Fué siempre *poco piú e poco meno*, lo que pedían las circunstancias. Así, por ejemplo, en sus *Draperie* estudió y modeló sus figuras más ligeras cuidadosamente, aun en aquellas tintas más fluidas que permiten un procedimiento ligero y como á la aguada. Los *borrones* sólo producían buen contraste con aquellas superficies bien afirmadas en las cuales parecían como arrojados á brochazos.

El efecto plástico fué siempre uno de los puntos á que consagró especial cuidado. Difícilmente podría considerársele como el campeón de una doctrina que despreciase el modelado y redujese la pintura á un mosaico de crudos colores, que redujese sus medios de representación á un *mínimum* y que pusiese al espectador en la extraña situación de adivinar por los defectos de ejecución lo que en otras partes no hace falta más que ver.

La flemática sangre fría de su temperamento, rayana en el escepticismo, se revela en los *pentimenti* que hallamos hasta en sus cuadros de la última época (pág. II y sig.). También aquí se debe recordar una sentencia del oráculo tantas veces citado: las obras de la naturaleza tienen un punto de perfección del cual descienden; entre las obras de arte pocas hay que no sean susceptibles de mejora (39).

Diferentes causas le impulsaron en esta dirección. La presbicie que en el ojo normal se presenta á los cincuenta años le hizo pintar á cierta distancia, obligándole á hacer síntesis sumarias por grandes rasgos y manchas, como si renunciase al efecto definitivo, lo que hacía su pintura apreciable sólo de le-

jos (1). En gran parte influyó la escasez de tiempo por su empleo palatino, envidiado de tantos. También los asuntos que trataba y el concepto que allí se tenía de ellos jugó un papel importante; por ejemplo, cuando su señor le encargaba retratos de bufones y pícaros, los cuales eran con frecuencia admirados como muestras de este estilo. Bajo la impresión de estos trabajos ligeros (*lienzos de mera decoración*), buenos para la ornamentación de las escaleras de Palacio ó para los palacetes de caza, ha llamado un español á Velázquez «el primer pintor escenógrafo de su época». «Su estilo, dice el citado autor, es el más atrevido y temerario en hecho de licencia que se puede permitir un artista seguro de su genio, y que estaba cierto de su triunfo ciego é irreflexivo» (2). Pero el procedimiento abocetado no rebaja á un cuadro á la categoría de decoración cuando, según sus propias leyes, expresa la vida y el carácter y posee corporalidad y consistencia.

Con igual inexactitud ha sido conceptuado Velázquez como un virtuoso (3). A no ser que se llame virtuosidad á la destreza y elegancia en la ejecución y al gusto particular por acumular dificultades técnicas. Con más razón se llamaría virtuosos á muchos otros grandes artistas en los cuales el asunto sólo era un pretexto para presentar el motivo principal en variaciones más ó menos nuevas. En este sentido, virtuoso sería todo lo contrario del verdadero artista. Velázquez ha adecua-

---

(1) Desde entonces debió de servirse de largos pinceles aplastados, de cerda, de los cuales habla Palomino; en efecto, en sus retratos (por ejemplo, las Meninas) usaba pinceles cortos y redondos. Pero aquí ante los reyes había desistido de las grandes superficies y trabajaba con toques de detalle.

(2) V. était le premier peintre de théâtre de son siècle... C'est tout ce que peut s'arroger, en fait de licence hardie, un artiste confiant de son génie, et sûr du succès aveugle et irréfléchi réservé à l'œuvre de ses pinceaux... Toutes ces œuvres, exécutées entre les années 1652 y 60, sont purement et simplement des ébauches. P. DE MADRAZO: *L'Art*, 1878, IV, y en las *Joyas*.

(3) Kölnische Zeitung, 8 Febrero 1874.

do siempre su procedimiento al asunto y desdeñó de repetir muchos de los asuntos que más gustaron, contra los usos generales de los demás artistas.

Igualmente sería extraña idea considerar esta última manera como algo imaginado ó pensado según principios, como un especial estilo, como el estilo pictórico por excelencia, según la opinión del maestro. ¡Como si empezase aquí, en el dintel de la vejez, el verdadero Velázquez; como si hubiese que tener en menos sus creaciones de la juventud, trabajadas en plena potencia y en toda su agudeza de observación! ¿Cómo ha de subordinarse la categoría artística de las obras á procedimientos que dependen más de la casualidad ó de las circunstancias que de la invención ó del asunto? El Baco, por ejemplo, es una de sus obras mejor dibujadas, en muchos puntos insuperable; un perspicaz aficionado me confesaba que en Nápoles, en otro tiempo, delante de una pareja de esta obra apareció ante él por primera vez el espíritu del pintor español.

El genial artista sabe también sacar partido especial hasta de las dificultades y apuros. Se puede también creer de un Velázquez que sabía encontrar bellezas especiales que favorecía el procedimiento abreviado.

A menudo el maestro obtiene con pocas pinceladas lo que el oficial con infinita labor no puede conseguir.

Conoció el raro arte de «conservar sus bosquejos», ó sea la primera concepción determinante y viva fijada en el diseño hasta terminar la ejecución fragmentaria y penosa, sin perjuicio de la idea principal. Lo que al profano le parece lo más fácil, es, en realidad, lo más difícil, como decía Lemoine, según Diderot: *Qu'il fallait trente années de métier pour savoir conserver son esquisse.*

Para expresarnos de otra manera, pintaba con espíritu. ¿Qué es espíritu en la pintura? A menudo carecen de espíritu los que le tienen en las palabras y en las ideas, pero que se sirven de las cosas visibles sólo como lenguaje para simbolizar en él las ideas, por agradables que parezcan, los alegóricos,

satíricos y pintores de programa (1). «No te fíes, dice Diderot (2), de los que tienen su saco lleno de ingenio, y lo van esparciendo por todas partes. Estos no tienen el demonio en el cuerpo.» Rembrandt, Correggio, Tiziano, Murillo, fueron pintores espirituales, no porque hayan tenido ocurrencias ingeniosas ó porque hayan pintado asuntos literarios, materia de declamación ó de discurso, sino porque tenían el espíritu en los ojos y en los dedos. Espíritu es expresión característica, sorprendente, ante la cual los mismos maestros confiesan que á ellos no se les hubiera ocurrido; aquellos que ven lo que otros no ven, y respecto de los cuales no se puede predecir cómo tratarán un asunto, y que, como dice Kant, hacen cosas que no se pueden sujetar á reglas.

La escasez de tiempo le llevó á imaginar este lacónico procedimiento característico con el cual actualizaba sus intenciones, con los medios más estrictos, en un solo trazo y hasta los últimos detalles. De aquí esa desconcertante amplitud, esa infalible seguridad, pues trabajaba previniendo la impresión total; de aquí la imposibilidad de juzgar las manipulaciones inspiradas en el calor de la lucha por la inspiración óptica del momento. Especialmente la maestría completamente nueva con que pintaba el juego de la luz sobre las ropas, y el reflejo y el brillo de las superficies (3), nos hace creer que se dió perfecta cuenta de la utilidad del procedimiento, no fundido para ciertos casos.

Sabido es que ciertas apariciones se hacen más palpables y persuasivas cuando se encomienda la mezcla de los colores y pinceladas á la retina del observador. Un fisiólogo nos enseñaba cómo el paso entre la visión de los puntos y líneas sueltas y los unidos en el *sfumatto*, en un tono completamente

(1) D'ARNOLD: Auleitung zur Kunztkennerschaft, Hannover, 1834, 68.

(2) Salón; refiriéndose á VAN LOO.

(3) DAVID WILKIE fué el primero que notó este detalle. Murillo being all softness, while V. is all *sparkle and vivacity*. Carta de 12 de Noviembre de 1827. Vida de Cuningham de Wilkie.

igual, y la incertidumbre que como consecuencia se produce, hace retroceder la impresión del plano formando el relieve (1). Y el pintor John Burnet demuestra que nada sería aquí peor aplicado que aquella degradación fundida, que se obtiene, por ejemplo, por medio de un baño de laques. Ningún pintor hizo menos uso de tales nociones acomodaticias que Velázquez. Antes bien, siembra las superficies que ha modelado y como fundido con pinceladas sueltas y, por decirlo así, flotantes, como hacía también el Greco y Franz Hals, y que las llamaba su rúbrica. También se obtiene por estos medios la ilusión de las vistas estereoscópicas. A veces se nota un doble contorno paralelo que corre por todo el borde de la figura. Y en ciertas partes movidas como las manos, se puede tomar este contorno vacilante como una contrafigura fuera de su sitio. Por tales medios conseguía que sus figuras no sólo se destacasen, sino que se moviesen, se volviesen. Parece como si se vieran al través de la superficie. Recuerdan los relojes de cristal con que comparaba Goethe los caracteres de Shakespeare.

## LA TÉCNICA

La técnica de Velázquez es tenida por los mismos pintores (2) por insondable, por cosa de magia. Su secreto estriba ante todo en la finura de su vista y en la puntual obediencia de los hábiles dedos (3).

Los grandes pintores del siglo anterior, Juan van Eyck y los italianos de la Edad de Oro, así como los coloristas holandeses del siglo xvii, habían poseído una técnica sólida cerrada

(1) E. Brücke: *La fisiología de los colores*, 285.

(2) W. BURGER exclamaba: Cet artiste est une fée qui évoque toutes les apparitions instantanément en aparence, mais après de mystérieuses conjurations dont personne n'a le secret.

(3) For handling, no one surpasses him. WILKIE, Th. Phillipps, 14 Febr.-1828.

á las variaciones y á la disolución. Los primeros que faltaron en esto fueron grandezas secundarias, también en asuntos de mayor trascendencia.

Todo nos induce á creer que Velázquez concedió gran importancia á la imprimación, exigiendo ó cuidando que fuese lo más absorbida posible por la tela. Cuando Palomino dice que cuanto más delicada es la imprimación, cuanto mejor se ve el tejido de la tela, tanto más seguro, firme y duradero es el cuadro (Museo, II, 31), parece basarse en la tradición del maestro, pues otros pintores españoles, como Murillo y Ribera, preferían imprimaciones pastosas, este último en perjuicio de sus cuadros. Muchos cuadros de Velázquez, entre ellos los más admirados, sorprenden por la delgadez de la capa de color. La inalterabilidad y resistencia de ésta parece relacionada con dicha circunstancia.

Otra de las causas de su duración es el evitar que la primera capa de color fuese oscura (especialmente con ocre), que á menudo, cuando sobreviene el desecamiento de los colores puestos encima, se manifiesta de tan desagradable manera. Sólo en los primeros cuadros aparecen algunas superficies anchas, apagadas y rojo-oscuro, que deterioran las demás capas. Después se sirvió de un fondo gris claro ó blanquecino, al cual debieron los antiguos holandeses su fuerza luminosa. Sobre este fondo claro trazaba el contorno en los bocetos con lápiz (por ejemplo, el de las Meninas), pero ordinariamente con el pincel impregnado de color pardo. Las sombras ó el fondo oscuro de los retratos eran empapados, si acaso, con pardo. En algunos cuadros, la mayor parte sin acabar, se ha dejado este tono pardo caliente y translúcido en el lado oscuro del fondo y en el escorzo de la cara. En la disposición gradual de los colores parece haberse atendido á la tradición, si bien simplificándola cada vez más. Se solía disponer el *bosquejo* con medios tonos claros, amarillos ó pardos, finos y ampliamente en forma de mosaico; el color fundamental en tono débil, como indicado ligeramente. Las partes destinadas al primer término se acen-



tuaban á menudo con blanco negro y el color de la imprimación. Después se empezaba á *retocar*, *acabar*, empastando absoluta y resistentemente las grandes superficies de los paños ó de la carne, sin consideración á los matices de la luz. Después se añadían las medias tintas del modelado.

Por último, se procedía á dar corporeidad á algunos puntos para producir luces y brillo; con frecuencia se acentuaban con laques los colores de los paños, dando redondez por retoques oscuros y relieve por sombras fuertes en los bordes.

Como en el bosquejo, era en el colorido la economía regla. Trataba de hacer todos los matices necesarios con la menor cantidad de colores ó mezcla de colores posible. Este procedimiento fué de felicísimo resultado para sus obras. Los colores no están ni rotos ni sobados ú oscurecidos, lo que hace que en otros pintores resulten atormentados. En la reducida paleta que utilizó en las *Meninas* cuéntase el cinabrio, el blanco, *terra de Sevilla*, carmín y tres ó cuatro tonos oscuros; el azul y el amarillo faltan (1).

Por lo tanto, la magia que en nuestros días ejercen estos cien retratos antiguos no debe su valor ni su forma al método ó procedimiento secreto. Su causa última y honda está en la sinceridad y lealtad del hombre, el cual prescindía de todo lo que, por otra parte, puede seducir á la vanidad humana y artística, sin tampoco sujetarse á los modelos célebres de otros pintores; así poseía, como decía Mengs, el grande y ferviente imitador, solamente la ambición de la «Imitación de la Naturaleza». Por este camino llegó á la manera que tanto cautiva á los modernos. Produce excitación en los hombres del oficio, se la llama *amusant*; *sprezzatura* parece superioridad, halaga la vanidad; la facilidad es el sello de la maestría; el abocetamiento parece prodigalidad, cosa que agrada al filisteo.

Pero los que le imitan no siguen su camino. Toman sólo lo que para él era medio por médula y espíritu de su pintura,

(1) A. DE BERUETE: *Vel.*, pág. 168.

E. M.—*Mayo 1908.*

cuando lo hacen con brutal amplitud, feroces pinceladas, sin acabarlo, en tono gris y cruda y fría pintura grasienta en gran tamaño y con los más bajunos modelos. Han dado ocasión para que se diga que sólo saben desenterrar vieja quincallería (1). Diéronse tiempos en que todos, aun las cabezas más mecanistas, trataban de ofrecer furia y bravura. Los pobres de espíritu han tenido siempre la imaginación febril y desconcertada por genial; el genio verdadero piensa, por el contrario, que el genio equivale á paciencia. Alberto Durero y Juan van Eyck no eran menos pintores que Tintoretto y Franz Hals, aunque pintaran como los orfebres cincelan. Con sólo comprimir en la botella un poco de ácido carbónico habrá fermentación, ya sea de champagne, ya sólo un compuesto químico. En el último caso, producirá sólo un cosquilleo momentáneo y un estómago echado á perder.

El sello distintivo de Velázquez no es la *bravura di tocco*, sino la exactitud y finura del dibujo y modelado, la comprensión de la forma y contextura, la claridad y perspectiva de los espacios, la frescura y transparencia de las carnes, dulce y fluido reflejo de la luz en la oscuridad: su verdad, que es inimitable.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

---

(1) Ces critiques à courte vue acceptèrent, comme des trouvailles de génie, ces vieilleries maladroitement exhumées. JULES BRETON: *Nos peintres du siècle*, 202. Por el contrario, en los retratos de Regnault y Baudry puede notarse un influjo interesante y completamente libre de su estudio; el autor recuerda haberlos visto en la Exposición de *Portraits du siècle*, 1883.

# EL SUPPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción de

EDUARDO OVEJERO

---

## CAPÍTULO PRIMERO

—¡Buen viaje!

Ulrico lanzó esta exclamación viendo escapar la liebre, que pasó por delante de él como una centella y que corrió, con sus enhiestas orejillas inclinadas hacia atrás, por la arena de las dunas. En el mismo instante saltó otra delante de sus pies de entre los matorrales, y emprendió la fuga tras de la primera. El cazador echóse de nuevo la escopeta á la cara; pero el gatillo bajó hasta el seguro y quedóse allí como si hubiera echado raíces. Antes de apuntar de nuevo, la liebre había desaparecido tras de la próxima loma.

Ulrico examinó la vieja y oxidada escopeta pensativo. Si aquélla, según las protestas del armero de colorada nariz, era la mejor de las seis que había proporcionado á los señores bañistas aficionados al deporte, ¿cómo serían las demás? Le estaba bien empleado. Por dejarse en casa su magnífica Lefaucheux. A lo menos le había evitado la vergüenza de matar una liebre en Julio. Pero ¿qué no hará un pobre bañista sumido en el más desesperante aburrimiento durante tres largas semanas?

—¡Tenía que ayudarme á pasar la cuarta! Esta misma noche se la devuelvo. No hay duda que este chisme es más peligroso para el cazador que para la pieza. Por lo que hace á las liebres, juraría que sólo hay estas dos en toda la isla. ¡Sabe Dios cómo habrán llegado hasta aquí! Quizá en el Arca de Noé.

Cruzóse la escopeta á la espalda, miró el reloj, examinó el cielo y miró de nuevo al reloj.

—¡Hum!—murmuró.—Hubiera jurado que era más tarde. Pero no, el sol está muy alto. Y pica de firme. Creo que tendremos tormenta. Probablemente me dará tiempo para llegar á casa. Con todo, necesitaré un par de horas. ¿Por dónde iré más pronto?

La elección no era sencilla: podía tomar en tres direcciones. Delante de él, á la derecha, bastante alejadas, alzábanse las pirámides blancas de las dunas, que ahora parecían grisáceas por la posición del sol. Hasta llegar á ellas, el terreno, formado á trechos de gruesa arena y á trechos de hierba ó matorrales, era medianamente transitable; pero desde las dunas hasta la playa era preciso hacer no breve caminata por la movediza arena, y la misma playa, ahora en la marea baja, no era en verdad un cómodo paseo, hasta que allá á lo lejos, del lado del pueblo, se hacía firme y seca. A la izquierda, algo más cerca y casi detrás de él, estaba el faro, del que partía la carretera del pueblo. Luego tenía que atravesar los arrecifes con su desolado aspecto, por entre los cuales se marcaban mil huellas de pasos en la arena húmeda, y más allá de ellos se extendía la cinta ondulante del agua sobre la leve orilla arenosa. Ya recorrió otra vez este camino, jurando que sería la primera y la última. Así, pues, no quedaba más que un tercero: atravesar las dunas que se elevaban ante él con su sinuosidad, hacia la derecha, hasta salir á la playa, para seguir el resto del camino todo lo largo de las rompientes hasta su casa.

Hasta allí le quedaba buen trecho; la travesía de las dunas exigía sanos pulmones y buenas piernas. Hacía ya un rato que

se había terciado la escopeta á la espalda, con el fin de tener las manos libres y agarrarse á las hierbas con fuerza para no resbalarse en los medio escalonados taludes. Varias veces se vió obligado á renunciar abiertamente á su propósito de caminar en línea recta por respeto á alguna que otra peña que tras la cuesta que atravesaba elevábase tan á pico, que hubo de preguntarse irónicamente si los conejos, cuyos agujeros se veían á la mitad del acantilado, no necesitaban guía para ir y venir por aquel sitio.

Pero estos obstáculos le agradaban: no corta experiencia le había enseñado que la fatiga corporal era el único medio de aliviar, al menos temporalmente, el peso que oprimía su alma.

Allí, donde el médico le envió á instancias de Herta, le parecía sentir esta opresión más fuerte que nunca.

Sin embargo, los primeros días no fué así: conocía bien las playas del Báltico, las de su país; pero el mar del Norte era la primera vez que le visitaba. La melancólica soledad de las dunas; la majestad de su mar, cuya proximidad con el Océano hacía tan palpable el eterno y siempre nuevo fenómeno del flujo y reflujo; la frescura del ambiente aun en el mes de Julio; los paseos solitarios cerca de las olas, en la playa, firme y elástica á la vez, todo esto le interesó; sintióse ligero y alegre como de muchacho á los diez y seis años, cuando en las vacaciones dejaba la estrecha ciudad y la ahogada escuela para correr á la finca paterna, al lado de su familia, á hacer la vida habitual por jardines, campos y bosques.

Después, al cabo de una semana aproximadamente, la antigua dolencia apareció de nuevo, como si hubiera llegado con el paquete de ropa interior que Herta le enviaba para el caso, muy probable, de que cambiase el tiempo, exponiéndole seguramente á un reumatismo.

Pero el cambio de tiempo no sobrevino, como tampoco las demás siniestras profecías de Herta. Diariamente el sol aparecía en toda su radiante magnificencia, extendía sus fuertes

rayos por el cielo sin sombra de nubes, y descendía por fin hasta el mar como un gran disco enrojecido; diariamente podía dar sus largos paseos de un lado á otro de la isla hasta los puntos más lejanos á que podía llegarse.

¡Sus paseos solitarios!

Los cuales estaban en abierta oposición con las prescripciones del doctor Baltasar y las exhortaciones de Herta. Los primeros días recordaba aún sus palabras: «Ante todo, querido barón, esté usted siempre que pueda acompañado. Mézclese en sociedad. Hace diez años estuve yo allí. Entonces Hannover no pertenecía aún á Prusia. Entonces que no se hablase de sociedad, al menos á nosotros los burgueses, que éramos considerados sólo como bañistas de segunda clase, y entre quien no había ninguna verdadera comunicación. Pero esto no se refiere ya á usted; y desde la guerra del sesenta y seis ha mejorado todo radicalmente». Y las últimas palabras de Herta habían sido: «No busques otra vez la soledad, Ulrico, que bastante tenemos aquí. Haz amistades, si no encuentras á nadie conocido. No nos olvides. Pero bueno es que te separes alguna vez de tu mujer y de tus hijos».

Llevaba las mejores intenciones de poner en práctica el consejo de la fiel esposa; pero no pasaron de intenciones. No encontró conocidos, fuera de uno cuyo encuentro trató de evitar luego que se hubo cambiado entre ellos un fugitivo saludo. En lo cual le correspondió aquél. No fué necesario que Herta le diese calabazas doce años antes al juez suplente de Odebrecht; ya se odiaban en los bancos del colegio. Y este odio creció más tarde, cuando la circunstancia de ser paisanos les destinó en Heidelberg al mismo grupo. ¿Por qué habían de tratarse en Norderney, cuando desde que aquél ejercía las funciones de juez de primera instancia en el villorrio del puerto habían considerado su vecindad ocasional como una desgracia común? Por lo demás, el resto de los bañistas eran gente completamente extraña, que probablemente tanto se ocupaban de él como él de ellos. Sólo una vez en los primeros días estuvo á

punto de salir de su retraimiento. El director de los baños, señor de Hinze-Hinzenstein, dejó su tarjeta en su cuarto, y él correspondió, como era natural, á su atención. También le fué ocasionalmente presentada la señora de Hinze, que le obligó á asistir al café que presidía todas las tardes al terminar la comida, á los acordes de la orquesta, en el salón del balneario, detrás de la galería desde la cual dominábase el jardín del establecimiento. Aceptó la invitación, pasando en tan cortés compañía (un general retirado y dos propietarios de la Marca, con otros señores y señoras de diferentes clases, todos de la nobleza, por supuesto, con excepción de un violinista que debía tocar aquella noche, y á quien los referidos personajes miraban con desdén) una hora tan terrible, que juró no volver á poner los pies en aquella sociedad.

Para asegurar la realización de este juramento renunció á la bulliciosa mesa del establecimiento y comió desde entonces en casa de un extraño individuo, á la vez comerciante de pescado, anticuario y fondista, y que suministraba, á los pocos que podían pagar su elevada tarifa, comidas excelentes, condimentadas por él en colaboración con su esposa, y vinos selectos.

A más de esto, tuvo la precaución de no dejarse ver por la playa á la hora del paseo y no aportar por allí sino después de dar un gran rodeo por las dunas y asegurarse de que sólo encontraría algún excursionista aislado. Y ni aun así estaba tranquilo hasta que los dejaba atrás y no divisaba en toda la extensión de la playa ningún punto oscuro que delatase la presencia de un sér humano.

Entonces respiraba honda y prolongadamente, como si se librara de un gran peso, para sentir quizá en el mismo momento que la depresión de su espíritu era más fuerte que nunca.

Singular depresión que hacía largo tiempo le atormentaba, y de la cual guardábase muy mucho de quejarse, en la seguridad de no poder dar ninguna explicación sobre un esta-

do que no sabía á qué causa atribuir. No podía achacarse á ninguna causa física, de creer al doctor Baltasar, del cual se había dejado reconocer varias veces cediendo á las reiteradas súplicas de Herta, y que después de repetidas auscultaciones y percusiones declaró con la más satisfactoria sonrisa que nunca había tenido entre sus manos un hombre más saludable.

¿Ni á qué causa física ó de otra especie podía atribuir aquel humor sombrío, él que vivía sin preocupaciones de ninguna clase, fuera de los cuidados diarios inevitables á un labrador hábil y trabajador que quiere aumentar su hacienda? ¿No tenía una mujer que le amaba sobre todas las cosas, aún más que á los tres preciosos niños que le había dado, y á la cual él á su vez amaba y tenía mil motivos para amar? Si todo esto no lo hubiera pensado, lo habría oído de boca de todos, hombres y mujeres, en tres leguas á la redonda, y de hecho lo oía siempre que se presentaba la ocasión. No, no tenía motivo ninguno para su hipocondría, que él mismo execraba, y que en definitiva (pues todo en el mundo tiene su origen en alguna parte) consideraba como dolorosa herencia de su madre, muerta poco antes, cuyo rostro blanco y fino con grandes ojos melancólicos recordaba perfectamente.

Cien veces durante su permanencia en la isla habían acudido á su mente estos recuerdos, y ahora volvieron otra vez, cuando para tomar aliento de la penosa marcha sentóse á la sombra de la alta y escarpada duna á que había dado cima. Había creído que la duna en que se encontraba era la última por el lado de la playa; pero delante de él, á sus pies, extendíase una ancha vertiente, más allá de la cual elevábase una nueva cadena, que al parecer era la última. Tampoco podía estar ya muy lejos del pueblo, pues en la vertiente mencionada verdeaban, diseminadas entre los zarzales, plantaciones de patatas que no había en el resto de la cuenca dunífera. La cordillera que ante él se extendía del lado del mar era de menos elevación que la en que se encontraba, pero no tanto que se pu-



diera ver el mar. El sol, como inmensa esfera roja y opaca, pendía sobre la ondulosa línea de las dunas en la tenue bruma grisácea que cubría el horizonte. Ni el más ligero soplo de viento se agitaba; las altas gramíneas salvajes se elevaban inmóviles; respirábase penosamente un aire pesado, como en la proximidad de un horno encendido; de abajo, de los zarzales y tuberosas, subía un vapor más dulzón, que tenía algo de extrañamente letárgico. Parecía como si la Naturaleza, conteniendo el aliento, esperase algo terrible, monstruoso, que se estuviese preparando.

Ulrico experimentaba esta misma sensación. Nunca hasta entonces había sentido aquella inexplicable opresión sobre su alma tan cruelmente como en aquel momento; experimentaba entonces un verdadero dolor físico hacia el corazón, como si hubiera llegado á su paroxismo, ó fuera á sucumbir, ó á sucederle algo extraño, terrible, que le librase para siempre de sus tormentos.

Una apiñada y estridente bandada de gaviotas precipitóse por cima de él en dirección á las dunas. Algunas pasaron detrás meciéndose en perezoso vuelo. Una de ellas, cuando estaba sobre Ulrico, soltó su siniestra risa cavernosa. Levantóse éste bruscamente y descendió la rápida cuesta, no porque se atemorizase ante la tormenta que se venía encima, sino por huir de sí propio y de la loca angustia que oprimía su corazón.

## CAPÍTULO II

Pronto atravesó la ancha pendiente. En las dunas á que ahora llegaba abríase una estrecho desfiladero que se ensanchaba poco á poco, y que, como él había supuesto, conducía inmediatamente á la playa. A la derecha, saliendo del desfiladero, y algo más arriba de donde él se encontraba, sobre un pico saliente de la duna, vió á una dama que, con el álbum sobre sus rodillas, parecía dibujar ó pintar. Echó una rápida

ojeada sobre ella, que, inclinada sobre su trabajo, no era fácil que le viese ni que oyese su rápido paso apagado por la arena. Ulrico, después de avanzar unos doce pasos, detúvose estremecido. Cuando dos horas antes inspeccionó el mar por última vez, se ofreció á su vista un cielo azul intenso y el sol centelleando en las ondas. En aquel momento yacía el mar completamente inmóvil, como cubierto por una capa de plomo, de modo que en la playa las dunas apenas formaban unas cuantas líneas blanquecinas, á pesar de que, según su cuenta, la marea debía haber empezado ya. El mar, en una extensión de unos mil pasos, parecía completamente libre; después cubríase de una niebla blanquecina, sobre la cual se elevaba en el horizonte á media altura, de Nordeste á Sudeste, una compacta masa de nubes de un negro azulado, sobre cuya inquietante plataforma cerníase el sol, no ya sangriento como antes, sino amarillo, pálido y sin brillo, como un espectro.

Ulrico no había tenido que soportar en Nordeney una sola hora de mal tiempo, y mucho menos un temporal; pero presencié más de uno en la costa de su país, y no dudó un momento que se preparaba una tormenta, y con mucha prisa, á causa de la acumulación de electricidad durante algunas semanas. De la misma opinión debían ser centenares de bañistas que solían llenar á aquellas horas la playa y los alrededores del pueblo, y de los cuales apenas se podían contar aquel día unas cuantas docenas, que con todo el apresuramiento posible trataban de ponerse al abrigo de los edificios.

Estaba pensando seguir su ejemplo y había ya dado el primer paso, cuando miró en torno suyo. La dama seguía aún sentada en el mismo sitio, mirando no al álbum, sino al mar, para volver al instante á inclinar la cabeza y seguir trabajando con ardor.

—No sospecha lo más mínimo que dentro de diez minutos se va á poner como una sopa—murmuró para sí.

No había tenido tiempo, al pasar, de ver su rostro inclinado bajo el ancho sombrero de paja, y ahora, al levantar ella

los ojos, fué un movimiento tan rápido y la distancia tan grande, que no pudo distinguir si la dama era bonita ó fea, joven ó vieja. Por lo demás, esta cuestión le era indiferente.

Retrocedió con rapidez. Esta vez debió oírle ó verle, pues al acercarse clavó la vista en él con interrogadora expresión de extrañeza.

—Me pone en curiosidad—dijo ella entre sí.

Por fin llegó Ulrico ante ella con el sombrero en la mano; con su bien proporcionada figura de hombre, aún en la primera juventud; con su correcto y simpático rostro encuadrado en una barba oscura y bien cortada. La mitad superior de la frente destacábase por su rara blancura del resto profundamente moreno de la piel. El sencillo traje medio de caza no estaba exento de cierta elegancia, y la mirada de expresión respetuosa que sobre Eleonora fijó con sus grandes y serios ojos azules bastó para tranquilizar á ésta por completo. Sólo restaba averiguar qué es lo que el caballero deseaba de ella.

Ulrico no la dejó mucho tiempo en la incertidumbre.

—Perdone usted si la molesto, señorita—dijo:—no puedo verla á usted sentada aquí tan tranquila, estando como estamos amenazados de un gran temporal, que estallará, por las trazas, dentro de muy pocos instantes.

—¿Cree usted que es tiempo de volver á casa?

—Efectivamente lo creo así, y me atrevo á aconsejarle que no pierda un momento.

—Muchas gracias, caballero.

Eleonora se levantó y guardó las hojas en el álbum y los utensilios de pintar en la caja, lo cual hizo después asimismo con el álbum. El saliente que le servía de asiento elevábase á pico unos cuantos pies sobre el sitio en que se encontraba Ulrico. Este ofrecióle la mano, que ella aceptó con naturalidad, con una ligera inclinación, para descender más fácilmente.

—Doy á usted nuevamente las gracias—dijo.

—No hay por qué—contestó Ulrico.—Sería para mí un placer que llegase usted á su casa sin mojarse.

Una fugaz sonrisa, que dejó por un instante al descubierto su blanca dentadura, plegó los labios de Eleonora.

—Lo mismo deseo á usted.

—En cuanto á mí, nada importa: estoy habituado al viento y al agua.

—No dejo de estarlo yo tampoco.

—Tanto mejor. Dios mío, ¡qué hermoso es esto!

Dijo estas palabras después de haber bajado ambos la duna, deteniéndose de pronto y señalando al mar con la mano derecha, que le quedaba libre.

—Espantosamente hermoso—agregó Ulrico.—Comprendo que este espectáculo cautive á una artista.

—No soy artista; nada más que una humilde *dilettante*.

—Sospecho que las hojas de ese álbum demostrarían lo contrario.

—¿Acaso es usted artista?

—Desgraciadamente, no; un sencillo labrador: Ulrico Randow.

—Yo soy la señorita Eleonora Ritter.

Ulrico se había dirigido hasta entonces á la dama llamándola señorita, no al acaso, sino porque hubiera jurado al ver su rostro (por fugitiva que fuese la impresión) que no estaba casada. Agradóle, por lo mismo, que al presentarse ella misma previniese una posible equivocación. Esta franqueza cuadraba perfectamente con su porte, que nada tenía de afectado. Ulrico, penetrado de este agradable sentimiento, dijo, cuando después de esta mutua presentación se pusieron otra vez en camino:

—Debería en realidad pedirla á usted permiso para seguir acompañándola; pero no sé verdaderamente qué otro camino tomar. ¿Quiere usted que le lleve el álbum?

—Muchísimas gracias; tiene usted bastante con la escopeta.

—No me molesta.

—A mí tampoco me molesta el álbum. ¿Voy bastante de prisa?

—Ya quisiera yo que todas nuestras damas caminasen como usted.

No era en verdad un mero cumplimiento. En tanto que él, con sus botas de cazador, se hundía hasta el tobillo en la suelta y profunda arena de la playa, próxima todavía á las dunas, ella se deslizaba ligera con su elástico paso, en perfecta armonía con su figura regular y esbelta. El sencillo vestido gris claro, alto hasta el nacimiento del cabello, dejaba adivinar por los bordes vueltos del corpiño á la moda, en cuyos bolsillos introducía las manos sin guantes, un delicado busto. Llevaba el oscuro pelo recogido con un sencillo nudo en la nuca. Ahora que estaba á su lado podía contemplar el perfil de su rostro, cuya nariz correcta agitaba sus finas alas en una encantadora palpitación, mientras sus negras cejas jugaban expresivamente. Del color de los ojos no estaba seguro Ulrico; ¿eran azules ó grises? En todo caso, eran de un tamaño no común, y su mirada, á pesar de su dulzura extraordinariamente franca á la vez que candorosa y firme, parecía suponer el respeto de los que la miraban más bien que pedirlo.

Eran éstas fugaces observaciones que él mismo se maravillaba de poder hacer en vista del temible espectáculo que ofrecían el cielo y la mar. La sutil y blanquecina niebla de poco antes habíase espesado y descendía de modo que sobre la extensa playa sólo se divisaba la estrecha línea de las aguas tranquilas y grisáceas; la masa de nubes del horizonte, antes de un negro azulado, parecía ahora completamente negra, ocultando tras de sí el pálido espectro del sol como si hubiera empezado una noche eterna. El aire era apenas respirable; sobre la frente de Ulrico brillaban gotas de sudor; miraba con angustia el rostro de su compañera, que le parecía en aquella luz gris extrañamente pálido, pero sin la menor señal de la inquietud nerviosa de que él se sentía poseído. Por el contrario: sus grandes ojos, desmesuradamente abiertos, se fijaban como con avidez en el imponente espectáculo que la naturaleza ofrecía;

los entreabiertos labios, su nariz agitada, su pecho palpitante, parecían desafiar un enemigo invisible.

—¡Qué hermosa criatura!—pensó Ulrico.

De la movediza arena habían pasado al suelo firme de la playa, é involuntariamente se detuvieron, la joven subyugada por el aspecto de la naturaleza, él abandonándose á la contemplación de Eleonora. Y por fin, como buscando la confirmación de lo que ella misma sentía, volvió sus ojos á él, y por primera vez se cruzaron sus miradas, descansando la una en la otra. Fué un momento. Un segundo después estalló un trueno, cuyo estruendo parecía el disparo de cien cañones á un tiempo; el trueno del huracán, que rozando la superficie del mar encontró en las dunas, como primer punto de resistencia, la terrible voz que correspondía á su furor. Los dos retrocedieron, vacilando, unos pasos; pero Ulrico, haciendo un supremo esfuerzo, pudo sostenerse de pie y recibir á Eleonora, que había perdido el equilibrio, en sus brazos. Por terrible que fuese el momento, y aun cuando su acción había sido completamente instintiva, no pudo reprimir un dulce estremecimiento al sentir en sus brazos el suave y flexible cuerpo de la joven y la presión de sus manos, que se apoyaban en su hombro y brazo izquierdos. Y por segunda vez encontráronse sus miradas, la de él llena de solícito cuidado hacia ella, que á juzgar por la profunda palidez de su rostro y el temblor de sus labios parecía luchar contra un desvanecimiento; la de la joven reboando el agradecimiento de su corazón al hombre caballeroso que (según pudo advertir) no la estrechó ni una línea más de lo necesario para impedir que cayera.

Después se desasieron ambos.

Tenían que habérselas durante toda la extensión de la playa, en la cual se encontraban completamente solos, con la tormenta, cuyos truenos hacían imposible toda conversación; con la arena, que, arrancada del suelo endurecido de la playa, era arrojada por el viento contra las dunas, y que les envolvía hasta las rodillas; con la lluvia, que les azotaba la

cabeza á latigazos; con la oscuridad, que convertía la tarde en una noche de negrura grisácea. Ulrico la protegía con su cuerpo poniéndose del lado del temporal; pasó el álbum, que ha largo rato había cogido debajo de su brazo derecho, con objeto de ofrecerla á ella el izquierdo, en el cual se apoyaba convulsivamente. Así tenían que abrirse camino paso á paso, obligados más de una vez á detenerse ó á volverse de espaldas al huracán. Por fin llegaron al pie de una última duna defendida del mar por una empalizada. Consiguieron subir la duna y llegar hasta el puesto de bebidas, desde el cual quedaban ya pocos pasos para llegar á las primeras casas del pueblo.

Mas precisamente en aquel momento sopló el huracán, que en los últimos minutos parecía haber cedido un tanto, con mayor furia que hasta entonces; la lluvia caía á torrentes, golpeando sus rostros. Buscando con la mirada un refugio de cualquier clase para su compañera, cuyas fuerzas estaban visiblemente agotadas, vió Ulrico enfrente de sí, en la oscuridad, unos cuantos objetos grandes que blanqueaban: eran casetas que, durante la tarde, antes de que estallase la tormenta, habían sido colocadas en fila allí á la mayor distancia posible del mar. Estaban sólo á unos cuantos pasos de la primera, á la cual Ulrico transportó más bien que condujo á la joven, exánime. La puerta de la caseta no quería abrirse, tal era la violencia del huracán que contra ella se precipitaba; por fin pudo Ulrico traerla hacia sí; con un desesperado esfuerzo hizo subir á su compañera la escalerilla y la sentó en el banquillo de la caseta, mientras el viento movía la pesada puerta golpeándola como si fuese una banderola.

Durante toda esta escena no se había cambiado una palabra entre ellos. Ella le dejaba hacer, no inerte, sino sometándose á la superior fuerza y á la rápida mirada de aquel hombre, en la seguridad de que podía confiar incondicionalmente en él. Así le pareció natural que la soltara cuando la hubo sentado en el banquillo, después de lo cual, medio vuelto de espaldas, miraba por la ventanilla de lá caseta los revueltos ele-

mentos, á cuya acción se habían sustraído. ¿Pero por cuánto tiempo? Ulrico se hacía esta pregunta con inquietud. La caseta, de anchas ruedas hundidas profundamente en la arena, era sacudida fuertemente por el viento; la probabilidad de que fuese derribada no era inverosímil. Sin embargo, creyó poder resistir algunos minutos hasta tanto que se encontrasen con fuerzas para recorrer el camino que tenían que recorrer. En esto pareció que la lluvia y el viento empezaban á ceder un tanto desde la última terrible explosión; también comenzaba á aclarar un poco; ahora podía distinguir con precisión la línea de la empalizada á la derecha detrás de ellos; la base de la duna, sobre la cual estaba el puesto, y una parte de la playa, en donde se habían batido con el temporal. Una cosa llamó la atención: sobre esta parte de la playa se había extendido repentinamente una cubierta blanquizca, que un momento después había desaparecido. Ulrico pensó en una ilusión de óptica, pues la marea no podía ser. ¿Cómo había de haber podido recorrer en apenas un cuarto de hora, desde la bajamar en que se encontraba, los cien pasos que le separaban de ellos, espacio que ordinariamente invierte tres horas en salvar? Pero otra vez volvía á extenderse la blanca sábana, que ahora reconoció distintamente como bullidora espuma; y al punto rompió la onda espumosa, y silbando allí mismo debajo de él, contra la rueda de la caseta, y llegó hasta la empalizada. Saltó á la puerta empujándola violentamente, y pudo ver el agua que retrocedía para dejar paso á una segunda onda, que llegó hasta el primer escalón de la escalerilla.

Al volverse estaba ella de pie detrás de él.

—¡Un momento aún!—dijo él.

Había descendido la escalera tan pronto como la segunda ola retrocedió; ella estaba en el escalón más alto inclinada hacia adelante, en actitud de apoyarse en su mano para bajar, cuando otra tercera rompió con fuerza salpicándole hasta la rodilla. Pudo, sin embargo, cogerla en sus brazos antes de que sus pies se mojasen, y llevarla por cima de las espumosas y



arremolinadas aguas, rodeando los últimos postes de la empalizada, hasta la falda de la duna. La distancia era corta, pero tenía que andar muy despacio, pues no quería exponerse al peligro de resbalar en la movediza arena, en que se hundían sus pies hasta el tobillo, y debió agradecerla que, apoyando su busto en su hombro de modo que pudiera ver libremente, le rodease el cuerpo con sus brazos.

Así llegaron al pie de la duna, en terreno seco, y él dejola deslizarse al suelo.

—Muchas gracias—murmuró ella.

El no pudo contestar nada: el poderoso esfuerzo hacía palpitár su corazón, ahogándole. Se alegró de no poder hablar; por otra parte, no necesitaba decir lo que decir hubiera querido cuando vió aquellos grandes ojos con tan cordial expresión dirigidos á él.

Y de pronto, los dos se echaron á reír.

—Somos verdaderos náufragos—dijo ella.

—Permítame usted, por lo menos, ir á buscar su álbum—dijo él disponiéndose ya á ir hacia la caseta.

—¡Por Dios!—exclamó ella:—él tiene la culpa de todo. ¿Y vuestra escopeta?

—Poco importa.

—Pues entonces, creo que los debemos abandonar á su suerte.

Echaron á andar. En el sitio en que se hallaban, la empalizada ofrecía algún abrigo; echaron por un pequeño desfiladero, por el cual sin gran trabajo subieron hasta el puesto de bebidas. Ulrico tenía el propósito de refugiarse allí, y así se lo dijo á su compañera, la cual se mostró de acuerdo con él. Pero al llegar á la barraca, vieron por la ventana que todo el recinto, de bastante capacidad, alumbrado por la opaca luz de unas cuantas lamparillas, estaba completamente ocupado por fugitivos que habían llegado antes que ellos, y no había que pensar en que la multitud que se revolvía apiñada se aquietase. Por otra parte, el viento silbaba y mugía de manera tan

horrible en el endeble edificio, y sacudía y golpeaba puertas y ventanas con tal furia, que Ulrico pensó en la terrible catástrofe que ocasionaría un posible hundimiento.

—Sigamos adelante—dijo con insistencia.

—Es lo mejor—contestó ella:— otra vez me siento con fuerza.

—Pero tenga usted la bondad de apoyarse en mi brazo. Tenemos delante un trecho bastante endiablado.

En efecto: estaban en la estrecha, larga y libre cresta de la duna, que tenían que recorrer completamente expuestos al viento y á la lluvia. Debían, como anteriormente en la playa, recorrerla paso á paso, en lucha con el huracán; púsose él del lado del viento, ofreciéndola de este modo un abrigo por débil que fuese, y cuando el resbaladizo terreno no exigía su atención, volvía su mirada hacia ella, que, pendiente de su brazo, se estrechaba dulcemente á él. La lluvia había convertido su sombrero de paja en un objeto informe, deshaciendo en parte su peinado. El viento arrojaba pequeñas briznas mojadas á su rostro, que pálido y extenuado, y, por decirlo así, arrasado, no había perdido aún el encanto de sus grandes ojos oscuros, que de cuando en cuando levantaba para mirar á Ulrico. Los vestidos, completamente calados, se ceñían á su cuerpo, haciendo más visibles las formas de los brazos, del cuello y del pecho. Y allí donde no encontraban arena en que hundirse hasta la rodilla, notó él por primera vez cuán distinguido, pequeño y elegante era su pie, á pesar de que la arena y la humedad habían estropeado sus delicadas botitas. De todo corazón deseaba por ella que la trabajosa peregrinación llegase pronto á su fin; y al punto se apoderó de él el sentimiento de que en todo caso le quedaban pocos minutos de estar á su lado, y que tal vez no volvería á tenerla más junto á sí, lo que le infundió dolorosa melancolía.

Por fin alcanzaron, dejando á la izquierda la duna, las primeras casas del pueblo. Al abrigo de los edificios no hubieran podido formarse idea de la furia de los elementos que habían

tenido que soportar; parecía como si entraran en un recinto cerrado. La misma lluvia cesaba, proyectando sólo fuertes gotas aisladas. La anticipada noche se disipaba también, de modo que podían distinguir con precisión los objetos á una luz diurna, en que el crepúsculo vagaba aún por los tejados de las casas y dibujaba la poderosa torre, que surgió gigantesca de pronto ante ellos, hundiendo su veleta en las negras nubes que se corrían del lado de la isla.

—¿Dónde vive usted, señorita?—preguntó Ulrico.

—A unos cuantos pasos de aquí; en la segunda... no, en la tercera casa de la derecha.

—¿Aquí?

—Aquí. Creo que usted, para ser la primera vez, ya estará harto de su caballeresco servicio.

—No por cierto, si bien me alegro de dejarla á usted en su casa. Seguramente la esperarán con ansiedad.

—No sé quién; serán mis patronos, y creo que no se apurran fácilmente.

—Los juzga usted mal, pues la esperan á la puerta.

—En efecto, allí están.

Se encontraban delante de una casita pequeña, en cuyo jardincillo, un paseo estrecho, pavimentado con baldosas de piedra, conducía hasta la puerta. En su dintel dibujábase fuertemente sobre el fondo iluminado de la cocina el rudo perfil de un hombre y una mujer.

—Por última vez doy á usted las gracias de todo corazón —dijo Eleonora soltando su brazo y tendiéndole la mano. Su pequeña mano estaba helada y húmeda; sin embargo, la hubiera besado de buena gana: pero ella le había dicho que no la esperaba nadie, y ante una dama sólo el respeto era un doble deber. Así, pues, contentóse con retener unos instantes su mano entre la suya, para dejarla y después disponerse á partir con un sordo saludo, mientras las dos figuras del fondo se separaban de la puerta para ir al encuentro de la huésped que regresaba.

## CAPITULO III

Ya había andado unos cuantos pasos, cuando se volvió: quería fijarse en la casa, pues todas ellas eran parecidas, para traerla al día siguiente temprano el álbum. No era fácil confundirla: estaba situada frente por frente de la torre de la iglesia. Por las dos ventanas de la izquierda, que hasta entonces habían estado á oscuras, se veía ahora la luz de la lámpara en la mesa, delante del sofá; por un momento vió su silueta delante de la mesa, en actitud de quitarse el deformado sombrero, el cual después parecía enseñar á alguien, con el brazo extendido, riendo: á la patrona, á quien ahora se distinguía en la ventana corriendo la cortina.

—Buenas noches—dijo Ulrico en voz alta y saludando con la mano, como si ella le hubiera podido ver ú oír. Después le debió parecer á él mismo una tontería, y se echó á reír al alejarse de allí. ¡Mas la despedida había sido tan brusca, tan inesperada! Hacía un momento la tenía apoyada en su brazo; hacía un momento sentía su dulce hombro rozando el suyo; hacía un momento escuchaba el suave y profundo tono de su voz; y todo esto había cesado, como un sueño del cual se despierta, y cuyo delicioso eco aun resuena en nuestra alma. Había pasado, y no volvería á ser. Seguramente no. ¡Y quién sabe si sería aquella la primera y última vez en su vida que viese á tan seductora criatura! ¡Quién sabe si saldría mañana temprano en el primer vapor! Esto, sin embargo, no era probable. Seguramente hacía pocos días que estaba allí. Si llevase más tiempo, no habría dejado de fijarse en tan poco vulgar aparición, por poco que se cuidase de la colonia veraniega. Y además, se lo habría dicho ella, sin duda. ¿Por qué sin duda? El álbum era un indicio, pero podía habersele olvidado; y por otra parte, ¿por qué motivo había de haberle hecho tal confidencia? ¿Qué interés podía tener en darle parte de si se iba ó se queda-

ba? Se habían encontrado en el camino de su vida; la casualidad hizo que él la prestase un servicio sencillo y natural; le había dado las gracias: esto era todo.

Ulrico llegaba á tan desconsoladora conclusión, cuando se encontró frente á su casa. No hubiera podido decir cómo había llegado hasta allí por el oscuro y tortuoso paseo pavimentado de baldosas. De su cuarto salía la luz por entre la cortina echada justamente, lo mismo que por el de ella. La casa también se parecía á la suya; el jardín también tenía las mismas reducidas dimensiones, la misma puerta enrejada; el mismo sendero enlosado entre los macizos conducía á la puerta de entrada. Y ¡extraña casualidad! había elegido á su llegada el mismo cuarto á mano izquierda, en vez del de la derecha, como pudo haberlo hecho.

En el vestíbulo salió á su encuentro la señora Juana. La gruesa hostelera, por cierto mujer de pocas palabras, no había dejado de sentir inquietud por el señor barón, pues sabía que después de comer había ido de caza á las dunas, y era de suponer que el temporal le habría sorprendido á la vuelta. El señor barón debía mudarse de pies á cabeza. La cena le esperaba en la mesa y el agua caliente para el té. Por cierto que el té no era bastante aquel día. Quería prepararle un vaso de grog muy cargado. Al señor barón no le vendría mal beberse dos ó tres. De lo contrario, era fácil que le pasase la humedad á los huesos. Esto lo sabe quien ha sido más de veinte años hostelera.

Ulrico se dejó cuidar de la buena vieja. Hasta entonces no había sentido la menor incomodidad; pero ahora el frío le hacía tiritar hasta dar diente con diente. Llevaba la ropa calada hasta el último hilo; le costó trabajo quitársela del cuerpo. Ni esto, ni la fuerte lucha sostenida contra el temporal, no habían de hacer mella en él. Pero ella debió llegar en el mismo estado, y á pesar de la elasticidad de sus movimientos, bien á las claras se conocía que no era fuerte. ¡Cuán suave había sido la presión de su mano, por tanto tiempo apoyada en su

brazo! ¡cuán delicado su esbelto talle! ¡cuán ligera su proporcionada figura, sin ser en modo alguno pequeña! Y ninguna persona robusta tiene aquellas facciones movibles de su rostro, ni sus grandes ojos, que tan pronto ríen luminosos como miran melancólicos. ¿Si acaso estaría enferma? ¡Los médicos de Nordeney le inspiraban tan poca confianza!

Ulrico cambióse de ropa para que la señora Juana pusiese á secar las prendas mojadas en la cocina, y sentóse á la mesa cubierta de limpia mantelería y bien provista de toda clase de apetitosos manjares. No tenía hambre, sino sed; pero la buena hostelera prefería que tomase un par de bocadillos de jamón y huevo revuelto y bebiese un sorbo de grog caliente. Estaba muy cansado, dijo él. La señora Juana lo creía. Pero como se quedase en la cocina escuchando, cuando unos minutos después oyó al señor barón abrir la puerta de su cuarto y salir de la casa, movió la cabeza pensativa. Era la primera vez, desde hacía tres semanas, que salía tan á deshora, ¡y precisamente hoy, después de decir que no podía comer ni beber de cansancio!

Ulrico no estaba cansado. Cuando hubo recorrido unas cuantas veces la habitación, pensó que iba á asfixiarse en aquel estrecho y ahogado recinto. Y aun cuando ella no partiese de madrugada, ¿no era fácil que la marea penetrase en la caseta y diese cuenta del precioso álbum? O que trasladasen la caseta del sitio peligroso en que se encontraba, y ¡vaya usted después á buscar! Desde su vivienda al reservado de las damas, por la playa alta, había un corto trecho, y más oscuridad que en el pueblo no podía haber fuera.

La oscuridad era densa, en efecto, según pudo notar al salir de su casa y dirigirse por la enarenada calleja á las dunas que le separaban del mar. Al llegar á la cima de las dunas empezó á escuchar el estruendo de las olas. Del lado de allá, sobre el mar, temblaba una luz que no podía explicarse qué era.

Cuando llegó á la parte más alta quedóse parado lleno de asombro: tan lejos como su mirada alcanzaba, veía en la ex-

tensión de unos cien pasos, mar adentro, la bullidora espuma del oleaje teñida de un blanco resplandor, y más lejos, sobre las negras aguas de alta mar, distinguía con toda precisión amontonarse unas sobre otras las olas, que sacudían en línea interminable sus dentadas crestas de plateado fulgor.

A la vista del fenómeno de que tanto había oído hablar, pero de que no tenía idea, detúvose su aliento, y en seguida pensó: «¡Si estuviese aquí ella! ¡Si lo viese! Ciertamente en el pueblo no sospechan esto. ¿Debo ir á buscarla?»

Desechó la idea al punto, y pronto disipóse aquel éxtasis que no podía compartir con ella.

«¡Admirable!, dijo entre sí; parece propiamente como si la joven no tuviera otra cosa que hacer que complacerte. ¡Y cómo se reiría si supiera esto!: que vienes aquí á romperte una pierna ó un brazo en la oscuridad, cerca de las olas, para buscar un álbum que tal vez no tiene para ella valor ninguno. Y ¿cómo te compondrás para llegar á la caseta? Ya estará hace una hora rodeada de agua. Es pura terquedad. En mi vida me ha ocurrido otro tanto.»

Mientras murmuraba á media voz estas palabras, había dado la vuelta para dirigirse al puesto de bebidas y seguía inclinado de medio cuerpo la senda empedrada que conducía á ella. No podía caminar muy de prisa, pues aun cuando el temporal había cesado por completo, soplabá un fuerte viento en dirección contraria á la que él llevaba, y el huracán y la lluvia habían arrancado de cuajo las piedras del camino. Encontró algunos grupos de personas que, á despecho del viento, contemplaban el extraño fenómeno. Después, seguía andando lentamente, ó se paraba cerca del grupo cuando notaba la presencia de alguna dama y acechaba su rostro envuelto en la capucha y sus flotantes vestidos, hasta convencerse de que no era ella. No hubiera sido lo natural encontrarla en tal compañía, compartiendo las afectadas exclamaciones y las vulgares ocurrencias que llegaban á su oído en palabras sueltas. Le había dicho que nadie la esperaba en su casa. Carecía, pues, de relaciones

de familia, y quizá huía también del tumulto de los bañistas y amaba la soledad. Había algo en sus ojos que confirmaba esta suposición, y, sin embargo, en sus modales notábase cierto desembarazo, que sólo poseen las personas de sociedad. Pero entonces, ¿por qué se encontraba sola allí? ¿Sería una artista? Podría pasar por tal, aunque ella afirmaba lo contrario.

A la claridad que el mar despedía pudo Ulrico vislumbrar en la playa un trozo bastante grande sin agua, á pesar de que la marea no dejaba de subir. Indudablemente recobrabá su normalidad, al cesar la tormenta que hizo subir el agua hasta la empalizada. Así, pues, descendió y pudo recorrer á pie enjuto el espacio que le separaba de las casetas. Eran tres, según pudo advertir; la última de la izquierda, la que les sirvió de refugio. La puerta abrióse esta vez fácilmente; después de algunos tanteos á ciegas en el oscuro interior, halló primero la escopeta apoyada en un rincón, y luego el álbum encima del banquillo, sobre el cual estuvo ella sentada unos instantes. El álbum estaba húmedo; pero, encuadernado en gruesa piel, podía haberse conservado intacto su contenido. De todos modos, podía devolverle al día siguiente á su dueña.

Volvió por el mismo camino que recorriera en compañía de Eleonora: el desfiladero, la duna de la empalizada, el puesto de bebidas, que ahora estaba sumido en la oscuridad. La multitud que antes le ocupaba había tenido tiempo de irse á su casa sin mojarse. Sin embargo, aun pudo alcanzar algunos rezagados que subían la senda con bullicio y algazara. Algunos borrachos se reían de ver en la oscuridad á un hombre que con la escopeta al hombro y un objeto en la mano, que podían tomar por un morral de caza, deslizábase á su lado, y lanzaban exclamaciones burlonas que el viento se llevaba. Por fin entró en el pueblo y llegó frente á la casa de la joven. Temía que hubieran cerrado ya; pero sólo lo estaba la mitad baja de la puerta con picaporte, á usanza del pueblo, y por encima pudo ver el oscuro vestíbulo, hasta la cocina, iluminada, en la cual el patrón estaba sentado á la mesa fumando su última



pipa, mientras en la sombra se movía otra persona. Vió luz en sus ventanas. Fácil era que abriese la puerta de su cuarto, por delante de la cual tenía que pasar; y entonces, ¿qué...? De este modo la entregaría el álbum en su propia mano en vez de entregárselo á los patronos. Latióle el corazón al entrar en la casa; atravesó el vestíbulo rápidamente y se presentó en la cocina, entre los dos huéspedes, que se quedaron sorprendidos ante tan intempestiva visita. Y creció su asombro cuando el visitante, murmurando unas palabras ininteligibles, dejó sobre la mesa el ya conocido álbum de su señorita y se alejó tan bruscamente como había llegado.

Ya fuera respiró libremente, como quien sale de grave peligro, y marchó precipitadamente por las oscuras calles, riendo del asombro que se pintaría en su dulce rostro cuando la patrona entregase el álbum aquella misma noche, ó, á más tardar, por la mañana temprano. Era locura pensar que marchase de madrugada. Seguramente se volverían á ver mañana cuando volviese á informarse de si la aventura no había tenido malas consecuencias para su salud. Lo cual era simplemente un deber de cortesía.

Aquella noche tardó Ulrico en dormirse más que de ordinario. El viento mugía con prolongados lamentos; en los intervalos resonaba, ya fuertemente, ya como un eco apagado, el estruendo del mar, que en aquel momento debía alcanzar su máxima altura. De cuando en cuando la lluvia, que empezaba de nuevo, golpeaba la ventana de su cuarto. El canalón que en un extremo de su habitación había al lado de su lecho, gorgoteaba incesantemente. Y sobre este caos de ruidos oía la profunda voz de ella y trataba de recordar cada una de sus palabras. Ahora echaba de ver que habían sido contadas, y sin embargo le parecía que habían hablado mucho, mucho... que se habían dicho muchas cosas el uno al otro.

Por fin se durmió. En sueños se sintió transportado en su duro colchón de hierbas marinas, que él llamaba sus dunas por los altibajos que presentaba, primero sobre la cálida y

fina arena de la duna, después sobre una nube que le elevaba; después desaparecía la nube y flotaba en el aire sobre las dunas y sobre el mar, arriba y abajo, de un lado á otro, como ligera gaviota. De pronto despertó y recordó con extrañeza que desde niño no había volado en sueños.

Durante la noche volvió á soñar varias veces lo mismo; pero ya no lo extrañó al despertar, y pensó que el volar libre de todo lastre es no sólo algo hermoso, sino un derecho que tienen todos los seres.

Hasta la mañana no logró caer en un sueño profundo y tranquilo.

# ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA



## MONUMENTOS Y RECUERDOS DE LOS BORGIA EN EL REINO DE VALENCIA

(Con este título publica la *Gazette des Beaux-Arts*, en sus números de Febrero y Marzo últimos, el siguiente notabilísimo trabajo.)

El ferrocarril que parte de Valencia para llegar á Madrid atraviesa la bella y fecunda Huerta y se detiene, tras una carrera de cincuenta kilómetros, ante una muralla de rocas, por la que sube serpenteando el recinto en ruinas de una ciudadela.

Un poblado, cuyos blancos campanarios emergen de entre naranjos y palmeras, se extiende sobre las primeras graderías calcáreas, entre el jardín siempre verde y la montaña abrupta. Es Játiba, la antigua *Saetabis*, adonde fué á establecerse en el siglo XIII una familia noble y sin fortuna que conservaba el nombre de su país de origen, Borja, pueblecillo próximo á Tarazona. La rocosa rudeza de este nombre aragonés se suaviza en el habla valenciana. La *jota*, que ahogaba en una aspiración ronca el rumor de la *r*, fué reemplazada por un sonido de *ch*. El nombre, así pronunciado (*Borcha*), tomó la sonoridad que la historia conoce por la transcripción italiana: *Borgia*.

Alfonso Borgia, que inició la fortuna de la familia, fué ele-

vado en 1429 al obispado de Valencia. Nombrado cardenal en 1444, gracias á la protección de Alfonso V, rey de Aragón y de Sicilia, llegó á Papa en 1455 y tomó el nombre de Calixto III. Hizo del obispado del que había sido titular un arzobispado, que dió en 1458 á su sobrino Rodrigo Borgia. Cuando éste, á su vez, ciñó la tiara en 1492 y tomó el nombre de Alejandro VI, cedió su mitra de arzobispo á su hijo César, de diez y siete años de edad. Después de haber renunciado, en 1499, á las dignidades eclesiásticas para casarse con una princesa de Navarra y ser duque en Francia, César tuvo por sucesores en su sede arzobispal á otros dos Borgia, los cardenales Juan y Pedro. Hasta 1511 no perdieron los Borgia el arzobispado de Valencia, que poseyeran como un señorío durante medio siglo.

A la familia, que desempeñó un papel magnífico y sangriento en la historia de Italia, quedábale un rico patrimonio en la región de Valencia. Era el ducado de Gandía, que el cardenal Rodrigo compró el 3 de Diciembre de 1485 para donárselo á su hijo mayor, Pedro Luis, y que perteneció á su descendencia hasta 1748.

A principios del siglo XVI el ducado de Gandía estaba regido por una mujer dos veces viuda, D.<sup>a</sup> María Enríquez, prima de Fernando el Católico. Prometida de Pedro Luis Borgia, lo perdió antes de realizarse el matrimonio y se casó con Juan, hijo segundo del cardenal Rodrigo.

Después de la muerte trágica y misteriosa de su esposo, la duquesa, que se quedó en Gandía, compartió su vida entre la educación de su hijo Juan y las prácticas religiosas. Terminó sus días en el convento de Santa Clara, legando á los suyos el ejemplo de la piedad más austera. Su nieto, Francisco de Borgia (Borja), fué santo. Fundó en Gandía una universidad de jesuitas y entró en la Compañía. En 1565 fué nombrado general, á la muerte del padre Láinez, sucesor de Ignacio de Loyola.

Gandía únese á Valencia por un ramal del ferrocarril de

Madrid á Carcagente, el lugar de las naranjas. No le separa de Játiba sino una estrecha cadena de rocas, la *Sierra de las Agujas*.

La capital del antiguo ducado de los Borgia está situada, como Valencia, á pocas millas del mar, y comunica por vía férrea con un puerto pequeño. Elévase también en medio de una verde llanura que parece continuar hasta el horizonte, la llanura de las aguas azules. La huerta de Gandía, miniatura de la de Valencia, no es menos fértil; cultiva los frutos tempranos y envía sus tomates y sus judías verdes á Londres y á París.

Un enorme bloque de piedras domina la población: es el castillo de los Borgia. Los jesuitas lo compraron en 1880 á la familia de Osuna, que le dejaba desmoronarse. Han establecido en él un noviciado y han consagrado el monumento entero á la memoria del Borgia que fué uno de los suyos.

El San Francisco de Gandía es popular en toda España. Su conversión, según una leyenda célebre, data del día en que, después de haber acompañado hasta la capilla real de Granada el cadáver de la emperatriz Isabel, mujer de Carlos V, asistió al acto de abrir el féretro. Otra leyenda atribuye al duque un amor respetuoso por la princesa, cuyo rostro había de ver desfigurado por la muerte. Francisco de Borgia pasó á ser, como enamorado, el protagonista de una zarzuela que se representó en Madrid en 1896 con el título de *El duque de Gandía*. En la misma Gandía, la piadosa duquesa María Enríquez no es venerada sino como abuela del santo Borgia.

El jesuíta ha hecho olvidar en España á los dos Papas, uno de los cuales fué su bisabuelo, y á D. Juan, su abuelo, y á su tío abuelo, César. Sin embargo, Játiba, Gandía y Valencia conservan monumentos y obras que evocan los nombres y hasta los rostros de los Borgia de Roma. Estos recuerdos históricos no han sido reunidos por nadie. Los hay que hubiesen hecho estremecerse de emoción, de haberlos descubierto, á un Carlos Iriarte y á un Gregorovius.

\*  
\* \*

En 1896 erigióse en una plaza de Játiba, en medio de las palmeras, una estatua de Calixto III. La pintoresca fachada frontera á esta estatua es la de un hospicio construído en el siglo xvi.

El niño que había de ser Papa nació, á lo que se dice, á pocas millas de Játiba, en un castillo señorial edificado cerca del pueblo de Canals, en el lugar llamado la Torratta (1). Este castillo cayó en ruinas; á fines del siglo xix se demolió la última torre, maciza y cuadrada. Los Borgia poseían en la misma Játiba otra morada. Elevábase al lado de la colegiata, en una calleja ascendente. Era una sólida casa del siglo xiv, construída sobre roca viva. No queda de ella otra cosa que la pared de la fachada. La cintra del portalón está formada por esos clavos delgados y largos que son uno de los detalles más característicos de la antigua arquitectura urbana en el reino de Aragón, y que se encuentran hasta en Perpignan.

Una larga placa de marfil, incrustada sobre la antigua puerta, ostenta tres escudos con las armas de los Borgia, toscamente esculpidos; el escudo del centro es el de Calixto III, coronado por la tiara. Está en medio de dos escudos cardenalicios, ambos con las armas de Rodrigo Borgia (el que fué Alejandro VI) (2); el escudo «partido» con el buey de los Borgia en un lado, y en el otro las tres barras de los Doms (3).

(1) T. Llorente: *Valencia (España, sus monumentos y artes)*, página 733, nota. Luis Pareja y Primo: *Canals ilustrada*, Valencia, 1728.

(2) El abuelo de Alejandro VI, D. Rodrigo Gil de Borgia, legó en 1401 á sus hijos otra casa de Játiba, situada en la plaza de Aldomar, y que ha desaparecido (Llorente, págs. 733-734).

(3) Doms era el apellido de la abuela de Alejandro VI, Sibila. Las barras que figuraban en las armas de esta familia se encuentran ya mencionadas en el siglo xiii en la *Trova* en que Febrer cantó al rey Jaime y á sus compañeros de armas. Estas barras eran de *arena* y no de *azul*, como lo indica Iriarte en un estudio que ha rectificado muchas inexactitudes (*César Borgia*, I, págs. 23-24). Yo puedo, gracias á la amabilidad de don Isidro Fourrat, un erudito de Valencia que conoce mejor que nadie la historia genealógica y heráldica de los Borgia, citar aquí la descripción más

Calixto III, modesto y económico, hizo «pocos gastos en edificios» (Platina). No dejó más monumentos en Játiba que en Roma. La única construcción para la que envió dinero á sus hermanas, que permanecieron en su lugar natal, fué la de una capilla de familia en la colegiata, en donde habían de ser enterrados los parientes del Papa. Esta capilla ha desaparecido con la antigua iglesia, sustituida por un edificio ambicioso, empezando en 1596 con proporciones de gran catedral, y que aun no está terminado. Sin embargo, esta iglesia, enorme y fría, conserva una obra de arte preciosa y todavía desconocida: el retablo pintado á mediados del siglo xv para la capilla de los Borgia. Es un tríptico, cuyas tres grandes hojas fueron colocadas en el siglo xvi en un marco macizo. En medio del retablo figura Santa Ana, á quien estaba dedicada la capilla. Tiene en las rodillas á la Virgen, pequeña y adornada como una infanta, y la cual, á su vez, muestra el Niño desnudo. Ante el trono están arrodillados, el uno frente al otro, Joaquín, el marido de Ana, y el ángel que se apareció al anciano para anunciarle que sería padre (1). Dos obispos están sentados á derecha é izquierda de Santa Ana, en las tablas laterales. El uno es San Agustín, que tiene un modelo de iglesia, en calidad de Padre de la Iglesia; Santa Mónica, su madre, está arrodillada ante él. El otro prelado es San Ildefonso, el arzobispo de Toledo, al que ora el donante Alfonso Borgia, con la *cappa* y el sombrero de cardenal. El cardenal, ya viejo, tiene las facciones del Papa Calixto, como figura en la medalla atribuida

---

auténtica de las armas adoptadas por el cardenal Rodrigo y por su familia. Encuéntrase dada en 1463, en un documento inédito: «Armes e senyal de Borja sens altra mixtura, ço es *tres barres grogues* (amarillas) *et tres negres a la una part, e l'atra Bou*, segons hui les fá lo dit Reverendissim Senyer Cardenal». (Donación de 29 de Octubre, hecha por D.<sup>a</sup> Isabel de Borja, hermana de Calixto III y madre del cardenal Rodrigo, á su yerno D. Pedro Guillem Llansol de Romani, ante el notario de Valencia Benito Salvador; archivos del Mis de Malferit.)

(1) En la banderola que tiene el ángel: *Noli timere Joachim*.

á Guaccialotti, y que lleva en el reverso la inscripción: *Alfonsus Borgia Gloria Ispania* (1).

Alfonso Borgia, cardenal en 1444, trocó en 1455 el sombrero por la tiara. El retrato de Játiba se coloca entre estas dos fechas; para precisar más, hay que buscar al autor del cuadro.

El perfil del ángel coronado de olivo podría ser florentino. Los angelillos, de alborotados cabellos, vestidos y alados de azul de ultramar, son completamente flamencos. La orfebrería y las piedras preciosas están trabajadas como de bulto á la manera de los van Eyck. Sin embargo, la obra no es ni italiana ni flamenca.

Los pavimentos, compuestos de *raptas* de dibujos azules, son comunes en los cuadros aragoneses y catalanes del siglo xv; el fondo, de oro crudo, está adornado con bandas finamente labradas, como el tríptico de San Martín, que está en el museo de Valencia y que fué pintado á principios del siglo xv para la Cartuja de Porta Coeli (2).

El grupo de las tres generaciones sagradas, en el que la Virgen, con el Niño en brazos, no es á su vez sino una niña en las rodillas de su madre, forma una imagen de una seductora y singular ingenuidad. Pueden citarse análogas en país flamenco y germánico y en Francia (3); en el grupo de piedra que forma en Aix, en Provenza, el centro del «retablo de la Tarasca», la Virgen, que tiene al Niño, es una jovencilla en pie apoyada en su madre. Las representaciones de este género son excepcionales al norte de los Pirineos. En los grupos

(1) E. Müntz: *Historia del Arte durante el Renacimiento*, t. I: *Los Primitivos*, pág. 91.

(2) Reproducido en la *Revue de l'Art ancien et moderne*, 1907, t. II, página 119.

(3) Pinturas: reverso de una hoja de tríptico por Jacob Cornelisz de Amsterdam, en el museo de Berlín (Reinach, *Répertoire de peintures du Moyen âge et de la Renaissance*, I, pág. 595), pintura mural en el convento de los Franciscanos de Cracovia. Respecto á la escultura, M. Vitry ha citado algunos ejemplos de grupos análogos (*Michel Colombe*, págs. 267-268), y reproduce el de Bendigamos á Dios (pág. 465).



franceses, tales como el de Chantelle (Museo del Louvre), la Virgen adolescente aprende á leer con Santa Ana; no tiene el Niño, que el ángel no ha anunciado. En Italia, Leonardo de Vinci es el único que haya sentado á María en las rodillas de su madre: les puso á ambas la misma sonrisa de juventud inmortal. No sé en dónde tomó el maestro el modelo que hizo suyo. Antes de él, los pintores italianos del siglo xv imaginan un trono de dos pisos, en el que Santa Ana está sentada detrás de María y sobre ella (1). Los pintores colonianos, flamencos, holandeses, westfalianos, hacen sentar á María en la hierba, á los pies de su madre, ó bien las ponen sentadas juntas en un banco de honor (2).

Solamente en España es en donde se ha reproducido, como la imagen corriente de Santa Ana acompañada de la Virgen y del Niño Jesús, el grupo representado por el retablo de Játiba. Las imágenes de este género son innumerables; forman una serie que comprende tres siglos, hasta la célebre escultura de madera policromada que se ha conservado en la catedral de Granada y atribuída á Alonso Cano (3). El grupo de Játiba aparece en el siglo xv en varios cuadros de altar, que se pue-

(1) Masaccio, cuadro pintado en 1426 para el Carmelo de Pisa (Floren-  
cia, Academia de Bellas Artes); Perugino, en el museo de Marsella (Rei-  
nach, *Répertoire*, I, pág. 253); Pinturicchio (?) en la iglesia San Pietro in  
Unentorio, en Roma (ídem, I, pág. 259).

(2) Maestro de Colonia por el año 1400 (museo de Colonia, núm. 53);  
maestro de Colonia llamado de la *Santa Familia* (museo arzobispal de Co-  
lonia); la *Genealogía de la Virgen*, por Gerardo David, en el museo de  
Lyon; la obra maestra de Quintín Metsys (museo de Bruselas); el cuadro  
de Ysigny (Ionne), completamente flamenco por el estilo, é intermediario  
entre Hugo van der Gões y Gerardo David (Reinach, *Répertoire*, t. II,  
página 232); la hoja de tríptico en la antigua colección Quédeville (*ibid.*, I,  
página 330); las *Santas Familias*, de los hermanos Dünnege, en Dortu-  
rund y en Xanten; grupos en madera esculpida en la Exposición truden-  
se de 1900, etc.

(3) M. Dieulafoy: *La Sculpture polychrome en Espagne*, París, Ha-  
chette, 1908, pl. 76. Citaré, como una incomparable orfebrería de madera  
pintada y dorada, el grupo esculpido por Gil de Siloé para uno de los re-  
tablos de la capilla del Condestable, en la catedral de Burgos.

den ver en la catedral de Cuenca, en la de Avila, en el museo de Valladolid.

El tríptico de la capilla de los Borgia tenía una predela, de la que dos tablas han sido conservadas y puestas en un altar, en una capilla lateral de la colegiata de Játiba. Una de ellas representa á la Virgen, rodeada de ángeles, apareciéndose á San Ildefonso en la catedral de Toledo, y entregándole la cassa milagrosa. Otra tabla, la que está colocada debajo de San Agustín, representa el bautismo del santo, al que todavía acompaña su madre, Santa Mónica (1).

Estas dos tablas se encuentran reproducidas, con pequeñas variantes, en un retablo conservado hoy en la sacristía de la iglesia de las Clarisas de Segorbe y que procede de la Cartuja de Val de Cristo. Aquí el bautismo de San Agustín está reemplazado por el de San Martín, y el grupo de los ángeles músicos que acompañan á la Virgen gloriosa está situado encima de una gran imagen del obispo de Tours, muy semejante á las dos imágenes de obispos que acompañan á la Santa Ana de Játiba (2).

El retablo de San Martín está fechado en 1457: el milésimo se halla escrito en cifras árabes en un cartelito, en medio de una de las tablas laterales: la que representa una aparición de la Virgen á San Martín.

El autor del retablo de Segorbe, que es ciertamente el del retablo de Játiba, es hoy conocido. Llamábase Jacomart Baço, y era, probablemente, oriundo de Valencia. El conservador del Museo provincial de Valencia, D. Luis Tramoyeres y Blasco, ha encontrado una obra auténtica de ese pintor, célebre en su tiempo. Es un retablo pintado en 1460 para la iglesia de Catí, en el Alto Maestrazgo, y que se encuentra todavía en ese

---

(1) Reproducido en la *Revue de l'Art ancien et moderne*, 1907, t. II, página 359.

(2) Reproducido en la *Revue de l'Art ancien et moderne*, 1907, t. II, página 343.

pueblo, perdido entre Vinaroz y Morella: se parece grandemente al retablo de Segorbe.

Algunas fechas y algunos hechos son hoy conocidos en la biografía de Jacomart (1). Era hijo de un sastre de la corte, y recibió el mismo nombre que su padre. Según todas las probabilidades, en la misma Valencia es en donde fué iniciado sumariamente en la técnica y en el arte de Juan Van Eyck, ya por Dalmau (si volvió de Flandes antes de 1440), ya tal vez por un pintor de Brujas, Luis Alimbrot, que se hallaba en Valencia en 1440. Jacomart no fué á Brujas. El acontecimiento de su vida fué un viaje á Italia.

El 27 de Octubre de 1440, el rey Alfonso de Aragón, ocupado en el sitio de Nápoles, escribió desde su campamento al bailío de Valencia para que le enviase á su servicio *lo ffil del mestre Jacme Jacomart, pintor*. Cítase á Jacomart en los documentos de la cancillería napolitana en 1442, 1443, 1444 y hasta en 1447. Entre los raros cuadros del siglo xv que ha conservado Nápoles, hay uno que debe adjudicarse al pintor de Valencia: el *San Francisco dando la regla* de la iglesia de San Lorenzo. En 1451 Jacomart estaba de regreso en Valencia, y allí murió en 1461.

¿En qué período de su vida y de sus viajes pudo pintar el tríptico de Alfonso Borgia el pintor de Alfonso V? El cardenal no volvió á visitar su obispado de Valencia desde el día en que recibió el capelo. Ciertamente, pudo hacer desde Roma un encargo á Jacomart, cuando éste se hallaba de vuelta en Valencia. Pero pudo ser muy bien que sirviera de modelo en Italia al pintor del rey de Aragón, é incluso que le llevase á Roma. De todos modos, se puede poner el tríptico entre el verano del año 1447, en que Jacomart pintó estandartes para su soberano, y el año 1455, en que fué elegido Calixto III. A me-

---

(1) He estudiado al detalle, mediante las investigaciones de los eruditos españoles é italianos, la vida y la obra de este pintor, en la *Revue de l'Art ancien et moderne* (1907, t. II, págs. 339, 360). En este estudio se encontrarán los documentos justificantes de las afirmaciones que aquí hago.

diados del siglo xv, el tríptico en el que Jacomart Baço pintó el retrato de Alfonso Borgia, es á la vez un documento iconográfico de los más notables y una obra capital de la primitiva escuela valenciana.

\*  
\* \*  
\*

La colegiata de Játiba ha poseído hasta principios del siglo xix otro cuadro de altar donado por un Borgia. Encontrábase en la capilla de *Nuestra Señora de la Fiebre*, fundada en 1497 por D. Francisco de Borgia, camarero y tesorero de Alejandro VI, que fué nombrado en 1495 obispo de Teano, en Campania. Este personaje, cuyo origen es oscuro, era llamado el «Bastardo de Borgia». Ciacconio hace de él un hijo natural del piadoso Calixto III; según otros, el obispo Francisco tuvo por padre á D. Juan de Borgia, hijo natural éste de Rodrigo Gil de Borgia, el abuelo de Alejandro VI.

El cuadro fué enviado á Valencia en 1818 para servir de modelo á otro cuadro que un fiel quería consagrar á Nuestra Señora de la Fiebre. No lo reclamó nadie, y pasó á la Academia; transportado al nuevo Museo, ocupa en él un puesto de honor. Este cuadro, donado á Játiba por un Borgia, es un Pinturicchio.

El donante, de rodillas, visto de perfil y descubierto, tiene una toga carmesí, que está abierta por los dos lados, y deja asomar las estrechas mangas de la blanca alba. Mira al Niño Jesús, el cual, en pie sobre un alto taburete, lee en el manuscrito iluminado que sostiene su Madre, y que está abierto por el Oficio de la Virgen (1).

A. Schmarson, que ha sido el primero en describir este cuadro, del que ha dado una reproducción muy mediana, ve en el personaje vestido de rojo al cardenal Rodrigo, el que será Alejandro VI (2); este nombre ilustre es el que luce en el mu-

(1) *Incipit officium be Marie virginis.*

(2) *Pinturicchio in Rom*, Stuttgart, 1888, pl. I, pág. 7 y 10, núm. 3. El cuadro se lo indicó C. Justi á A. Schmarson.

seo de Valencia en la etiqueta del marco dorado. Carlos Iriarte ha vacilado en reconocer al cardenal Rodrigo en ese perfil que no se parece nada al de Alejandro VI (1); M. Steimann ha tenido los mismos escrúpulos (2).

El donante del cuadro de Játiba no puede ser Rodrigo, no solamente porque no tiene su nariz gruesa ni sus abultados labios, sino porque no es cardenal: la insignia puesta ante él en el florido césped no es el capelo, sino la mitra. En fin, las armas, repetidas por dos veces en el taburete y ornadas con la mitra, no son las de Alejandro VI, con las barras negras de los Doms al lado del buey. El personaje que Pinturicchio pintó á los pies de la Virgen de la Fiebre es, sin duda alguna, el prelado que fundó la capilla puesta bajo dicha advocación en la colegiata de Játiba. Francisco Borgia lleva el escudo de Borgia «antiguo», idéntico, menos el bordado de llamas, al de Calixto III, el Papa de quien, si se cree al más grave de los historiadores pontificios, el obispo fué un bastardo (3).

La tabla no ha sufrido sino roeduras de gusanos, que han trazado sobre el fondo de oro un ancho surco. Ningún cuadro de Pinturicchio tiene tonos más vivos ni más puro esmalte; jamás el *fa presto* del siglo xv no se mostró más atento en cincelar los menores ornamentos. El manto de la Virgen, azul de ultramar, con verde oliva, está abierto sobre una túnica de púrpura carminada; está bordado con un delicado galón y sembrado de estrellas de oro, que apenas se perciben por lo suelto de sus rayos. El manto púrpura del Niño tiene un galón todavía más grácil y más finamente recortado; la túnica de

---

(1) *César Borgia*, París, 1889, t. I, pl. fuera de texto, con inscripción, página 282: *Antom des Borgia*, 1891, pág. 83-85.

(2) *Pinturicchio* (col. de los *Künstlermonographien*), pág. 83, fig. 74; página 88-90.

(3) Al lado de las armas de los Borgia distínguese sobre el taburete un medallón acuartelado como un escudo, y sobre el que alternan dos emblemas que se encuentran sobre las bóvedas de la habitación Borgia: cinco llamas de gules sobre plata; dos coronas reales opuestas, de las que brotan cinco radios, todo ello de oro sobre plata.

brocado de oro que recubre es una orfebrería comparable á las de los antiguos maestros de Siena. El fondo de oro, con sus compartimentos estampados y las bandas de su paño de honor bordadas de palmas á la antigua, no está más ricamente adornado que el césped, cubierto de pequeñas plantas floridas, entre las que se mezclan cardillos. Todo el cuadro tiene la riqueza y la finura de las letras pintadas sobre pergamino que mira el Niño Jesús.

Esta minucia de iluminados, unida á la rigidez de las actitudes, da al cuadro un aire de arcaísmo. Schmarson lo colocaba hacia 1470, y hacía de él la primera obra conocida de Pinturicchio, todavía adolescente, y apenas salido de las lecciones de Fiorenzo di Lorenzo. Un artista tan joven ¿hubiera burilado con tanta fuerza el grave perfil del donante de toga? Es inútil preguntarlo. Nada prueba que Francisco Borgia estuviese en Roma desde 1470, ni siquiera que Pinturicchio fuese á ella antes de 1482, en que comenzó á trabajar, al lado de Perugino y de los maestros de Florencia, en la capilla de Sixto IV.

El donante arrodillado al lado de su mitra episcopal no puede ser otro que Francisco Borgia: sentado esto, se hace imposible fechar el cuadro antes de 1495. Hasta este año no recibió el obispado de Teano el primo ilegítimo de Alejandro VI; en 1499 pasó al arzobispado de Cosenza; en 1500 fué nombrado cardenal. El cuadro del museo de Valencia es anterior á esta última fecha: hubo de ser encargado el mismo año en que se fundó en Játiba la capilla de Nuestra Señora de la Fiebre, es decir, en 1497. En la obra de Pinturicchio, el retablo de Francisco Borgia figura inmediatamente después de los frescos de la habitación Borgia.

\*  
\*  
\*

Calixto III envió desde Roma á la catedral de Valencia, en donde estaba su sede episcopal, y á la colegiata de Játiba, en donde se encontraba la capilla y la tumba de su familia, un

gran número de reliquias. Mandó, sin duda, algunos relicarios. Los de Valencia han desaparecido: casi todo el tesoro de la catedral fué fundido en 1812 por orden de un general español (1). Se ha conservado en la sacristía de la colegiata de Játiba un relicario donado por Calixto III. Es de plata dorada y de dibujo gótico; en el pie hay dos chapas redondas que llevan el escudo del Papa, con el buey esmaltado de rojo, y coronado por la tiara. Este relicario parece ser de trabajo español. El pequeño tesoro de la colegiata posee un cáliz que ha debido de salir del mismo taller, y donado por el mismo Papa. Sobre una banda de plata que rodea la pieza de orfebrería, entre el pie y el nudo, se lee la inscripción siguiente: CALIXTUS P. P. TERTIUS. El pie está adornado con follajes repujados; el nudo con seis medallones, en forma de cuatro hojas, en las que están grabadas siluetas de apóstoles, vistos de medio cuerpo, y que conservan huellas de esmalte traslúcido.

En Valencia, la iglesia de San Nicolás se glorifica de poseer otro cáliz donado por Calixto III, con su patena. Son dos piezas que no tienen par. El cáliz tiene el tamaño de los mayores cálices ministeriales; la patena tiene el diámetro de un plato. La plata ha sido tan sólidamente dorada, que conserva la magnificencia del oro macizo. Casi todos los relieves son motivos antiguos: cabezas de niños ó de ángeles alados, *putti* desnudos, cabalgando sobre delfines; cabezas de carneros, guirnaldas de follajes mezclados con frutas, y corona de laurel. Solamente unos ángeles de débil relieve, dispuestos en número de seis, sobre el embasamiento del pie, llevan los atributos de la Pasión. Están separados los unos de los otros por seis medallones ornados de grabados que representan asuntos religiosos: la Crucifixión, el grupo de la Anunciación y una serie de santos reunidos dos á dos: San Pedro y San Pablo, San Mateo y San Lucas, San Nicolás y San Pedro mártir, San Marcos y San Juan Evangelista. Un medallón semejante ocupa el me-

---

(1) V. la *Gazette des Beaux-Arts*, 1897, t. II, pág. 108.

dio de la patena: vese allí un Juicio final abreviado, dominado por la imagen del Omnipotente, que aparece entre nubes pobladas de ángeles; en el reverso, San Cristóbal. Estos grabados no tuvieron nunca esmalte. El dibujo, de una amplitud y de una valentía singulares, recuerda á Antonio Pollaiuolo.

Un punzón muy ancho ha sido impreso por dos veces en la plata del cáliz; la huella forma una serie de caracteres imprecisos, sobre los que hay una corona. No sé todavía á qué taller pertenece ese punzón. Es evidente que el cáliz, con su patena, no ha sido trabajado en España, y que fué enviado desde Italia. Pero en la misma Florencia no se encontraría, bajo el pontificado de Calixto III, es decir, por 1455, una pieza de orfebrería religiosa tan emancipada de toda reminiscencia gótica, y como consagrada por entero al Renacimiento triunfante. El dibujo de los grabados parece ser de fines del siglo xv; el estilo amplio y grueso de los relieves anuncian el siglo xvi. Si el cáliz italiano de San Nicolás de Valencia es, como parece más que probable, un recuerdo de los Borgia, debe de ser un presente de Alejandro VI.

\*  
\* \*

El Papa que ha dado al nombre de Borgia su inmortalidad de gloria y de ignominia había nacido en Játiba.

La grande y magnífica custodia de la colegiata pasa por ser dón de él y dorada con el primer oro que fué enviado del Nuevo Mundo á Roma. El *tempietto*, de plata dorada, es de arquitectura flamante (1); lleva un punzón que yo no he podido ver, pero que se encontró cuando se desmontó la pieza para ser enviada á la Exposición colombina de Madrid, en 1892: es un punzón de Lérida. La representación de la hostia y los dos ángeles que la sostienen son de un dibujo italiano, harto pesado para que se les atribuya al Renacimiento; en efecto, un documento ha dado á conocer que estos ángeles y dos de los

(1) Fototipia en el *Album de la Exposición histórico-europea*. Madrid, Laurent, 1892, pl. LXXVII.



pináculos del edículo se ejecutaron en 1633 por un orfebre de Valencia, Pere de Avendanyo (1).

Ni Valencia ni Játiba recibieron las larguezas de Alejandro VI, sino Gandía, de la que Rodrigo Borgia hizo el patrimonio de sus hijos. El historiador valenciano Viciano transcribió en 1564 la lista de las reliquias enviadas por Alejandro VI á la colegiata de Gandía: «Primeramente, una cruz muy rica, conteniendo un pedacito de la madera de la verdadera cruz de Cristo Jesús; un díptico de plata sobredorada, de la que cada mitad tiene veintidós celdas ó compartimentos con reliquias de santos; un rico relicario con una espina de la corona del Señor, una parte de la camisa y del sudario de Cristo Jesús; una mano de plata con un pulgar de San Erasmo; una mano de plata con una parte de la mano de Santa Ana; una mano de plata con una parte del brazo de Santa Martina; un busto ó imagen de San Sebastián, de plata, con una reliquia del santo; una custodia y un cáliz muy grandes. Son éstos objetos que, aparte de su gran riqueza, son muy estimados por su maravilloso trabajo» (2). Casi todos los objetos de orfebrería donados á Gandía por Alejandro VI han sido destruidos ó reemplazados; algunas de las piezas más notables que posee el tesoro de la colegiata no han entrado en ella hasta el siglo XIX, y proceden del monasterio suprimido de San Jerónimo de Cotalba, á una hora de la ciudad: tal, la custodia monumental, obra de un religioso de ese monasterio, Antonino Sancho de Benavent, que la terminó y firmó en 1548, á los siete años de trabajo.

En medio de estos objetos, impónese á la atención un reli-

---

(1) Llorente: *Valencia*, t. II (*España, sus monumentos y artes*), páginas 733 y 1.058. Un cofrecillo de hueso, que se muestra, con la custodia de Játiba, como un dón de Alejandro VI; es una obra italiana del siglo XIV, como se encuentran en muchos tesoros de iglesias y de colecciones públicas y privadas.

(2) *Segunda parte de la Crónica de Valencia, compuesta por Martín Viciano*; edición primera, 1564, folio 9, y segunda edición, publicada por la Sociedad valenciana de Bibliófilos, 1881, pág. 21.

cario como obra noble y rara (1). Distínguense á través del cristal las reliquias insignes donadas por Alejandro VI: la santa Espina yérguese entre los dos trozos de la túnica y del sudario de Cristo. El pie del relicario, construído á manera de candelabro, tiene alguna semejanza con el pie del cáliz de San Nicolás, de Valencia, más ancho y más macizo. Cuatro delfines avanzan encima del embasamiento rectangular; en los ángulos de éste se encuentran sentados cuatro niños músicos. Hay que reconocer que el trabajo de orfebrería es de los más groseros. En las partes donadas se transparenta la plata. Los angelotes tienen las piernas demasiado cortas, y sus cabellos crespos les hacen parecer unos negrillos. Los florones son bastante mezquinos y están hechos sencillamente de láminas recortadas. En fin, la filigrana está empleada por todas partes, sin variedad y sin gusto, á la manera de un relleno. Diríase que el trabajo de metal ha sido descuidado como accesorio ó encomendado á un simple obrero; en cambio, la plata desaparece casi enteramente bajo una magnífica capa de esmalte pintado.

El decorado polícromo está compuesto de los motivos más diversos: palmas, hojas, figulinas vestidas y desnudas, cabezas de hombres y de mujeres, animales. Los esmaltes son de trabajo italiano y de fines del siglo xv. Los fondos son traslúcidos y aplicados sobre pajizo: es un resto del procedimiento del esmalte sobre relieve, llamado de baja talla, que se ha conservado en Italia, al lado de un procedimiento completamente nuevo, probablemente salido de las oficinas de los vidrieros (2). El camafeo de oro, que derrama luces sobre los cabellos y los paños, y que se compone de figurillas enteras, está empleado como lo fué en 1465 por el florentino Antonio Filarete y, en la misma fecha, por Juan Fouquet, que había sin duda aprendi-

(1) Altura, 0<sup>m</sup>,63; largo de la muestra, 0<sup>m</sup>,20.

(2) Véase, sobre el esmalte pintado en Italia, el librito de Emilio Molinier, *L'Emaillerie*, sencillo volumen de la *Bibliothèque des merveilles* (París, 1891), que no ha sido aventajado.

do á pintar en esmalte durante su viaje á Italia. La pintura es de la más preciosa finura y del más atrevido estilo.

Es imposible que no llame la atención, al examinar el relieve, el pequeño número de motivos religiosos admitidos en su opulenta ornamentación: el disco de cristal que protege la santa Espina y las otras dos reliquias está rodeado de angelillos desnudos que sacan medio cuerpo de entre unas nubes y tocan la música. En medio de ellos, y sobre las reliquias, el Padre Eterno está bendiciendo. La placa redonda que sirve de fondo al compartimento de las reliquias lleva las letras I H S en azul. El ancho medallón que le acompaña forma una miniatura magnífica, de fondo rojo traslúcido, sobre la que está pintada la Virgen con el Niño entre dos ángeles. En torno del medallón vuelan ángeles adolescentes, vestidos de túnicas ligeras, remangadas en la cintura, y *putti* mofletudos.

Todas las otras pinturas son profanas. En torno de la Virgen gloriosa y del coro de ángeles, los medio círculos que forman el bordado festoneado sirven de marco á bustos de mujeres y de hombres peinados á la moda italiana de fines del siglo xv. Sobre el nudo del pie, medallones de emperadores y de héroes, con cascos ó laureles á la romana, en hojas de acanto; fondo rojo traslúcido. Arriba y abajo, en compartimentos de forma ovoide, niños desnudos en camafeo de oro sobre esmalte azul traslúcido. Más abajo, en cuatro compartimentos análogos separados por bandas de filigrana, las cuatro Virtudes. Una cacería—perros corriendo que persiguen á unas liebres—da la vuelta al disco inscrito en el cuadrado que forma la parte superior del basamiento y parece pasar bajo los delfines de plata.

La ornamentación del basamiento cúbico no es ya solamente profana, es pagana. Las cuatro caras, cuyo fondo es púrpura, están adornadas con grisallas modeladas como bajorrelieves y que representan los trabajos de Hércules.

Estos motivos profanos y mitológicos, cuya abundancia está buscada para asombrar, se encuentran en otra pieza de

orfebrería en forma de custodia, con esmaltes pintados en Italia, y que también se conserva en un tesoro de iglesia en España. Esta obra, la única que yo pueda comparar con el relicario de Gandía, es casi tan desconocida como ella. Ha servido de custodia en la capilla real de la catedral de Granada, y su cabeza fué nimbada en el siglo xvii con rayos de plata sobredorada; hoy se halla oculta en el espesor de una pared, detrás de una puerta secreta, con otros tantos objetos preciosísimos, el gran cáliz y la cruz procesional, donados por los Reyes Católicos.

La custodia de Granada tiene el mismo aspecto que el relicario de Gandía y ha tenido las mismas dimensiones (1). Su pie al principio estaba adornado con «serpientes» que se mencionan en un inventario del siglo xvi y que debían ser semejantes á los del relicario. El disco de la custodia está rodeado en una de sus caras por una ronda aérea de niños desnudos, y tiene en la otra cara cuatro medallones que imitan camafeos: no hay el menor motivo religioso. El basamiento del pie, montado sobre tres garras de león, es de forma circular y ensanchado á manera de cubeta. Cuatro medallones ovales, dispuestos en la concavidad, representan una justa de jinetes con la *barbuta* italiana del siglo xv, un combate de peatones, una carcería de ciervos y dos damas tocando el laúd y la mandora. Perros y niños desnudos figuran en el gran anillo que forma el borde de la cubeta esmaltada. Entre las escenas infantiles hay dos que aluden claramente á la leyenda de Hércules: el niño que se apodera de las serpientes y el niño instruído por el Centauro. El tema mitológico se desarrolla ampliamente en la base troncónica del pie: dos cuadros de esmalte pintado, desgraciadamente muy deteriorado, representan en camafeo gris y oro, con magistral firmeza de dibujo é increíble finura

---

(1) D. M. Gómez Moreno la describió por primera vez en su *Guía de Granada*, p. 303, publicada en 1892, y que, bajo su modesta forma, es una obra admirable por la conciencia, la erudición y el gusto.

de pincel, una cara de Diana y el combate de Hércules contra los Centauros.

¿Por qué figura esta imagen de la vida belicosa y galante, esta profusión de recuerdos mitológicos, sobre un objeto de forma sagrada? Un inventario de 1537 da la respuesta en una descripción sumaria: «Una custodia con sus cristales, pieza de plata sobredorada y esmaltada ricamente, que pesa 28 marcos... era espejo de la Reina Católica». *Era espejo de la Reina Católica*; estas palabras lo explican todo, incluso la forma del objeto y la del pie, que se eleva en medio de un «vacía-bolsillos» destinado á recibir collares y joyas. El disco del espejo era muy pequeño: debía de ser de forma convexa, como los espejos que se ven en los antiguos cuadros flamencos. Los espejos con pie de este tipo han sido ciertamente excepcionales; sin embargo, eran conocidos en el siglo xv, no solamente en Italia, sino en Francia.

¿Puede pensarse que el relicario donado por Alejandro VI á la colegiata de Gandía fuera al principio, como la custodia de Granada, una pieza de orfebrería pagana—un «espejo de Lucrecia Borgia»?

Ciertamente, el pie del relicario, con su ornamentación antigua y mitológica, pudo servir de soporte á un objeto de tocador. Las santas imágenes que figuran en el disco no serían las primeras que hayan acompañado al metal pulimentado ó al cristal de un espejo. Más de un espejo de princesa francesa llevó en el dorso «una imagen de Nuestra Señora», como la que está pintada con colores fantásticos en el relicario de Gandía. Veíase sobre espejos franceses del siglo xv, no solamente la imagen de la Virgen, sino la «Verónica», es decir, la Santa Faz. Cuando los más devotos no tenían inconveniente en yuxtaponer el reflejo de su rostro mortal y la máscara milagrosa del Hombre de los Dolores, no hay nada chocante en poner encima de un espejo al Dios Padre del relicario de Gandía, bendiciendo con ademán de Creador una sonrisa de mujer.

¿Pero hay que pensar en una mujer? Si los perfiles femeni-

nos alternan con los rostros de mancebos en torno del disco, los esmaltes del pie no muestran, como los del espejo de la Reina Católica, las jóvenes músicas al lado de los combatientes, y Diana al lado de Hércules.

En cada una de las caras del muestrario, una banderola de plata, que se arrolla en torno de una rama que estuvo esmaltada de verde, lleva unas letras grabadas en bellas mayúsculas italianas, y que componen una inscripción. Léese al lado de la reliquia: *Sudorem fert virtus*—«La virtud quiere sudores»;—al lado de la Virgen: *Virtus laudata crescit*—«La virtud se nutre de gloria».—La virtud en cuyo nombre están dictadas estas máximas no es cristiana: es la *virtud* del Renacimiento italiano, poderosa tanto para el mal como para el bien, y que se confunde con la Fuerza.

Sudor y gloria. ¿No es ésta la lección de Hércules, cuyas hazañas celebró el esmaltista? Si se dirigía al poseedor del objeto, y si este objeto sirvió de espejo, habría que creer que perteneció, no á una princesa, sino á un caballero ó á un soberano; no á una Lucrecia Borgia, sino á un César—ó al Papa Alejandro.

Para transformar este espejo en relicario, bastaba con modificaciones insignificantes: el disco central reemplazado por un cristal, las letras I H S grabadas y esmaltadas en un círculo de plata, á espaldas del medallón, en el que está pintada la Virgen; en fin, el crucifijo minúsculo plantado sobre el coronamiento, en donde tiene todo el aspecto de una adición mezquina. Todo el objeto, en su estado actual, es contemporáneo de Alejandro VI; fué enviado seguramente como relicario con la reliquia. El papa que hizo pintar en su alcoba la historia de Osiris y del buey Apis, antepasado fabuloso del buey de los Borgia, encima de las leyendas de Santa Catalina y de Santa Susana, no podía sentir escrúpulos al encerrar reliquias insignes en un objeto de uso profano, sobre el que se emparejan las pinturas cristianas y profanas como en las obras de Pinturicchio.

Queda una hipótesis: las ramas esmaltadas, en las que se arrollan las banderolas de plata, no tienen hojas; forman una corona erizada de menudas ramillas talladas. Tal vez representan la corona de espinas. El objeto pudo ser encargado, para servir de relicario, á un orfebrero que fabricara espejos de precio y que repitió en la custodia la ornamentación esmaltada de un objeto de tocador. Pero este obrero no arrolló, por su propia iniciativa, en torno de la corona la inscripción de Hércules. ¿Se querrá imaginar que fué compuesta por un humanista capaz de poner al Dios crucificado en paralelo con el matador de monstruos y de ver en el sacrificio de la Pasión un acto de *virtud*? Creo más sencillo aceptar la hipótesis que me ha impuesto la comparación del relicario de Gandía con el espejo de Isabel la Católica y considerar este relicario como un espejo de una riqueza real.

Esta pieza de orfebrería es el único objeto que pueda hoy darnos una idea de lo que fué el mobiliario precioso de la Habitación Borgia. ¿Fué ejecutada expresamente para Alejandro VI? El espejo de Isabel la Católica, inseparable del relicario de Gandía, ha salido del mismo medio artístico. Queda por buscar el taller ó, por lo menos, la ciudad en donde pudieron ejecutarse estos dos objetos de arte.

La orfebrería de las dos piezas presenta detalles de técnica que parecen venecianos: en el relicario de Gandía, la filigrana que cubre con sus finas mallas la mayor parte del pie; en la custodia de Granada, la fina red de pámpanos cuyos racimos forman sobre los anillos del pie un engranaje casi continuo; en fin, los plegados, de aristas angulosas, que son de un perfil y de un trabajo completamente germánico. Sin embargo, el dibujo de conjunto de estos pies de plata esmaltada, y su esbeltez de candelabro antiguo, contrastan con la pesadez de las formas bizantinas y la complicación de los motivos góticos, que se repiten en las custodias y relicarios ejecutados en Venecia hasta el siglo xvi. Recuerdan más bien los caprichos de los marmolistas lombardos que decoraron la cartuja de

Paire. El relicario de Gandía y la custodia de Granada son venecianos por el detalle, «milaneses» por la silueta; tales, en una palabra, que hubieran podido ser ejecutados en un medio en donde se encontraran reunidos orfebres procedentes de diversas partes de Italia. Ahora bien: hubo en Roma, en la corte de Alejandro VI, en donde los orfebres umbrianos eran los más, orfebres milaneses y obreros en materias preciosas oriundos de Venecia: el veneciano Bartolommeo di Tommaso, joyero de Inocente III, pasó al servicio de Alejandro VI, y contribuyó, en 1492, á preparar las fiestas de la coronación.

Emilio Molinier atribuía á los esmaltes pintados en Italia á fines del siglo xv un origen veneciano. Hay que decir que no conoció ni el objeto esmaltado de Gandía ni el de Granada.

Nada análogo á los grandes espejos de pie de plata esmaltada se encuentra en los inventarios de los comerciantes de Venecia que tenían los artículos de tocador y los objetos de lujo, y á los que se llamaba «vendedores de almizcle» (*muschier* en dialecto veneciano). Las pinturas de las dos piezas de Gandía y de Granada aventajan con mucho, por el vigor del dibujo y la precisión del toque, á las figurillas pintadas en blanco sobre fondo azul opaco que decoran algunas custodias venecianas. Los esmaltes venecianos del siglo xv son esmaltes de vidriero; los del relicario de Gandía y de la custodia de Granada son esmaltes de pintor. Los mismos modelos de estas pinturas no son los que eran conocidos en Venecia. Tal vez es posible designar estos modelos, al menos por lo que respecta al relicario de Gandía, cuyos esmaltes están intactos.

Los *Trabajos de Hércules* y los *putti* tienen muchas relaciones con las figuras que representan los mismos asuntos en una habitación del palacio de Venecia y que fueron pintadas en Roma por un discípulo de Antonio Pollaiuolo. La Virgen sentada, en medio del ancho medallón de esmalte, en el nicho de forma de concha de su trono, se parece á las figuras femeninas de las *Artes liberales* que se encuentran en la Habitación Borgia y á otras obras de Pinturicchio, tales como la *Virgen*



de Santa María Fra Fossi, en el museo de Perusa. Pinturas de estilo florentino y umbrío en una orfebrería de dibujo milanés y técnica veneciana: tal es el relicario donado por Alejandro VI á Gandía. Creo que una obra así compuesta no pudo ser dibujada, cincelada y esmaltada sino en Roma.

En cuanto al espejo esmaltado de la capilla real de Granada, es evidentemente un objeto de arte que la Reina Católica recibió de Italia. Pudo serle ofrecido por el Papa que, en 1493, envió á Isabel la rosa de oro.

Otros emprenderán los análisis y las comparaciones que autoricen conclusiones netas y formales. Será preciso, sin duda, tener en cuenta las semejanzas que el relicario de Gandía presenta con el pie de plata esmaltada del célebre «Calvario», que fué donado por el hijo de Mathias Corvin al tesoro de la iglesia de Grau, la primada de Hungría.

Por mi parte, me contento con haber dado á conocer un monumento de orfebrería de excepcional importancia para la historia y para el arte. El *Espejo Borgia*—es, así lo espero, el nombre que ha de quedar al relicario de Gandía—domina desde muy alto á las rarísimas piezas decoradas con esmaltes pintados que hasta aquí podían haberse atribuído á Italia, y de las que las más notables son joyas muy pequeñas, como el triple medallón que posee el conde de Valencia de Don Juan (1); merece ser célebre, como una obra maestra de la pintura italiana en esmalte en tiempos del Renacimiento.

E. BERTAUX

(Concluirá.)

---

(1) *Album de la Exposición histórico-europea*, Madrid, 1892. Pl. LXXXV y LXXXVI.

## CRÓNICA LITERARIA

---

*Estudios de la vida, reinado, proscripción y muerte de Carlos IV y María Luisa de Borbón, Reyes de España*, por Juan Pérez de Guzmán, de la Academia de la Historia.—Madrid, 1908.

El Sr. Pérez de Guzmán ha tenido el mérito, raro en el historiador y en el artista, de elevarse por encima de su asunto. Sobre la trama de espionaje, de asechanzas y persecuciones que, por modo magistral, pinta en su libro *Estudios de Carlos IV y María Luisa, Reyes de España*, flota una intención generosa: la de devolver el lustre y el honor á algunas figuras históricas. No se contenta con narrar de un modo ameno y atrayente, ni con descubrir nuevos datos documentales para la historia: quiere convertir á ésta en un instrumento de póstuma justicia moral. Esto avalora su obra y la rodea de una noble aureola, cualesquiera que puedan ser los resultados del intento.

Cuatro estudios comprende este libro: *Las alhajas de la Reina*, *La ahijada de María Luisa*, *Cómo murió la Reina María Luisa* y *El testamento de la Reina*. Abarca un período breve de tiempo, desde 1815 á 1819, y todavía los principales sucesos que narra fueron ocurridos en un solo año, en 1818. El lugar de la acción es Italia, y en ella Roma, Florencia, Pisa y algunas otras cortes y lugares italianos. Los personajes, María Luisa, Carlos IV, Godoy, Pepita Tudó, Carlota de Godoy y Borbón, los jóvenes Luis y Manuel Godoy, el embajador

Vargas Laguna, el confidente Martínez, y en término más lejano Fernando VII, el siniestro rey chispero; Metternich, Kaunitz, el emperador Francisco, el rey Fernando de Nápoles y muchos otros sujetos, ya españoles, ya de la corte papal ó de los varios Estados en que se hallaba dividida Italia.

El más extenso y dramático de estos estudios es el titulado *Las alhajas de la Reina*. Los reyes Carlos IV y María Luisa residían en Roma en el palacio Barberini. Junto á ellos continuaba Godoy con su hija Carlota, habida en el matrimonio del valido con D.<sup>a</sup> Teresa de Borbón y Villabriga, hermana del cardenal de la Scala, aquella á quien las turbas del motín de Aranjuez que persiguieron á muerte á Godoy llevaron en triunfo, como en señal de condenación y protesta de los amores del favorito con la Tudó. Esta, alejada de Roma por el Gobierno pontificio, á instancias de Fernando VII, residía con sus dos hijos en Pisa. Entre el palacio Barberini y la residencia de Pepita Tudó mediaba activa correspondencia, sostenida principalmente por la reina María Luisa y Godoy con aquella atractiva mujer, á quien un largo y fuerte vínculo amoroso, estrechado por la maternidad, hacía mirar como en posesión de estado de esposa del ministro caído, y á quien la reina prodigaba las más extremas demostraciones de su afecto, así como á los hijos varones de Godoy, que por bastante tiempo habían vivido, durante el destierro, en la familia de los reyes padres.

Sobre los desterrados de Roma y de Pisa ejercía Fernando VII, por medio de su embajador cerca del Papa, Vargas Laguna, una vigilancia incesante y un activo espionaje. Tenían aquéllos entre sus familiares gentes vendidas que comunicaban sus palabras y actos. Su correspondencia era interceptada y abierta. El Sr. Pérez de Guzmán ha descubierto esa correspondencia y la sostenida por Vargas Laguna con la corte de Madrid, y esa fuente documental interesantísima, rica en pormenores íntimos, ha sido la base de su estudio.

Vargas Laguna era una de las antiguas hechuras de Godoy. Este le había traído á Madrid, le había dado entrada en

la Sala de alcaldes de casa y corte y le había hecho ingresar después en la diplomacia. Tal vez por esto se veía en el caso de extremar su oficiosidad en las misiones policiacas, cuya dirección ejercía, y en la coacción moral que de continuo hacía pesar sobre los desterrados. El interés de Fernando VII en vigilar á sus padres y al que había sido depositario de la confianza de ellos y su ministro omnipotente, se explica de sobra si se recuerda cómo subió al trono el hijo de Carlos IV, elevado á impulso de la sedición de Aranjuez, que arrancó al rey Carlos una abdicación forzada, de la cual hubo de retractarse después al engañoso amparo de los franceses, y que volvió á ratificar, restaurado ya en el trono Fernando VII. La situación turbada de España y las inquietudes de una turbia conciencia debían de sugerir á Fernando el temor de que su padre pudiese tratar de recobrar el trono. Otros motivos de orden inferior se unían á éste. El rey participaba del general convencimiento de los amores entre su madre y Godoy, hecho ó especie al cual había dado autoridad de cosa juzgada el decreto de las Cortes que separaba de la sucesión á la corona á la reina de Etruria y al infante D. Francisco de Paula Antonio, considerados como espurios. Conociendo la índole liberal y dadivosa de la reina, la debilidad y corta inteligencia del rey Carlos y el ascendiente que sobre ambos ejercía Godoy, se temía que éste, desposeído de la mayor parte de sus bienes, que le fueron confiscados al caer del Gobierno, caso frecuente en validos, tratase de explotar á los ancianos reyes en beneficio propio, en el de su amante Pepita Tudó y de los hijos habidos en ésta.

Gracias á la enérgica intervención de Murat, había salvado el favorito, á más de la vida, alguna parte de sus pasadas riquezas. Pero eran grandes sus gastos, considerable la carga de pensiones que seguía pasando á los antiguos servidores fieles de sus épocas de esplendor. La holgura y aun el lujo con que vivía la Tudó, á quien Carlos IV en los días dichosos y triunfantes de Godoy había decorado con el título de condesa de

Castillofiel, daba color á las sospechas de que el valido explotaba largamente la liberalidad de sus antiguos amos. Así llegó á forjarse la sospecha de que la reina le había entregado las desaparecidas alhajas de la corona, y que él á su vez las había pasado á manos de Pepita Tudó ó las conservaba ocultas. De ahí vino el episodio histórico que con tanto arte, logrando una verdadera resurrección de estos sucesos íntimos, ha narrado el Sr. Pérez de Guzmán.

Los personajes de este drama ejercían unos sobre otros una mutua coacción. Fernando VII, el más poderoso, puesto que poseía la efectividad del poder real, estaba contenido en sus anhelos de persecución y de venganza por el temor de provocar un escándalo en Europa, que redundase en desdoro de la majestad regia y repercutiese en contra suya en la opinión de España. Los reyes padres, ó acaso hablando con mayor exactitud, María Luisa, se hallaban sujetos por el temor de que el rey su hijo, influyendo sobre la corte romana, hiciese separar de su lado al valido, y aun procurase su extradición. Carlos IV, dominado por su esposa, buscaba ante todo la quietud doméstica. Inspirándose en ella, pidió y obtuvo que se permitiese la estancia de Godoy en Roma; y más adelante, cuando dádivas y halagos le pusieron de parte del rey su hijo, no pasó de sostener con éste una correspondencia reservada y ayudar secretamente á sus designios, sin osar ponerse abiertamente enfrente de la reina, que le dominaba. Godoy, por su parte, temía por sí y conservaba acaso esperanzas remotas de rehabilitación ó por lo menos de reintegro de alguna parte de sus bienes, que le obligaban á mostrar resignación y á no colocarse en actitud de hostilidad á la corte de Madrid, de la que había recibido tantos agravios y de la que se sabía tan odiado.

El gran anhelo de María Luisa, de Godoy y de Pepita Tudó fué librarse de la presión moral de estas amenazas. Para ello intentaron la naturalización y establecimiento de Godoy en Austria, á fin de que bajo la protección imperial pudiese

residir seguro en Roma junto á los reyes padres y acompañado de Pepita Tudó y de sus hijos, á quienes esperaba se haría extensivo aquel beneficio. Metternich y Kaunitz se mostraron propicios; se trató de que el valido adquiriese en Austria tierras y títulos, y aun obtuviera alguna dignidad, como la de consejero privado del emperador, que le restituyese alguna sombra ó simulacro de sus pasadas grandezas. Los agentes de Fernando VII, ayudados por la traición de las personas de quienes se servían en sus gestiones los desterrados, desbarataron este proyecto, como habían estorbado la tentativa de anulación del matrimonio de Godoy con la condesa de Chinchón, Teresa de Borbón y Villabriga, intento encaminado á hacer posible el enlace del Príncipe de la Paz con la Tudó y la legitimación de sus hijos.

No se consiguió este resultado, sin que el emperador, con demostraciones visibles de frialdad, diese á entender el desagrado que le producían estos manejos, ni sin que Metternich acusase, con razón, á la diplomacia española de no ocuparse más que en *chinchorrerías*. Otros desaires aún más notorios tuvo que sufrir Fernando VII en sus empeños de persecución contra Godoy. El Consejo de la Legión de Honor se negó á exonerarle del gran cordón de la Orden con que Napoleón le había condecorado, mientras no hubiese contra él una sentencia formal; y el Gobierno de la Confederación helvética, de quien se solicitó que negara asilo en Ginebra á la condesa de Castilofiel (Pepita Tudó) y sus hijos, respondió altiva y secamente:

*Les formes constitutionnelles d'une fédération des Républiques ne sont compatibles avec l'action d'une police secrète.*

Surgió entonces el asunto de las alhajas. Carlos III había vinculado las espléndidas joyas de la Corona. Cuando, triunfante el motín de Aranjuez, Carlos IV se vió forzado á abdicar, los reyes padres hicieron entrega de aquellas preseas, sin separar de ellas las piedras preciosas de su propiedad particular que á algunas de ellas habíanse añadido cuando las usaba

para su adorno María Luisa. Al volver Fernando del destierro habían desaparecido esas alhajas, y el rey, cuando él y su hermano D. Carlos María Isidro casaron con las infantas de Portugal D.<sup>a</sup> María Isabel Francisca y D.<sup>a</sup> María Francisca de Asís, carecía de joyas de proporcionado valor que ofrecer á la nueva reina. Movido de la sospecha de que la reina María Luisa retuviese las joyas de la Corona ó parte de ellas, ó las hubiese pasado á poder del valido, y éste al de Pepita Tudó, impulsó á Vargas Laguna á procurar la restitución de aquellas ricas joyas. Este episodio es el asunto del más extenso de los cuatro estudios históricos del Sr. Pérez de Guzmán, coleccionados en el volumen de que vengo hablando.

La tenebrosa gestión de Vargas Laguna tuvo por término el fracaso; por compañeros, la odiosidad y el ridículo. Se arrancó á la reina el inventario de sus joyas particulares. Se ocuparon las alhajas de Pepita Tudó, y una vez examinadas en Roma, se vió que eran las de su propiedad personal, y fué forzoso restituírselas, después de enérgicas reclamaciones de su parte. Hubo pormenores de sórdida mezquindad, como el de retener unos botones de brillantes que Carlos IV había regalado á Godoy, y éste á su amiga. Al final de la empresa, después de haber despertado las hablillas y la rechifla en las cortes italianas, de haber desacatado á la majestad real en la persona de María Luisa, de haber sembrado la discordia en el palacio Barberini, de haber utilizado espías despreciables y de haber hecho objeto de injustas vejaciones á la compañera de Godoy, los promotores de este negocio quedaron confusos y avergonzados de su obra.

Según el Sr. Pérez de Guzmán, las desaparecidas joyas formaron parte del botín de guerra de los franceses.

*La ahijada de María Luisa*, á quien está consagrado otro de los estudios del Sr. Pérez de Guzmán, era D.<sup>a</sup> Carlota de Godoy y de Borbón, nacida del matrimonio del valido con la condesa de Chinchón. Mientras su madre vivía en Toledo á la sombra de su hermano el cardenal de la Scala, la joven siguió

á su padre á la emigración, y vivió en compañía de los reyes padres, de quienes era ahijada. El asunto de esta monografía histórica consiste en la recelosa vigilancia y en las intrigas que la diplomacia de Fernando VII ejerció respecto de los proyectos matrimoniales de Carlota. Hubo un momento que se habló de un posible enlace de la hija de Godoy con el infante D. Francisco de Paula Antonio, y la corte de Madrid puso un resuelto veto á esta alianza, contra la cual se suponía que militaban impedimentos de sangre. Después, el matrimonio de Carlota siguió siendo una pequeña cuestión de Estado, en la cual, de parte de Fernando VII y de su representante Vargas Laguna, se traslucía el temor de que un brillante enlace de la joven con algún príncipe italiano pudiese levantar á Godoy de su caída y hacerle otra vez temible ó independiente. Muerta María Luisa, Carlos IV, enemistado ya con Godoy desde el viaje á Nápoles, corte de su hermano Fernando IV, donde hubieron de convencer al ya caduco monarca de que el valido había ultrajado el tálamo real, se apresuró á significar su voluntad de que la joven saliera del palacio Barberini, y la señaló una pensión de mil duros al mes, que fué suprimida apenas falleció, diez y ocho después de la muerte de su esposa, el anciano rey. Carlota casó al cabo con el conde Camilo Ruspoli, y de este episodio, rodeado del mismo ambiente de ruindad moral que el de las alhajas de la Corona, se destaca como por menor inhumano y doloroso el hecho de que los enemigos de Godoy llegasen á convertir á Carlota en espía de los proyectos de su padre.

*Cómo murió la reina María Luisa y el Testamento de la reina* son otros dos estudios episódicos que completan el cuadro de la historia secreta y doméstica de los reyes desterrados en Roma. ¡Tristes bastidores de la historia, por donde pasean en lamentable desnudez las flaquezas humanas! La reina murió de una pulmonía en Roma. Los años, los sinsabores y agravios del asunto de las joyas habían quebrantado su salud más que su ánimo. Murió rodeada de sus hijos y teniendo á la



cabecera á Godoy, mientras Carlos IV se hallaba en Nápoles, adonde le habían atraído los obsequios y ovaciones con que allí fuera acogido en otro anterior viaje, y que eran para él como un eco de sus días de reinado. El testamento de la reina, autorizado por la firma de Carlos IV, dejaba por heredero universal á Godoy, «á quien, en descargo de nuestra conciencia—decía María Luisa,—debemos esta indemnización, por las muchas y grandes pérdidas que ha sufrido, obedeciendo nuestras órdenes y las del rey, mi augusto esposo aquí presente, y porque cuando lo pidió le impedimos hacer dejación de los empleos y cargos que tenía en el Reino, y que se retirara á pasar su vida tranquila alejado de las revoluciones políticas».

Este testamento no se cumplió. Carlos IV, con su inconsecuencia y su flojedad de siempre, reñidas con todo sentimiento de formalidad y de decoro varonil y regio, declaró que lo había firmado porque la reina estaba muy mala cuando testó y no se atrevió á contrariarla. De los hijos de María Luisa, la princesa de las dos Sicilias y la reina de Etruria, se manifestaron dispuestas á respetar la voluntad de la muerta. La princesa de Portugal reclamó su parte, y con ella los demás herederos que se habían mostrado vacilantes. En cuanto á Fernando VII, excusado es decir que no hizo caso alguno del testamento. Godoy se limitó á mandárselo privadamente al rey, y apoyó en aquella institución de heredero incumplida sus peticiones de indemnización ó socorro, cuando ya en la ancianidad llegaron para él tristes días de miseria y se vió desamparado por completo, hasta que en 1847 se dictó el decreto de su rehabilitación y se le devolvieron los restos de sus bienes.

La principal rehabilitación histórica que persigue el señor Pérez de Guzmán, ó sea la de refutar la creencia en los amores de María Luisa y Godoy, ¿se destruye con esta interesantísima correspondencia? La respuesta me parece dudosa. Los documentos no son decisivos en la historia, porque no recogen to-

dos los hechos ni los recogen con imparcialidad. Los papeles históricos callan y desfiguran muchas cosas, sobre todo cuando son éstas de índole reservada y secreta. Sería preciso para formar juicio definitivo conocer otras fuentes, entre ellas el archivo secreto de Fernando VII, del cual dice el ilustre historiador que será la «última palabra documental» para la rehabilitación de María Luisa y Godoy. En la correspondencia ahora publicada hay indicios contradictorios; la constante solicitud de la reina en favor de Godoy, su testamento, el hecho de que hasta al morir esté el valido á su cabecera, alternando con los hijos de la moribunda, parecen señales de un afecto superior á la amistad. En cambio, el cariño apasionado que demostraba María Luisa á Pepita Tudó y á sus hijos, y hasta el proyecto de boda entre Carlota Godoy y el infante D. Francisco de Paula Antonio, parecen refutar la leyenda de los amores roales, aunque no carecerían de explicación, si la leyenda fuera verídica. María Luisa era ya anciana, y el amor se trueca á veces en un afecto maternal. El proyecto de enlace pudo ser una ficción ó una de esas especies que se dejan circular sin ánimo de llevarlas á la práctica. ¿Quién penetrará en el secreto de aquellas vidas?

Pero si esta rehabilitación no aparece clara y decisiva, en cambio del libro magistral de Pérez de Guzmán brota otra, una rehabilitación moral de los caracteres. La noble dignidad con que soporta Godoy su desgracia; la consecuencia de la reina en afectos, fuesen de amistad ó de amor; la ternura de madre y de amante de la Tudó, ennoblecen estas figuras y piden para ellas una mirada simpática é indulgente. Para que nada les falte, tienen el contraste de los ruines caracteres que trabajaron en su daño y del lamentable y borroso carácter del insignificante Carlos IV. Lo oscuro del fondo hace resaltar más aquellas figuras, las presta luz y hace más nobles sus contornos.

El mérito de un libro de historia no consiste en demostrar. Aunque el Sr. Pérez de Guzmán no hubiese demostrado lo que

---

se proponía—extremo sobre el cual no me pronuncio, —no valdría menos por ello este trabajo histórico de peregrino estilo, vivo interés dramático y paciente y erudita investigación. En nuestra moderna literatura histórica hay pocos libros que puedan alternar con este bello y sabio volumen.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

# REVISTA DE REVISTAS



SUMARIO.—COSTUMBRES: El arte del policía moderno.—HISTORIA: El celibato eclesiástico.—CRÍTICA: ¿Arribistas ó arrivistas?—La imposibilidad de poder.—Por la forma y por el fondo (galicismos).—LITERATURA: Pablo Verlaine.—ENCICLOPEDIA: Observaciones y pensamientos de Renan.—IMPRESIONES Y NOTAS: Una poesía de Lady Byron.—La profesión de escritor en Inglaterra.

## COSTUMBRES

EL ARTE DEL POLICÍA MODERNO.—La novela judicial está de moda. Todo el mundo se interesa por los asuntos policíacos, y hasta en la austera literatura médica, so capa de medicina legal, ha penetrado la literatura policíaca. Bercher, en su tesis del doctorado, según dice el Dr. Romme en *La Revue*, ha establecido el paralelo entre el médico que busca su diagnóstico y el detective que sigue una pista. Y en efecto, las enfermedades, á veces, en lugar de manifestarse por una serie de síntomas clásicos, se manifiestan por uno ó dos signos de difícil interpretación: el médico perspicaz los analiza y hace por ellos su diagnóstico; el policía á su vez, sin más datos que un botón, un pedazo de tela ó un pañuelo, descubre una pista, la sigue y reconstituye el crimen con todos sus pormenores: Lecoq en las novelas de Gaboriau, Sherlock Holmes en las de Conan Doyle, Dupin en la de Edgar Poe (y el Dr. Romme se olvida del *Zadig* de Voltaire, que es el verdadero modelo) son otros tantos ejemplos de estos hábiles policías, tipos reales aunque parezcan imaginarios, pues basta hoy con las publica-

ciones médicas para encontrar hechos auténticos del mismo género.

No hace mucho llegaba á la oficina de Correos de Lausana una carta certificada con mil francos; abierta por el destinatario, se encontró con que faltaban 400 francos. El sobre estaba intacto; iba ya á archivarse la causa, cuando un policía examinó el sobre á la lámpara y descubrió una rebaba de cola sobre un sello pegado al cierre; como el sello llevaba el timbre de la oficina de Lausana, era evidente que la carta había sido abierta allí; circunscrito así el campo de investigación, no tardó en descubrirse al culpable, que era un empleado del Correo.

Hace unos veinte años se halló estrangulada en su cuarto, en Lyon, á una mujer de mala vida: llevaba en la parte interior del cuello cinco huellas digitales, cuatro á la izquierda y otra más ancha á la derecha; al agente encargado del proceso le chocó la irregularidad de aquellas huellas, y tratando de aplicar sus dedos á ellas, no lo pudo conseguir sino forzando el índice, de donde dedujo que el estrangulador debía tener mal formado aquel dedo; uno de los sospechosos tenía, en efecto, el dedo índice mutilado por un accidente; se le prendió y confesó su crimen.

En el cuarto de una mujer que había sido asesinada, en una villa belga, sólo se encontró, por todo indicio, en una mesa, un cilindro de ceniza de cigarrillo; el agente, que era fumador, reconoció que aquella ceniza procedía de tabaco argelino. Como el artículo era algo raro, la estanquera recordó que la víspera había vendido un paquete á un individuo, cuyas señas dió; dos horas más tarde era preso, y en el bolsillo de su chaqueta se encontró el paquete revelador.

Podrían multiplicarse estos ejemplos, que prueban el espíritu de observación de la policía. ¿En qué consiste, sin embargo, que, á pesar de esa penetración, cada vez es mayor el número de crímenes impunes? Porque si el policía afina su perspicacia, el criminal afina sus procedimientos. Hoy manejan

bien el cloroformo, el opio y la morfina, y no está lejos el día en que abandonen el arsénico para emplear toxinas microbicas difíciles de descubrir en un cadáver. El criminal moderno es muy ilustrado y está al corriente de todos los adelantos de la ciencia que puede aprovechar. ¿No ha sido recientemente forzada la caja de caudales de un banco de Marsella por medio del soplete oxiacetilénico, aparato inventado hacía menos de un año por un ingeniero para poder cortar con rapidez las planchas de acero?

Claro es que si el criminal se ha hecho científico, la policía no se ha quedado atrás. Antes, cuando se quería descubrir una falsificación por raspadura, se ponía en el sitio sospechoso una gota de agua: si el papel había sido raspado, se corría; si no, quedaba íntegra; con esta prueba insegura se estropeaba el documento. Hoy se fotografía, y el raspado se descubre perfectamente por diferencias de color bien claras y definidas; ó bien se pasa una plancha caliente por el reverso, y la caramelización de las sustancias gomosas de la tinta hace resaltar en negro los rasgos raspados; y hasta se hace reaparecer la imagen latente de la escritura por el mismo procedimiento, de tal modo que al estafador no le basta con arrancar de su cuaderno las hojas acusadoras, pues tiene que arrancar también las que estaban en contacto con ellas, á pesar de su inmaculada blancura aparente. Cuando el falsario se ha servido de ácidos y cáusticos, la fotografía los revela también, porque las tintas de los sitios atacados son diferentes en la prueba fotográfica. Hay casos en los que una carta quemada puede descifrarse en el papel carbonizado, cuidadosamente recogido. Pero hasta cuando no se encuentra una hoja, sino montones de papel quemado, no se debe desesperar. Por de pronto se fotografían, para lo cual se sopla con un cartón, y cuando se ha levantado la primera hoja ó pedazo de papel, se mete entre ella y la siguiente una placa de cristal, y se la embebe con un fijativo que la haga menos quebradiza; se desarrolla y se fotografía; y así se hace con las demás.

En cuanto á las manchas, para saber si son ó no de sangre, antes se las examinaba al microscopio, y según el aspecto de los glóbulos, así se resolvía si eran ó no de sangre humana: el medio no era malo si la mancha era reciente; pero cuando estaba muy seca era de todo punto ineficaz. Hoy se lava la mancha, se vierten unas gotas del lavado en un tubo de suero específico procedente de un conejo inoculado con sangre de hombre, y si la adición del agua del lavado enturbia el suero ó produce un precipitado, no hay duda de que la mancha analizada es de sangre humana.

Un buen agente de policía debe ser un psicólogo; pero esta psicología debe utilizarse en el interrogatorio de los acusados. El profesor Münsterberg ha ideado para ello un método excelente basado en la asociación de las ideas. En una hoja de papel se escribe una serie de palabras, en la que alternen términos indiferentes con otros relacionados con el crimen, haciendo que el acusado la lea en alta voz, agregando á cada palabra las que se le ocurran por asociación de ideas; así, la palabra *tinta*, por ejemplo, despierta las de *papel*, *pluma*, *escribir*, etc. Está probado que la respuesta viene en seguida para las voces indiferentes; pero tratándose de las otras, el criminal vacila, se retrasa, las pronuncia de otro modo, y así se recoge algún indicio.

En lo que se ha progresado mucho ha sido en la identificación de los criminales. Las huellas de los pies fueron un dato de identificación muy útil: al principio se dibujaron; pero luego se modelaron con escayola, goma laca, parafina y cera. En 1855 se procesaba al incendiario Petit, que negaba todo y que iba á ser absuelto, cuando un testigo llamó la atención de la Audiencia sobre un hueco que había en la huella de la planta del pie que se había recogido; se hizo descalzar al acusado, y precisamente en el sitio del hueco se vió que tenía una gran verruga, y que el pie se adaptaba perfectamente á la huella recogida. Condenado á muerte, fué ejecutado en Ruán.

Bertillon es quien ha llegado á la perfección, haciendo de

la identificación de los criminales una ciencia exacta como lo es la Antropometría, cada vez más perfecta, con sus fichas antropométricas y dactiloscópicas, con sus fotografías, con su conjunto de datos infalibles, que tantos servicios han prestado á la policía y que hoy están adoptados por todas las naciones cultas.

Un proceso curioso, en el que la antropometría ha representado brillante papel, es el referido por el Dr. Lacassagne en su *Tratado de Medicina legal*. La condesa Kwilecka, noble polaca, era acusada de sustitución de niño para obtener la herencia de un mayorazgo, suponiendo los herederos presuntos que la condesa había simulado un parto y que el hijo que daba por suyo lo había comprado á Cecilia Meyer. Estaba tan embrollado el asunto, que el Tribunal de Berlín decidió nombrar una comisión compuesta de dos médicos y un pintor para examinar fisiológicamente al niño de la cuestión, comparándolo con los miembros de la familia de la condesa y con los de la familia Meyer. La prueba fué aplastante para los acusadores, y la maternidad real de la condesa quedó reconocida sin vacilaciones por la conformación de las orejas, la forma de las cejas y del arranque de la nariz y el color de los ojos; el niño se parecía completamente á la condesa, teniendo además la barbilla la misma forma que la de otras dos hijas de la acusada, sus hermanas mayores; en cambio ninguno de sus caracteres anatómicos se encontraba en la familia Meyer.

Como se ve, la Medicina y las Ciencias exactas han invadido el terreno de la policía judicial, con lo cual nada han perdido una ni otra. El arte del agente de policía ha dejado de ser lo que era antiguamente. Hoy se necesita, como siempre y como primera condición, tener olfato; pero ese olfato está hoy avivado por múltiples recursos, que deben ser conocidos para poder ser utilizados.



## HISTORIA

EL CELIBATO ECLESIASTICO.—El problema del celibato eclesiástico, como dice en la *Grande Revue* el abate Ménelloff, es un problema complejo que afecta á la vez á la psicología, á la moral, á la historia y á la sociología. Abarcado en su totalidad exigiría un nutrido volumen; pero Ménelloff sólo lo estudia por el lado pintoresco, por el de la curiosidad, dividiendo la historia del mismo en dos épocas bien distintas, la primera hasta el siglo IV y la segunda hasta nuestros días.

El autor de la primera epístola á Timoteo es quien estableció la primera regla práctica, deducida del ideal de continencia recomendado, aunque no impuesto, por Jesucristo. «Es preciso, dice (III, 2), que el obispo, es decir, que el vigilante, sea irreprochable, *usando de una sola mujer*; sobrio, circunspecto, arreglado en su conducta, hospitalario, apto para la enseñanza». En la epístola á Tito se reproduce (I, 6-7) esta prescripción: «Te he dejado en Creta para que establezcas ancianos en cada ciudad, si hay en ella algún hombre intachable, *marido de una sola mujer*». Como se ve, no es de celibato, sino de monogamia de lo que aquí se trata.

En el siglo IV las *Constituciones apostólicas* precisan el alcance de los términos algo vagos de *obispos*, *vigilantes* y *ancianos* de la edad apostólica, extendiendo á todo el clero la obligación de renunciar al segundo matrimonio. Como entonces el bautismo se recibía en la edad adulta, hubo dudas acerca de si la monogamia se extendía á la edad anterior al bautismo ó sólo á la posterior, hasta que los Papas resolvieron que se extendía á toda la vida. Todavía quedaba otra duda: ¿se trataba de la bigamia simultánea ó de la sucesiva? Había opiniones; muchos obispos habían tenido sucesivamente varias mujeres, y la práctica excluía de las órdenes únicamente á los que tenían dos mujeres á la vez; como solución á estas dudas se adoptó como

regla general que la bigamia era un impedimento para recibir órdenes sagradas.

El matrimonio, por consiguiente, estaba permitido, y con él se conciliaban intereses atendibles sin faltar á la tradición ni á las prácticas apostólicas. El ideal, sin embargo, era siempre el celibato, y muchos sacerdotes, todos los escogidos desde luego, practicaron la continencia como una virtud. Así se dejaba á un lado la letra del Evangelio para penetrar en su espíritu y acomodar la vida al ideal con voluntaria y meritísima abnegación.

A principios del siglo III, Tertuliano se encontró con un viudo que quería volverse á casar. Para apartarle de su propósito, el rígido moralista le expone el espectáculo de la belleza del celibato eclesiástico. Por el mismo tiempo Eugenio de Alejandría se explica en términos semejantes, abogando por el celibato, y apoyándose para ello en la Escritura, que interpreta alegóricamente. En el siglo IV el historiador Eusebio hace notar que la continencia conviene á los sacerdotes y á todos los empleados en el servicio divino; y hasta Sinesio, filósofo neoplatónico hecho á pesar suyo obispo de Ptolemaida, dice que los obispos casados, al recibir órdenes sagradas, tenían costumbre de renunciar á los derechos conyugales y vivir desde entonces en continencia. San Jerónimo, por su parte, en su polémica con Vigilancio, adversario de la virginidad, afirma que las iglesias de Egipto y de Roma no aceptaban en aquella época sino sacerdotes vírgenes ó continentes; si estaban casados, se les exigía que renunciasen á todo trato con sus esposas.

Como ocurre siempre en casos semejantes, ciertos autores han rebasado el alcance de estos textos, y en lo que constituye un impulso hacia la perfección evangélica han querido ver un título jurídico; más celosos que críticos, más propagandistas que historiadores, esos autores estiman que los testimonios citados suponen que el celibato ha sido establecido por una ley apostólica. Es un deseo plausible de poner la institución del celibato bajo la autoridad de los apóstoles; la intención es bue-

na, pero está en pugna con los hechos históricos; otras autoridades, como Clemente de Alejandría, el canon 10.º del Concilio de Ancira (314), el 4.º del Concilio de Gangres y las Constituciones apostólicas (del 400 probablemente), confirman la existencia del matrimonio eclesiástico; el 6.º canon apostólico prohíbe al sacerdote y al obispo alejar á su mujer so pretexto de piedad, con amenaza de excomunión; los cánones de Hipólito establecen que «el sacerdote cuya esposa ha dado á luz siga en sus funciones». Es, pues, un hecho perfectamente comprobado que el celibato, como estado ideal vivamente deseado por todas las almas escogidas de los primeros siglos, no tiene por base ninguna ley apostólica.

Y ahora viene la segunda parte. A partir del siglo iv, la disciplina del celibato, oscilante hasta entonces, tiende á tomar forma fija y normal. Pero la Iglesia griega se separa de la latina en este punto. En Oriente, la Iglesia griega invoca las *Constituciones apostólicas* y los *Cánones apostólicos*, que modifica en el sentido de la severidad cuando se trata de los obispos, para legitimar el matrimonio de sus sacerdotes; estas pretensiones están en pugna con toda la tradición histórica de las mismas iglesias orientales. El historiador Sócrates garantiza el uso de la de Macedonia y la Hélada; según su relato, el episcopado casado observaba habitualmente la continencia, práctica que llegó á convertirse en ley general; la legislación político-religiosa de Justiniano, por oposición á la de Teodosio, llega al exceso de establecer que «quien tenga hijos ó nietos no podrá ser ordenado de obispo», porque el obispo es el padre espiritual y no podría conciliar esta misión con los cuidados de la familia. Los clérigos inferiores pueden usar sus derechos conyugales, pero los sacerdotes, diáconos y subdiáconos no tienen facultad de casarse después de la ordenación; el clérigo que infrinja esta ley pierde su dignidad, siendo además nulo su matrimonio é ilegítimos sus hijos. En el Concilio de Trullo (692) la Iglesia de Oriente arregló en el mismo sentido justiniáneo la disciplina del celibato, estableciendo que el

obispo está sujeto á la abstinencia absoluta; si está casado, su esposa debe, desde la ordenación, dejar el domicilio conyugal y vivir en un monasterio alejada del mundo, atendiendo el obispo á sus gastos; los presbíteros, diáconos y subdiáconos tampoco pueden casarse después de ordenarse, pero si están casados pueden hacer uso de los derechos del matrimonio; renunciar á ellos, como quiere la Iglesia romana, es ir contra los antiguos cánones. Tal es la disciplina de la Iglesia griega actual, que se separa en esto de Roma; la Iglesia griega estima el celibato como un ideal; la romana lo impone como una obligación.

El Occidente dió más firme orientación á la práctica del celibato. El canon 33 del Concilio de Elvira (300) es el testimonio más antiguo de esta orientación; según el mismo, los obispos, presbíteros y diáconos deben abstenerse de todo trato con sus esposas, so pena de deposición. El Concilio de Roma (386) prohíbe á los presbíteros y diáconos habitar bajo el mismo techo que sus mujeres. El Papa Siricio, que lo presidió, quiso extender esta regla á toda la Iglesia latina, y para ello escribió á Himerio, obispo de Tarragona, y á los obispos de Africa. El Papa Inocencio I renovó estas prescripciones en sus cartas á Witricio, obispo de Ruán, y á Exuperio, de Tolosa. Gracias á la intervención pontificia, Africa, España y Galia entraron por el camino que se les trazaba. Los Concilios de 390 y 401 de Cartago prohíben á los presbíteros y diáconos casados usar de sus mujeres; y el Concilio de 406 en Toledo toma la misma decisión.

San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín, los grandes doctores de la Iglesia latina de esta época, prestan su eficaz concurso á la iniciativa del papado, combatiendo enérgicamente las doctrinas de Helvidio, de Joviniano y de Vigilancio, demasiado favorables á las exigencias de la carne, y á partir del siglo v el Papa San León obliga hasta á los mismos subdiáconos á la observancia del celibato. En las Galias los Concilios de Tours, de Orange y de Arlés en la segunda mitad del

siglo v mantienen el celibato, aunque suavizando las penas contra los violadores, á quienes se admite á comunión privándoles de las funciones sagradas. Se llegaba prácticamente á la última etapa de la evolución.

Importaba, sin embargo, reglamentar la suerte de las esposas de los sacerdotes. La Iglesia tuvo con ellas muchos miramientos. He aquí la regla de San León: «No es preciso que los ministros del altar despidan á sus mujeres; basta que vivan con ellas como si no lo fuesen; que su matrimonio carnal se transforme en unión espiritual; de este modo el amor conyugal quedará á salvo y las obras nupciales cesarán».

Estas reglas rigieron la disciplina hasta el siglo xii, salvo algunos incidentes. Así en el siglo viii el celibato pasó por una gran crisis á consecuencia de la relajación de costumbres. En Galia está en decadencia bajo Carlos Martel; en España el rey Witiza lo deroga. Bajo los Carlovingios mejora la situación. En el siglo x, «el siglo de hierro», el celibato sufre eclipsis general, y el clero de Alemania, de Lombardía, de Normandía y de Roma vive en pleno desorden. Una serie de Papas inteligentes y enérgicos, León IX, Gregorio VII, Urbano II y Calixto II, logran restaurar la disciplina y hacer entrar al clero en la senda del deber. El Concilio ecuménico de Trento, con la institución de los seminarios, da la última mano á la obra, y corona el edificio secular estableciendo en sólidas bases la ley del celibato, que desde entonces no ha sufrido ninguna alteración.

### CRÍTICA

¿ARRIVISTAS Ó ARRIBISTAS?—En una correspondencia de París, inserta en el *A B C* y firmada por Cadenas, se llama á los señores Berteaux y Maudel, los dos personajes que se propinaron un par de sonoras bofetadas en plena Cámara, «políticos y *arrivistas*»; y como la palabra se emplea bastante en Francia, y ha empezado á usarse hace tiempo también en España, y es

seguro que será de las que tienen fortuna, porque responde á un hecho positivo que tiene en ella su perfecta expresión, conviene salirla al paso para vestirla á la castellana antes de que su disfraz francés se popularice y sólo con él se la reconozca.

En francés *arriver*, llegar, da *arriviste*, el que llega (á la meta), ó mejor dicho, el que pretende llegar, el que tiene por credo y por sistema el llegar; la palabra *arriviste* está, por consiguiente, bien formada en francés; pero ¿puede decirse *arrivista* en castellano? De ninguna manera; si se tratara de una de esas voces que carecen de expresión propia en nuestra lengua y que tenemos que importar para entendernos sin circunloquios, como nos ha sucedido, por ejemplo, con el inglés *beefsteack*, hasta trocarlo en el popular *bistek*, con las dos variantes vulgares de *bisté* y *bisteque*, según la mayor ó menor finura de la menegilda que lo guisa, entonces nada habría que decir. Pero en castellano podemos sin ningún escrúpulo adoptar ese neologismo en la forma de *arribista*, perfectamente castiza, y más expresiva todavía que su análoga francesa *arriviste*; porque si los franceses tienen *arriver*, llegar, nosotros tenemos también *arribar*, que es llegar á la orilla, al puerto, á la meta, y además tenemos el adverbio *arriba*, que quiere decir *á lo alto*, *en lo alto*, por encima siempre del sitio en que se esté, del lugar que se ocupe, del puesto que se obtenga. Las dos voces son hermanas, como procedentes del latín; pero el francés *arriver* se ha distanciado más de su origen, perdiendo, en general, el sentido de *tocar á la orilla*, para quedarse con la significación más vaga de *llegar*, mientras que el castellano ha conservado puro aquel sentido en el verbo *arribar*, espiritualizándolo en el adverbio *arriba*. Y claro es que si el francés ha sacado *arriviste* y *arrivisme* de su *arriver*, nosotros debemos sacar de *arribar* nuestro *arribista* y *arribismo*, más expresivos todavía que los términos franceses correspondientes.

\*  
\* \*

LA IMPOSIBILIDAD DE PODER.—Declaro que los artículos que R. Mayol ha publicado en *El Globo* sobre el terrorismo barcelonés constituyen uno de los estudios más serios, más completos y más acertados que yo haya leído sobre el pavoroso problema; y afirmo, además, que en cuanto á la forma son bastante correctos y aceptables, no habiéndosele pegado todavía del francés al autor, á pesar de vivir en París, más que algún que otro abuso del *un* («Mateo Morral era *un* elegante hijo de *un* gran fabricante, y su presunto cómplice *un* capitalista») que, en materia de galicismos, es de los más tolerables.

Esto no obstante, en uno de esos artículos he tropezado con este giro: «Sin embargo de la absoluta imposibilidad de poder garantizar un solo momento la vida del monarca...» Dejo á un lado *garantir*, que hubiera estado mejor en la forma *garantizar*, y voy á la «imposibilidad de poder». En el *Diario de Sesiones* del mismo día tropecé también dos veces con el mismo giro, y nada tan frecuente como oír, no ya á personas sin cultura, sino á distinguidos profesores y literatos, frases como «me es imposible poder ir», «no es posible poder hacer eso», «si fuera posible poder llegar», etc. Claro es que se habla así porque no se pára la atención en lo que se dice; pero debe pararse, y deben evitarse tales redundancias y pleonasmos tan viciosos. ¿Qué es eso de «ser imposible poder ir», «en la imposibilidad de poder llegar», etc.? ¿No basta con decir «es imposible ir», «en la imposibilidad de llegar»? Pues hablemos y escribamos así, que eso es lo correcto.

\*  
\* \*

POR LA FORMA Y POR EL FONDO.—Hoy debe ser llamado á capítulo *El Imparcial* en estas páginas. *El Imparcial* es uno de nuestros grandes periódicos, y presumiendo con sobrada razón de bien escrito, y honrándose sus columnas á diario con la prosa inimitable, por lo galana, amena, ática y deliciosa de Cavia—uno de los mejores hablistas contemporáneos,—es doloroso que se cuelen á lo mejor de contrabando en la popu-

lar hoja de los *Lunes*, que tan glorioso papel ha desempeñado en la cultura nacional, sobre todo en los tiempos de Fernanflor, artículos como *Dos lágrimas*, de Gabriel Miró, y *Reconquista*, de José Francés. El primero por la forma y el segundo por el fondo, merecen ser fustigados sin compasión.

El primero es de lo más ñoño que puede imaginarse; pero eso es cuestión de gustos, y cada cual con el suyo. Lo inaguantable no es lo que dice, sino el modo de decirlo. Lo he leído y releído, tratando de convencerme de que era una guasa de nuestros estilistas galiparlantes, y he tenido que rendirme á la evidencia: el artículo está escrito en serio, y ni se trata de una broma del autor, ni de una broma del director, puesto que no lleva ninguna advertencia ni nota que avise al público de que aquello se inserta allí para los mismos efectos que Boileau buscaba al recomendar que se oyeran los sermones del abate Cotin: «para saber lo que debe evitarse».

No hay por dónde coger el tal artículo, que por fortuna es corto. Empieza así (conservo su puntuación, que es detestable): «Era un dulce varón (¡dulce varón! Sería un caramelo, porque si fuera una rosquilla sería dulce hembra) alto y anciano, de noble frente, ojos habladores de tristezas, y manos blancas de lenta y suavísima acción (eso de lenta y suavísima es impagable). Vivía con su hija y con los nietos cuyo padre muriera (¡cuyo padre muriera! ¿estamos en un manicomio? ¡Un hombre que vive con sus nietos cuyo padre muriera! A mí se me va la cabeza con este modo de decir. ¡Cuyo padre muriera! No sabemos si murió ó no murió. ¿Qué le pasó á ese padre?)

Habla luego de que las casas del pueblo eran «bajas y morenas». ¡Miren ustedes que unas casas morenas! Añade que «los campos eran oliveros»... ¡Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe! Así se titulaba una de aquellas novelas caballerescas, edición Santarén, de Valladolid, que hacían nuestras delicias de muchachos. Y agrega que «en el villaje silencioso que tenía ambiente de agua y yerbas de acequias, de frutas y mazorcas colgadas en los desvanes, de pesebres cálidos y mu-



llidos, se alzaba ufana una casa de arquitectura flamante, plagio de edificio de ciudad»... ¡Basta! ¡El villaje! ¿Qué es eso de *villaje* en tierra española? ¡Ambiente de agua y yerbas de acequia! ¡Vaya un ambiente! ¡Y vaya un olfato el del autor para percibir en ese ambiente las emanaciones de mazorcas colgadas en los desvanes! ¿Y aquella casa de arquitectura flamante?... ¡Lagarto, lagarto! Eso sí que es ambiente de galicismo puro, mejor dicho, de galicismo impuro, que trasciende á la legua, con el *villaje* y las *casas morenas*, á mal traductor, que, sobre maltratar la lengua propia, no acierta siquiera á comprender la ajena. Esa *arquitectura flamante* huele á *architecture flamande*, y por lo visto, el autor no sabe que *flamande* no tiene nada que ver con flamante, sino con *flamenca*, que no es precisamente lo mismo, por muy flamante que pueda ser. En fin, dejemos en paz tan desdichada quisicosa, y procure *El Imparcial* poner más tiento en lo que publica, si tiene en algo su merecido crédito literario.

El otro artículo, de José Francés, es del género que los franceses llaman *nouvelle*, y está dialogado según la última moda. Algo podía decirse de su estilo, pues «es noche» no está de paso, siendo preciso decir «es de noche» para que la frase resulte bien vestida; y «tumbado contra la meridiana» no es lo mismo que «tumbado en la meridiana», que es lo que se ha querido decir; yo puedo coger una silla y recostarme en ella *contra* la meridiana, y entonces podré decir que estoy «tumbado *contra* la meridiana»; pero si me tumbo *en* la meridiana, no me expreso bien y me expongo á que no se entienda cuál es mi verdadera posición. Estas y otras cosillas merecerían algún rapapolvo; pero son pecadillos ligeros al lado de otras graves faltas del autor, que afectan, no á la forma literaria ni á la expresión ortoléxica, sino al fondo mismo del asunto.

La escena se desarrolla en Madrid, en el lujoso hotel de un Sr. Hermida, persona distinguida y culta, que está esperando á su señora, María Luisa. Esta llega á las nueve, y pretende disculpar su tardanza con la modista y con el encuentro de su

madre; pero su esposo la interrumpe muy sereno, diciéndola con voz indiferente: «María Luisa, tú vienes de casa de Pablo Herrera, tu querido».

¡Mentira! No hay marido español que sea capaz de manchar sus labios con semejante vileza, como no esté ya corrompido hasta la médula de los huesos. Ni en las clases altas, ni en las medias, ni en las bajas, ni en las ínfimas. Esa escena es completamente falsa. El marido español que sabe que su mujer le engaña podrá aguantarse, aunque no es lo corriente; podrá matar, lo que no es raro; podrá recriminar á su mujer con más ó menos dureza, pues eso va en temperamentos; pero nunca, nunca, nunca es capaz de decir, con tranquilidad ni sin ella: «tú vienes de casa de Fulano, tu querido». Eso es falso, y no puede pasar sin enérgica protesta. Podrá decir: «¿A qué engañarme? Vienes de tal parte». «No te canses en buscar disculpa; sé de dónde vienes: de ver á Fulano», etc., etc.; pero eso de añadir «tu querido» revela tal depravación de costumbres, tal castración de energías, tal envilecimiento moral, que es inadmisibile: porque en España habrá llegado la política á los más bajos fondos; pero la familia, afortunadamente, conserva todavía toda su dignidad, y ni aun en aquellos hogares manchados por el adulterio se dicen esas cosas, porque no hay ambiente para que vengan á los labios.

María Luisa intenta replicar; pero Hermida la ataja: «No niegues, María Luisa. ¿Para qué? Yo no soy como nuestros padres, ni mucho menos como nuestros abuelos. La época caballeresca, la época romántica están muy lejos ya. No pretendo matarte ni reprocharte nada. Evita la cursilería de las lágrimas y la cobardía de la mentira. Enemigo de la violencia, también tengo enemistad al ridículo. Ni Otelo... ni Sganarello... Esto no lo comprenderás, porque no has leído á Chespír ni á Molier...»

No; no lo comprende María Luisa ni lo comprende nadie, porque todo eso es falso de toda falsedad, y el ridículo y el cursi es el que habla así á su mujer; lo único que dice de cierto

es aquello de «no soy como nuestros padres, ni mucho menos como nuestros abuelos». ¡Qué ha de ser! ¡Si no tiene en las venas ni una sola gota de sangre española! ¡Si eso es horchata de chufas sosa con polvos de pedantería por canela!

¿Y ella? «Su boca ha olvidado el sollozo», y oyendo á su marido «se siente abandonada de la vergüenza y el temor; el orgullo y el desprecio, aupados por la ironía de su marido, se le entronizan poco á poco». ¡Aúpa con el entronizamiento! «Pues bien, ¡sí!, exclama resuelta; ¡soy la querida de Pablo Herrera, y no lo considero como tú!»

¡Mentira también! No hay mujer española, como no sea una ramera, que hable ese lenguaje. Hay, desgraciadamente, mujeres que faltan á sus deberes, y bien perdidas son; pero en el vicio, como en la virtud, hay escalones, y sería preciso bajar hasta los últimos peldaños para encontrar una mujer casada en cuya boca no disonara una declaración como la que hace María Luisa. La mujer de Hermida no ha bajado tanto todavía, según el autor la pinta, y su lenguaje es tan falso como el de su marido. Póngase la acción en otro país, y no diremos nada. Pero en España no podemos tolerar sin protesta que se presenten cuadros como los descritos como tomados de la realidad de nuestras costumbres. Hemos descendido mucho; pero, ¡por Dios!, no nos rebajemos más todavía.

## LITERATURA

PABLO VERLAINE.—Con motivo del libro sobre Verlaine publicado por Edmundo Lepelletier, uno de los más antiguos é íntimos amigos del desgraciado poeta, inserta la *Nuova Antologia* un artículo de Juan Tulio, que por su imparcialidad y recto criterio es digno de ser recogido en estas páginas.

El libro de Lepelletier deja tristísima impresión, porque se piensa en la existencia que Verlaine, con las cualidades de su genio y de su corazón, hubiera podido llevar si hubiera vivido

en otro ambiente. Verlaine fué una víctima de nuestra civilización. París, con su fiebre de actividad y de pasiones, no estaba hecho para un joven como Verlaine, que llegó allí á los siete años, pocos meses después del golpe de Estado del 2 de Diciembre, con extremada sensibilidad y floja constitución. Aquel ambiente, excelente para formar tipos de extraordinaria energía en quien tiene condiciones para ello, forma en los débiles, tras un período de resistencia, desequilibrios y perversiones que los hacen casi retroceder al estado de barbarie. Verlaine sufrió desde niño aquel ambiente, odiando á París y diciendo que había nacido para vivir en el campo. Tuvo desde la infancia extrañas, melancolías, desconsuelos, costumbres esquivas, momentos de desesperación. Ingenuo hasta lo increíble, sufrió desengaños, y para olvidar, se dió, como Musset, á la bebida; y el alcohol acabó de arruinar su pobre naturaleza.

Se ha querido comparar á Verlaine con Villon, pero ¡qué diferencia! Villon, emprendedor entusiasta de su profesión de trovador, seguro de sí mismo, que en dos años mata á un sacerdote, roba la caja de la Facultad de Teología y desbalija á un pariente de Angers, nada tiene de común con Verlaine, tan ingenuo, tan débil, tan incapaz de una maldad, como no fuera después de perder el juicio por el alcohol. Quienes lo han pintado, en tiempo de la Común, como fogoso revolucionario que «corría las calles de París agitando á las masas», se han equivocado; Lepelletier pone las cosas en su punto, mostrando á Verlaine, mientras el cañón tronaba contra las barricadas, escondido en el cuarto más retirado de su habitación, después de haberse quitado la divisa de guardia nacional que un arranque de patriotismo le había hecho adoptar. Tenía el alma de un niño en un cuerpo de adulto, con todos sus goces y peligros. Hasta el abuso del alcohol contribuía á debilitar su escaso carácter con las manías del vagabundeo, de la persecución, de las grandezas y del suicidio y con su gran irascibilidad.

En una época en que tantas pasiones y energías se revelaban, vivió siempre como un comparsa: ni la juventud hostil

al emperador lo tuvo por socio en ningún complot, aunque se llamaba revolucionario, ni los círculos literarios le vieron tomar parte en sus polémicas. Durante siete años fué el más ocioso de los empleados, y no pudo durar más de dos años en un puesto docente: le repugnaba todo trabajo serio y metódico. Obraba siempre por impulsos; se enamora de una joven al primer encuentro, y quiere casarse con ella en el acto; luego, á los dos años la deja y hasta abandona á su hijo, de quien no vuelve á acordarse; dispara sobre Rimbaud, su mejor amigo, y amenaza con el cuchillo á su propia madre; después de sus más resueltas afirmaciones de escepticismo, se hace creyente y se declara dispuesto á sufrir hasta el martirio. Una mañana, tras una noche de extravíos, se siente asaltado por los remordimientos, y entra en una iglesia para confesarse; y porque no encuentra al sacerdote empieza á blasfemar y le amenaza con apalearlo. ¡Efectos todos del alcohol!

También se le ha comparado con Baudelaire, por ser ambos místicos y libertinos. Cierto es que ambos presentan curiosa mezcla de religiosidad y de escepticismo, de idealidad y de vulgaridad, contraste que Verlaine ostentaba en su propio rostro con su vasta frente de pensador y sus dos amplias mandíbulas; pero Baudelaire es un harto de la vida, que observa con gran lucidez de análisis las propias miserias y la propia impotencia, y Verlaine es un chiquillo que se queda con la boca abierta, maravillado, ante cualquier cosa.

En Verlaine, el hombre y el poeta son un solo sér; su poesía es la expresión directa de sus estados de ánimo, y contiene sus suspiros, sus recuerdos, sus propósitos y sus esperanzas. Lo que ante todo impresiona en ella es la disparidad de los argumentos. Si los *Poemas saturnianos* hacen sentir el aire pesado de París, y el estrépito de las fiestas nocturnas y la vulgaridad de amores pagados, y las tristezas de un precoz vividor que se las echa de aburrido de la vida, en las *Fiestas galantes*, segunda colección de versos, el escenario y las pasiones cambian. Se revive la época de Watteau y de Fragonard con sus

jardines floridos, donde las damas, rígidas con sus crinolinas, y los caballeros con sus empolvadas pelucas, cambiaban á la sombra de los árboles frases triviales ó sentimentales dulzone-rías. Amores que han perdido su frescura si alguna vez la han tenido, y de los que reclama otro amor personal, vivo, furio-samente sentido en la siguiente colección de poesías, *La buena canción*, donde se canta la campiña normanda en la primave-ra, los suspiros y deseos de un enamorado idealista y sincero, las esperanzas de una vida tranquila y de trabajo, con sus ve-ladas serenas en medio de los tumultos parisinos, un amor cas-to, expresado en poesías sencillas, en las que acaso flotan deseos sensuales, preparatorios de las brutalidades de *Antes y poco ha* y de *Paralelamente*, publicadas después de los impul-sos religiosos de *Sabiduría* y de los propósitos de mudar de vida, de las profesiones de fe, de las plegarias á Dios y de las visiones del paraíso.

Las mismas volubilidades, incoherencias é impulsiones se encuentran en la forma, que llega en ocasiones á la perfección y que otras veces carece de valor, justificando á la vez las ala-banzas del grupo de jóvenes que lo eligieron para ocupar el puesto de príncipe de los poetas, y las censuras de quienes, como Max Nordau, lo despreciaron. Las lesiones cerebrales que casi siempre se encuentran en el cerebro de los alcoholi-zados determinan lagunas y desproporciones en el mecanismo pensante, especialmente en la memoria. Verlaine notaba que padecía extraños olvidos, y Lepelletier afirma que le era impo-sible la composición de un relato con personajes y aventuras, y que jamás hubiera podido escribir una obra de observación de costumbres, de psicología.

Así se explica que Brunetière haya prescindido de Verlaine en su *Evolución de la poesía lírica francesa del siglo XIX*. Ni era un clásico, ni era un parnasiano, ni un simbolista. Hay en la poesía una metafísica que presupone la conciencia de ideas profundas y cierta capacidad de coordinación de las diversas partes, cualidades que faltan á Verlaine. No hay poesía menos

de escuela que la suya. Uno de sus principales defectos es la incapacidad de expresar con claridad los propios pensamientos. Los alcoholizados no tienen visiones claras, todo se les aparece como á través de una niebla; su contenido se mueve y cambia de puesto con rapidez: de ahí la falta de fijeza en la visión:

La lune plaquait ses teintes de zinc  
 Par angles obtus.  
 Des bouts de fumée en forme de cinq  
 Sortaient drus et noirs des hauts toits pointus.  
 Le ciel était gris, la bise pleurait  
 Ainsi qu'un basson.  
 Au loin un matou frileux et discret  
 Miaulait d'étrange et grêle façon.  
 Moi, j'allais, rêvant du divin Platon  
 Et de Phidias,  
 Et de Salamine et de Maraton,  
 Sous l'œil clignotant des bleus becs de gaz (1).

«¿Quién logra concebir, dice Lemaître, el paisaje nocturno que aquí se describe? *Plaquait ses teintes de zinc par angles obtus* no tiene ningún sentido. Y luego, ¿se ve claramente el humear de los tejados, de noche, cuando están encendidos los picos del gas? ¿Y ese humo tiene la forma de un cinco, especialmente cuando hace viento? Y si la luna alumbra, ¿cómo

---

(1) La luna lanzaba sus tintes de zinc  
 Por ángulos obtusos.  
 Colas de humo en forma de cincos  
 Salían rectas y negras de los tejados puntiagudos.  
 El cielo estaba gris, el cierzo lloraba  
 Lo mismo que un bajo.  
 A lo lejos un gato friolero y discreto  
 Mayaba de extraña y aguda manera.  
 Yo iba, soñando con el divino Platón  
 Y con Fidias,  
 Y con Salamina y con Maratón,  
 Bajo la mirada guiñadora de los azules picos del gas.

puede estar el cielo gris? Y si el gato es discreto, ¿cómo puede mayar *de extraña manera*? En todo eso no hay más que palabras puestas al acaso.» En el fondo los preceptos poéticos de Verlaine

Pas la couleur, rien que la nuance!... (1).

.....

Rien de plus cher que la chanson grise

Où l'Indécise au Précis se joint (2),

son derivación necesaria de su enfermedad.

Claro es que en poesía no conciertan las partes en el orden riguroso de la prosa científica; pero á través de la variedad y de las aparentes digresiones del pensamiento debe correr una fuerza poderosa que dé á las estrofas significado y dirección, que sea como su alma; esa dirección, esa fuerza de coherencia, falta frecuentemente en Verlaine. Basta leer su prosa llena de paradas, de contradicciones, de incertidumbres. Lo mismo razonaban otros bebedores, como Coleridge, cuyos discursos, leídos á retazos, parecían maravillosos de profundidad é imaginación, y en junto resultaban desordenado centón sin sentido; y como Poe, que en los últimos años de su vida habló dos horas y media de metafísica, pareciendo á todos que hablaba muy bien sin que lo entendiera ninguno.

El nexo entre unos y otros conceptos se establece caprichosamente por el automatismo intelectual; á ello se prestaba el modo de poetificar de Verlaine, que—al contrario de Baudelaire, que desarrollaba primero en prosa sus pensamientos y pesaba cada frase, y luego los ponía en rima—escribía sus versos de un tirón, con rapidez casi inconsciente. A veces gana con esto la poesía; pero si crece la excitación, todo vínculo se rompe, y los conceptos siguen á los conceptos con lazos que escapan á la más sutil observación:

(1) ¡El color, no! ¡Sólo el matiz!

(2) Nada más querido que la canción gris,  
En que lo Indeciso se une á lo Preciso.



Parfums, couleurs, systèmes, lois!  
 Les mots ont peur comme les poules.  
 La Chair sanglote sur la croix.  
 Pied, c'est du rêve que tu foules,  
 Et partout ricane la voix,  
 La voix tentatrice des foules... (1).

Sólo el poeta puede entender cómo se desenvuelven esos pensamientos, y acaso ni él mismo lo sepa. Esta inconsciencia de la labor mental, cada vez mayor, hace que en los últimos volúmenes se tropiece con estrofas tan nebulosas que son indiscifrables. En cambio, la extremada sensibilidad del poeta da á las más pequeñas impresiones grandísima intensidad, y hace que las exprese con el ritmo, con la elección de palabras, con asonancias, aliteraciones, repeticiones, cesuras arbitrarias y cambios de cadencia, que dan á la estrofa verdadero valor musical, efecto buscado y preconizado en su *Arte poética*:

¡Música ante todo!  
 ¡Más música; siempre música!

No busquemos, por tanto, al poeta donde razona, sino donde siente. Busquemos aquellas pequeñas poesías concebidas en un momento de alegría, ó mejor aún, de tristeza, y allí encontraremos al verdadero poeta revelado en fragmentos deliciosos, en notas conmovedoras, en suspiros escapados del alma, siempre frescos, puros y originales. En esto se relaciona su poesía con la poesía popular, y por contraste viene á encajar en la evolución de la lírica, como el canto sencillo, espontáneo, subjetivo, que brota sugestivo después de la enorme poesía de elocuencia objetiva, con todo su aparato de tradi-

(1)            ¡Perfumes, colores, sistemas, leyes!  
 Las palabras tienen miedo como las gallinas.  
 La Carne solloza en la cruz.  
 Pie, es sueño lo que pisas,  
 Y dondequiera se fisga la voz,  
 La voz tentadora de las multitudes.

ciones, erudición y retórica de Víctor Hugo. Por eso Verlaine es cabeza, no de la escuela de los decadentes, para quienes toda vocal tiene un color y todo color un instrumento, sino de la nueva tendencia de la lírica en busca del intimismo, de lo familiar, indiferente á la historia y á la política, cantando simples paisajes y las pequeñas alegrías y los pequeños tormentos de la vida cotidiana.

La historia de la literatura es historia de reacciones. Detrás de Chateaubriand y de Lamartine vino Beranger, y detrás de Beranger Víctor Hugo, como detrás de Víctor Hugo aparece Verlaine, dándose la mano con Heine y con Schumann, que representaban en Alemania reacciones semejantes á la suya.

## ENCICLOPEDIA

OBSERVACIONES Y PENSAMIENTOS DE RENAN.—El título del cuaderno de Renan que publica la *Revue Bleue* se titula «Observaciones y hechos psicológicos»; pero como no todo es psicología, aunque la observación psicológica sea la dominante, preferimos colocar los extractos que del mismo hemos recogido bajo la rúbrica de *enciclopedia* por su carácter variado y universal. No se olvide, como advertimos en el número anterior, que estas observaciones y apuntes han sido escritos por Renan estando en el Seminario de San Sulpicio, el año 1843. Helos aquí:

«Me ha llamado la atención con frecuencia que el Evangelio no hable nunca de la morada fija de Nuestro Señor durante su vida pública. ¿No la tenía, ó no ha querido que se hablase de ella, á fin de que fuese como si no la tuviera? No sé. Pero lo positivo es que ahí está la más bella alegoría del alma elevada y cristiana en la tierra: no tiene allí su domicilio.»

«¡Qué encantadora comparación emplean los Padres para expresar la necesidad del desprendimiento del cristiano: es el

atleta vestido! ¡Qué bien pinta el cristianismo! (Véase Rodríguez, *Perfección cristiana*, tomo III, pág. 146.)»

«Las facultades que constituyen nuestro espíritu son cajitas, moldes de cierta forma, cuadrados por ejemplo; y las verdades son cuerpos de cierta forma también, que se trata de encasillar en estos moldes. Pero estas verdades son de toda clase de formas, de órdenes completamente distintos, cuadradas, redondas, etc. Y es evidente que sólo entrarán las cuadradas. Las demás, ¡imposible! Los hechos son los cuadrados; las verdades metafísicas y los misterios son las redondas.»

«Hecho curioso de asociación de ideas: esta noche se leía en la lectura espiritual la historia de un filósofo antiguo que tiró su dinero al mar para dedicarse mejor al estudio; y la comunidad se echó á reír. Si se hubiera contado este rasgo de un santo, lo hubieran admirado.»

«Preciso es que haya una institución de Dios ó de otra clase en nuestra naturaleza que haga que no nos conmuevan las cosas de la otra vida; pues si fuésemos con ellas como con las cosas presentes, el mundo marcharía muy de otro modo. Quizá consista ello en que no se cree. Por lo demás, cualquiera que sea la causa, el hecho no es un mal quizá, en el actual estado de cosas. Pero de que eso es como necesario en el estado actual, se podía tal vez inducir que ese estado actual no es el verdadero.»

«Todo silogismo en que una proposición por lo menos no sea un hecho ó una definición, no conduce á nada. Por eso la mayor parte de los razonamientos teológico-metafísicos no son más que círculos viciosos. El hecho es el elemento objetivo que hay que casar con los principios objetivos de razón para producir algo.»

«El espíritu de raciocinio (la escolástica), la idea de derecho y la de lealtad ú honor son las tres clases del problema de cómo ha salido la sociedad moderna de la edad media. Hay medio para con eso solo explicarlo casi todo.»

«Habría investigaciones muy curiosas que hacer sobre el

modo con que las lenguas han formado las contradictorias de ciertas palabras. Así *feliz, infeliz; infeliz* es contradictoria por la palabra y contraria por la idea, porque quien no es feliz es infeliz. Lo mismo con *probus, improbus*; en estas ideas el espíritu humano ha confundido lo contradictorio con lo contrario. No así con *útil é inútil*. *Inútil* es tan contradictorio por la idea como por la expresión; aquí hay una contradictoria distinta nociva. Casi sólo en las ideas morales se encuentran ejemplos del primer género.»

«La sola consideración de que hasta Moisés el Pentateuco está escrito en forma de historia, y desde Moisés en forma de diario, bastaría á un espíritu inductivo para probar su autenticidad.»

«Se considera de ordinario á Nuestro Señor en el pesebre y en la cruz cuando queremos formarnos idea de sus humillaciones. Pero hay una posición en que prefiero considerarlo para este efecto: en el vientre de su madre, en estado de embrión. Quisiera que fuese cierto el sistema de los animales espermáticos para considerarlo en forma más humilde todavía, y decir á la letra: *Vermis sum et non homo*.»

«Cuando el fuego no quema, ennegrece, dice Rodríguez.»

«Cuando encargan á alguno de alguna función, como por ejemplo, la de dictar en clase, todos están de mal humor contra él, y tratan de morderle por todos los rincones. Todos están de acuerdo en eso, pero se lo disimulan unos á otros. Es un estado psicológico singular, muy difícil de explicar.»

«Por qué se arrasca uno cuando le pica en algún sitio. Es un fenómeno relacionado con la atención. La sensación de la picazón es ligera, y por ende incómoda para los nervios. Al arrascarse uno se produce una sensación mucho más enérgica, que aparta la atención de la picazón. Pero cuando esta fuerte sensación se debilita, la atención se debilita también y se fija en la picazón. Es como cuando para ahogar un ruido pequeño se arma un estrépito. Sin embargo, puede ocurrir que el movimiento de los nervios producido por el arrasque sea tan fuerte

que ahogue completamente el de la picazón, que por eso no vuelve.»

«El hombre más apurado es con frecuencia el más insolente (tratando de no parecerlo); pensamiento de Chesnel. ¡Qué listo es ese chico!»

«El medio de insinuarse en el favor de los grandes—dice Abbadie—no es hacer que nos estén obligados, sino que nosotros lo estemos á ellos. Es muy singular, y sin embargo, admirablemente cierto. Lo primero nos los somete; lo segundo nos somete á ellos.»

«La mejor prueba de la religión está en la historia de la filosofía, y la más fuerte objeción contra ella en la historia de la Iglesia.»

«Hace tiempo pensaba que la caída de la Universidad podría dar como resultado el aniquilamiento en Francia de la facultad de razonar. He ahí, decía, una cosa lamentable y enteramente contraria á los progresos de la humanidad. Hoy sostengo todavía la mayor, pero abandono la menor. En la apreciación de lo que es realmente progreso con relación á la humanidad, hay que tener en cuenta el progreso relativo á nosotros y el progreso absoluto. Supongamos un camino que va de A á B por innumerables revueltas, pero de tal modo que no hay otro. El que lo sigue cuando el camino vuelve sobre sí mismo, relativamente á nosotros retrocede y se aleja del fin; pero absolutamente hablando, se acerca, puesto que ese retroceso era necesario. Lo mismo pasa con la humanidad: he aquí algo que la va á hacer retroceder atrozmente; no tengáis miedo, es para avanzar, porque al relanzarse salta siempre más arriba de donde había caído. No es una pura elasticidad inerte en que el relance iguale la longitud de la caída, sino una fuerza interna que hace á la reacción siempre más grande que la acción. Tal estado era más favorable á su desarrollo, decís. ¿Y qué sabéis vosotros? ¿Y si la caída relativa que se dé al caer es condición necesaria para colocarla en otro punto de vista más importante y más cerca de su término? Dejad-

la que hile su coco. Es el viejo Balaam que cae y sus ojos se abren. En los bárbaros, por ejemplo, tenemos la caída de la civilización romana; comparad el siglo de Augusto con los siglos x y xi. ¡Qué retroceso! Sí; pero eso no es ver más que un trozo de la curva, y hay que verla en todo su desarrollo. No basta comparar el siglo de Augusto con el x y el xi; hay que comparar también el siglo de Augusto con el siglo xix, al que son necesarios los siglos x y xi. En una palabra, he aquí la curva del espíritu humano: las oscilaciones van siendo cada vez más amplias, pero también el movimiento es cada vez más rápido; de modo que casi son isócronas. Los espíritus mezquinos que no consideran la curva más que en una región, de A á B ó de B á A, dicen que avanza ó que retrocede; pero el que considera el todo dice que avanza retrocediendo, puesto que, en suma, el punto D está más elevado sobre la horizontal que el punto B, cima de la oscilación precedente. Dejad á la fuerza que preside el movimiento producir su efecto, pues todo lo que podáis hacer es nulo si no está ya calculado por el que sabe convertir los esfuerzos contra él en esfuerzos por él. Niños que quieren tirar hacia atrás el carruaje que los arrastra. Es luchar contra el torrente que nos lleva. Y por otra parte, esos mismos esfuerzos entran en el plan del progreso: *Per damna, per cædes... ducit opera*. Creyendo detenerlo, lo empujan; es el nudo que se aprieta al querer desatarlo, el fuego que se enciende al querer extinguirlo. He ahí sin contradicción la más bella ley de la humanidad y la más propia para hacer reflexionar. ¡Qué bien había sentido esto Jouffroy! Está uno tentado, dice, á cruzarse de brazos y dejarse llevar. El hecho es que, hágase lo que se quiera, la humanidad anda siempre; no hay fuerza más indomable. Sin embargo, otro hecho: el hombre tiene conciencia de su libertad, luego la tiene. ¿Cómo conciliar esto? Se verá. Cuando obráis, vuestra acción estaba ya calculada y entraba en el plan; sin embargo, sentís que esa acción es vuestra. No sé si los autoteístas han tenido este pensamiento; pero es cierto que su hipótesis es la conci-

liación más plausible en apariencia de estas dos asombrosas leyes. Porque si nosotros mismos somos la fuerza, se concibe que seamos arrastrados, y sin embargo libres, puesto que somos arrastrados por nosotros mismos. Pues ser arrastrado por sí es ser libre, en el sentido de hecho de la palabra, no acaso en el sentido de definición que le dan los metafísicos escolásticos, al que temo no corresponda ningún hecho. Sea de ello lo que quiera, estas leyes habían sido entrevistas hace largo tiempo y los teólogos las habían expresado en su lengua. Nuestras Escrituras las habían presentado también en su estilo magnífico, y acaso, en suma, el más exacto de todos. Esa fuerza que todo lo conduce á través de todo es la Providencia; esa fuerza que fuerza por sí lo que es contra sí es el Dios que tiene en su mano los corazones, que inclina los corazones, que hace su voluntad por los esfuerzos de sus enemigos. Ahí está todo el espíritu de la Biblia y de los profetas.»

«Hay notable analogía entre el procedimiento de los algebristas en la resolución de las ecuaciones y el del espíritu humano en la eliminación del error y hasta el fenómeno de la digestión.»

«La mayoría no anda sino por interés y por miedo; no es eso lo que tiene derecho á gobernar al mundo. ¡Cómo! ¡Una mayoría de pesados propietarios que no quieren que les incomoden adormecería al mundo!»

### IMPRESIONES Y NOTAS

UNA POESÍA DE LADY BYRON.—Sabido es que lord Byron, gastados los restos de su rica fortuna, apurada la copa del placer y acosado por los deudores, buscó una *golden dolly*, una *muchacha de oro*, que le sacase de apuros, y se casó al efecto con una tierna sobrina de la señora de Melbourne, Ana Isabel, que le llevó en dote 250.000 francos, suma no despreciable para la época, aunque de todo punto insuficiente para un gas-

tador como Byron. Casados en Enero de 1815, tuvieron en Diciembre una hija, Augusta Ada, que no logró llevar al matrimonio las corrientes de afecto que tan feliz hubieran podido hacerle. Los apuros de dinero no habían tardado en reaparecer, y la incompatibilidad de caracteres era insuperable. Ella era una señora de buen sentido, modesta y equilibrada, pero dulce y sensible, y el poeta parece no haberla comprendido. Byron mismo cuenta que una vez, estando preocupado por sus deudas, le dijo su mujer:

—¿Os fastidio acaso yo?

Y él contestó con brutalidad:

—Atrozmente.

Aquellas fueron las últimas palabras que se cruzaron en el matrimonio, pues no volvieron á verse. Byron marchó á Grecia, donde murió en 1824, y su esposa siguió en Inglaterra hasta 1860, en que murió.

En una poesía escrita por Byron en 1816, después de la separación, cuando apenas llevaban un año de matrimonio, decía el poeta: «¡Adiós, adiós! Y si este adiós es para siempre, que lo sea. Pues aunque yo no pueda perdonar jamás, jamás mi corazón podrá volverse contra ti». El duque de Argyll ha enviado al *Pall Mall Magazine* la respuesta á esta poesía, escrita por lady Byron, en la misma clase de estrofas, y siguiendo el curso de la de Byron. He aquí esta poesía, que no carece de interés:

«¿Y era, pues, cosa noble para ti simular el tono de un falso dolor? ¿Cómo puede tu corazón, muerto á todo sentimiento, exhalar tan mágicos ritmos?—No es dolor el tuyo, no es desdén momentáneo el que se alberga en tu alma misteriosa; es sólo salvaje voluptuosidad la que te hace golpear y ensañarte en la herida.—Creí en tus palabras, y volví afectuosa hacia ti, y hasta te adoré, aunque alguno susurrase á mi oído que me engañaba; mi alma se rebeló ante tal idea.—¡Ay de mí! Luego tuve que convencerme, y traicionada, abandonada, destinada á probar toda especie de odio, mi paciencia no hizo más...



que provocar todo tu desdén con todo mi amor.—Aunque tu aspecto pareciese dulce y afectuoso á los extraños y tu papel de enamorado estuviese bien representado, luego en la intimidad te cobrabas ampliamente en mí tu deuda de refinada descortesía.—Si luego la sonrisa de un instante me hacía reabrir el corazón á la esperanza, eso no hacía sino más profunda y amarga la habitual desdicha.—Hubieras querido despreciarme como á un reptil, un reptil venenoso que hubieras encontrado en tu camino; vanas eran mis lágrimas y vanas mis sonrisas, haciéndome apurar con ellas la amarga copa del dolor.—¡Más que amarga era aquella copa que tu fría voluntad había resuelto llenar, poniendo en ella toda la más refinada malicia que alma humana pueda imaginar!—¡Y para eso se empeñó mi fe de niña! ¡Para eso abandoné las caricias de mi madre! Apenas estaba encendida la lámpara nupcial, cuando su llama se apagó, sofocada por la desesperación.—¡Y tú juzgaste que el plácido sueño no había jamás de verter su bálsamo sobre mis sentidos doloridos! Mi pecho no está ocupado por malos pensamientos, y el sueño de la inocencia es dulce.—¡Adiós, pues, para siempre! Aunque sin poderte perdonar, recordaré siempre que fuiste mío, y mi enviudado amor no tendrá arrepentimiento, porque un día mis más fúlgidas alegrías fueron tus alegrías.—Y cuando nuestra hija, infantilmente devota, recite sus oraciones, las lágrimas que anegarán mis párpados y toda mi turbación la sugerirán la gracia de buscar á Dios.—¡Adiós! Encontrarnos en la tierra, no; pero brote fuera tan ilícito deseo; haz que se destierre de ti del todo el recuerdo de aquel corazón que tanto te amó.»

\*  
\* \*

LA PROFESIÓN DE ESCRITOR EN INGLATERRA.—Los ingleses leen mucho y suelen pagar bien lo que leen. Según Arnoldo Bennet (*Mercure de France*), mientras las ediciones de obras clásicas se venden baratísimas, las de obras nuevas son muy caras. El precio neto normal de la novela inglesa es de 5,40 pese-

tas; pero las demás obras, biografías, viajes, etc., obtienen precios mucho mayores. Ningún personaje de alguna importancia muere en Inglaterra que no dé ocasión para publicar su biografía en uno ó dos tomos, que se venden y se agotan generalmente al precio de 20 á 50 pesetas. Los sportsmen y viajeros que se dedican á recorrer países y á buscar aventuras sólo para luego contarlas son muchísimos; un libro de G. Schillings, *In Wildest Africa*, en edición de 5.000 ejemplares ilustrada con fotogramas, se ha vendido á 29 pesetas, agotándose en pocos días.

A esta venta contribuyen extraordinariamente las bibliotecas circulantes que, por 13 á 150 pesetas al año, prestan á los abonados por valor de cuatro á cinco mil pesetas de libros. Las principales son tres: *Mudie's*, *Smith's* y *Times Book Club*; la última, que es la menor, cuenta con 80.000 abonados. Estas bibliotecas compran las obras nuevas, y sobre todo los libros de moda, no en cantidad de dos ó tres ejemplares, sino por cientos, y hasta por miles, para atender á los pedidos de sus suscriptores. La de Mudie y la de Smith se han aliado á veces para obligar á los libreros á bajar el precio de sus obras, y á ellos se debe que las novelas no pasen hoy de 5 pesetas, cuando antes llegaban al de 40. Tal situación favorece además la independencia de la crítica, respetada por autores, editores y periódicos, y que todos reconocen ser de una gran conveniencia. En los periódicos, la administración y redacción están completamente separadas, y si un periódico tuviera su organización montada de otro modo, se haría sospechoso, perdería su prestigio y no tardaría en notar las consecuencias en su caja.

Hace doce años calculaba Walter Besant que había en Inglaterra cincuenta novelistas que ganaban por lo menos 25.000 pesetas como producto de sus obras; hoy este número ha crecido extraordinariamente. El novelista novel cuya obra es del agrado de un editor recibe un tanto por ciento, del 10 al 15, sobre el precio de la venta; si ésta pasa de mil ejemplares, puede llegar al 20 por 100 con un buen anticipo; si pasa de

5.000, le dan hasta el 25 por 100 y un anticipo de 7.500 pesetas.

Hay en Inglaterra más de cien novelistas que perciben por cada novela que escriben un minimum de 7.500 pesetas. Los derechos de autor cuando la venta excede de 20.000 ejemplares llegan á ser del 50 por 100, y Hall Caine ha llegado á percibir hasta 3,50 pesetas por cada ejemplar vendido. En este Olimpo literario se encuentran actualmente la señora Humplory Ward, Rudyard Kipling, S. M. Barrie, María Corelli, Hall Caine y otros que ganan sumas fantásticas, á veces medio millón por un solo libro. Bajo ellos hay otros muchos notables, cuya popularidad es menor, aunque tengan mayor valor artístico, como Wells, Jorge Moore, Roberto Hichens, Eden Phillpotts, Mauricio Hewlet, Quiller-Couch y otros, que obtienen de las letras un promedio muy aceptable de 50.000 á 100.000 pesetas anuales.

Fuera de su país los ingleses ganan muy poco; hasta en los Estados Unidos han acabado por dejarlos de leer, y el Canadá mismo hace de ellos muy limitado consumo. La colección Tauchnitz, que es la que difunde por todo el mundo las mejores obras novelescas inglesas, no paga más de 500 pesetas por los derechos de traducción de cada una.

Las mejoras logradas por los autores ingleses son en gran parte debidas á una institución desconocida en los demás países: el *agente literario*, que es el intermediario entre el autor y el editor. Suelen ser hombres fríos y calculadores, que estudian las condiciones del mercado y los deseos de los editores, y saben así sacar el mejor partido para los autores, que, allí como en todas partes y hoy como siempre, suelen ser malos administradores, incapaces de hacer un negocio.

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*Correspondencia epistolar del P. Andrés Marcos Burriel, existente en la Biblioteca Real de Bruselas, por D. Jesús Reymondez del Campo, exbecario por oposición de la Universidad de Salamanca, doctor en Leyes, etc. (publicado en el Boletín de la Real Academia de la Historia, Marzo de 1908).*

La nueva fase en que entraron nuestras Letras al promediar el siglo XVIII será siempre digna de especial mención en la historia de la cultura patria.

Epoca verdaderamente gloriosa, porque en ella resucitaron ingenios poderosos y hombres insignes que transformaron por completo la vida científica nacional é hicieron que España rivalizase en la esfera del saber con las demás naciones de la culta Europa.

Con razón el P. Flórez llamó á esta empresa de titanes *expedición y conquista de unas Indias literarias*.

Pero una obra de tal importancia no podía menos de exigir un *Colbert* que organizara, una *cabeza de coloso* que uniera á su laboriosidad un talento singular y fuera capaz de dirigir este movimiento saludable de *reforma* y dar un plan para cada uno de sus valiosos descubrimientos.

Esto se halló en un jesuíta ilustre, en un sabio como *Andrés Marcos Burriel*.

Ayer nos llenaba de admiración su vida y esfuerzo por lo que de él conocíamos; hoy nos *pasma* su obra literaria después de publicada la notable monografía del Sr. Reymondez.

Este joven de veintitrés años, dando un ejemplo que le honra, entró un día en los ricos archivos de Bruselas, donde vió arrinconados cuatro códices que contenían noticias inéditas referentes á nuestra literatura, y concibió la plausible idea de darlas á la publicidad.

La *Real Academia de la Historia* premió su labor y publicóla en su *Boletín* en atención á su mérito y valer.

Su trabajo está precedido de una *Introducción* crítica llena de erudición y escrita con sobriedad; sigue después, colocada por orden riguroso de tiempo, una larga serie de ciento sesenta y nueve cartas y documentos, que comprenden la interesante correspondencia científica del P. Burriel con Mayans, Flórez, Palomares, Infantes, Rávago, Losada, Larramendi, Carbajal, Castro, los Ulloas y otros, y corona su *Memoria* con un *Apéndice* importantísimo, que es la lista de lo que mandó á *Wall* el P. Burriel en cumplimiento de su orden tiránica y abusiva.

Elogios merece la conducta del Sr. Reymondez, que, aparte de sus brillantes estudios en la Universidad de Lovaina, supo hallar y recoger también en archivos extranjeros joyas preciosas de nuestra Literatura patria.

A. C.

# ÍNDICE

---

|   | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| <i>La Cruz de Madrid</i> , por Carlos Cambroneró.....                   | 5            |
| <i>José de Espronceda y Delgado</i> , por José Cascales y Muñoz.....    | 23           |
| <i>Horas críticas de España</i> , por Manuel Sales Ferré.....           | 56           |
| <i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....                              | 77           |
| <i>Diego Velázquez y su siglo</i> (continuación), por Carlos Justi..... | 89           |
| <i>El suplicio del silencio</i> (novela), por Federico Spielhagen.....  | 115          |
| <i>España fuera de España</i> , por E. Bertaux.....                     | 139          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                 | 162          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                   | 172          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por A. C.....                             | 204          |

# CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, Fomento, núm. 7, bajo.—Madrid.

## ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.** — Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
- Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.** — Memorias, 3 pesetas.
- Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

## ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
- Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florenza, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.
- Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.  
**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.  
**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.  
**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.  
**Picón.**—Ayala, 1 peseta.  
**Renán.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.  
**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.  
**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.  
**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardon, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.  
**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La génesis), 4 pesetas.  
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.  
**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.  
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.  
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.  
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.  
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.  
**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.  
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.  
**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.  
**González.**—Derecho usual, 5 ptas.  
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas.